

RAFAEL ZEVALLOS BUENO



Del antiimperialismo al poscapitalismo y el APRA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial

DEL ANTIIMPERIALISMO AL POSCAPITALISMO Y EL APRA

RAFAEL ZEVALLOS BUENO

Del antiimperialismo
al poscapitalismo
y el APRA



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial

Zevallos Bueno, Rafael

Del antiimperialismo al poscapitalismo y el APRA / Rafael
Zevallos Bueno. 1.^a ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos, 2018.

180 pp.; 13.5 x 21 cm

APRA / antiimperialismo / poscapitalismo / siglo XX

ISBN 978-9972-46-613-7

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.° 2018-00415

Primera edición

Lima, enero de 2018

© Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fondo Editorial

Av. Germán Amézaga n.° 375, Ciudad Universitaria, Lima, Perú

(01) 6197000, anexos 7529 y 7530

fondoedit@unmsm.edu.pe

© Rafael Zevallos Bueno

Cuidado de edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores

Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Imagen de la cubierta

Josmell Muñoz

Las opiniones expuestas en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan la posición de la editorial.

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente edición, bajo cualquier modalidad, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Índice

Introducción	9
La aparición del sistema poscapitalista	23
El APRA como partido escuela	35
El movimiento maoísta Sendero Luminoso: la violencia en Indoamérica	49
Una impostergable autocrítica	99
¿Qué es el APRA en el siglo XXI?	115
Bibliografía	177

Introducción

Este trabajo es el resultado de varios años de investigación y que recién ahora puedo someter al escrutinio del desocupado lector. Es un cometido inacabado, pues sus conclusiones transitan por los espectaculares cambios que llevan al hombre a una nueva fase de su evolución histórica. De ahí que solo al final de su lectura, con todos los elementos que reúne puestos en tensión, podrá ser valorado. Su premisa mayor es «la consideración pensante de la historia» (Hegel, 2001, p. 41)¹; de donde emprende la marcha racional hasta nuestro tiempo. Sus propuestas son audaces de cara al mayor problema del desarrollo de Indoamérica y el bienestar de su población. Pretende contribuir a elevar el nivel del debate programático, planteando un desafío ideológico. Quiere recuperar la fe en el mañana para los hombres y mujeres siempre jóvenes del presente... aquellos que reclama el aprismo.

Algunas dificultades han retrasado esta publicación que ahora, gracias a la gentil disposición del Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ve la luz. Al repartir un resumen de la misma entre algunos amigos y com-

1 Dice Hegel en la «Introducción general» a sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (2001): «Señores: la filosofía de la historia no es otra cosa que la consideración pensante de la historia; y nosotros no podemos dejar de pensar, en ningún momento. El hombre es un ser pensante [...]» (p. 41).

pañeros, para conocer sus opiniones sobre las tesis aquí planteadas, obtuve apreciaciones más de forma que de contenido. De buena fe entendí el compromiso mayúsculo que significaría pronunciarse por el fondo de este tratado, por conocer cuestiones ideológicas vinculadas a un movimiento como el aprismo, tan arraigado entre tantos. Asumí también que, al presentar tesis audaces que niegan las precedentes, habría que esperar los resultados de su publicación para evitar adoptar posturas equívocas, por el costo que una probable reprimenda figuraría dentro del cálculo que el movimiento aprista triunfara nuevamente en las elecciones generales en el Perú, que es cuando se compone este libro.

Como sea, claro está, la trivialización de la política o la necesidad de atender lo urgente, antes que lo importante, reduce los espacios para tratar las cuestiones de fondo, densificándolas. Total, la promesa del entendimiento, como la del amor, depende del espíritu que lo contenga. Por tanto, atañía cuidar más esta presentación con los pocos aportes que recibió para su publicación. En esto, la tarea del Fondo Editorial de la universidad más antigua de América destaca por su sobresaliente respeto por el contenido de los temas aquí tratados y por su delicado cuidado por lo formal. De ella emana el espíritu de la libertad que requiere el pensamiento creativo, ya sea científico o artístico. Esta edición debe a San Marcos miles de agradecimientos por su tolerancia, por su paciencia, por su virtud. A ella y a su Facultad de Química que me enseñó a reflexionar sobre la realidad, aprendiendo a aprender, vale decir, a afilar el intelecto. Quien busque una de las vertientes que ensanchan esta presentación deberá remitirse, sin duda alguna, hasta ese manantial efluvio de ideas que es la Decana de América. Sin embargo, cualquier error, vacío u omisión es de entera respon-

sabilidad mía y no compromete ni a quienes me corrigieron ni a los editores.

Al discutir los planteamientos aquí expuestos, pensamos tanto el presente como su devenir. Para el aprismo, el presente indoamericano constituye el punto de partida de una nueva fase de su desarrollo histórico, así como el punto final de un proceso anterior. Las constantes históricas que explican tal realización reúnen hechos objetivos que conoce inteligentemente. Así, la primera comprobación histórica hecha por el aprismo es cómo la llegada a Indo o Latinoamérica de los excedentes financieros producidos en Europa constituye su entrada al capitalismo, etapa histórica superior a las anteriores. Arraigado en Indoamérica, el sistema capitalista evolucionó y adoptó características particulares, comprendidas dentro del curso inteligente de sus acontecimientos. Su desarrollo permanece hoy activo. La comprensión del curso seguido y el de las características adoptadas son materia de la ideología aprista. Materia que establece correspondencia biunívoca con la realidad. Y en esa línea de comprobación observa en el presente el tránsito hacia una nueva etapa histórica —aludida en el párrafo inicial—. Fase liquidadora del capitalismo y, por tanto, superior a este. Puesto que la realidad es punto de partida del aprismo, el tránsito, de una etapa a otra, constituye, a efectos de esta presentación, mortero para su argamasa.

Tal transición confronta el desigual desarrollo de Indoamérica. Liquidada en su informalidad, con un orden dentro de otro desorden mayor, va al garete por la ausencia de gobierno que dé el golpe de timón que fije el rumbo. En este complejo proceso es posible identificar problemas tales como la desconfianza en un futuro diferente, por parte de una población que desdeña la política y sospecha de los políticos. Una

discusión pública pautada por asuntos de menor trascendencia en defensa de intereses económicos particulares. El reconcomio de los ciudadanos que, desalentados ante el espectáculo, encuentran en el emprendimiento individual una solución excluyente. La orfandad absoluta de la conciencia de sociedad, de convivencia, de entendimiento. La percepción del Estado como un estorbo a la iniciativa privada. Valores invertidos que provocan una sensación de caos, que brota de la ausencia de forma y pretensión lógica. El pensar con las cosas² para aprehender las estructuras que sostienen este sistema, que avanza pero no se desarrolla, es la génesis del tratado que tiene el lector entre manos.

Pensar en un pueblo es localizar el origen de sus principios. Consideramos el sentimiento subjetivo de tipo universal que mueve al hombre con «elegante indiferencia por la objetividad» (Hegel, 2001, p. 60), que pone el acento en el fin mayor, en un determinado interés material. Mientras conserve su naturaleza, el pensamiento carece de límites, es libre de discurrir con total impunidad; pero cuando se proyecta sobre la realidad, para la que elabora un concepto, queda determinado. En un primer momento, las sensaciones sobrepasan la tenue conciencia sobre lo que nos rodea y sobre uno mismo. A medida que la conciencia se nutre con las representaciones corrientes, se aleja del empirismo. Comienza por inquietarse, busca la libertad, la independencia, mientras descubre los valores de la verdad, la

2 De acuerdo con Ortega y Gasset (2001) «la misión del intelecto no es proyectar su forma sobre el caos de datos recibidos, sino precisamente lo contrario. La característica del pensar, su forma constitutiva consiste en adoptar la forma de los objetos, hacer de estos su principio y norma» (p. 15). La cita es tomada del artículo «La "Filosofía de la Historia" de Hegel y la Historiología», publicado inicialmente en la *Revista de Occidente*, en febrero de 1928; aparece como prólogo de la cuarta edición de la obra de Hegel antes citada, para la que inicialmente fue preparada.

belleza y la justicia. En sus estadios superiores —a los que no toda conciencia llega— toma determinación sobre la esencia de las cosas; y a la vez que captura lo fundamental, hace a un lado lo irrelevante. El espiritismo, poco o nada entrenado en la razón, llamará a esto el «sino». Para el aprismo, la historia solo puede ser observada de una manera pensante, como viene siendo explicada. De la observación de la coyuntura reciente, con sus alucinantes transformaciones tecnológicas y sus nuevas relaciones sociales, alumbramos la criatura que lleva usted por delante, amable lector.

Para comprender la historia indoamericana, el aprismo retorna a los puntos que principian el devenir histórico de esta hasta nuestro presente. Estos principios, que serán tratados a lo largo de esta exposición, son las limitaciones más elementales a las que llega el pensar debidamente entrenado. Y estas no han de ser más que las de su propia identidad y aquellas que las enfrentan. Cual enzima frente a su sustrato, al encaje de estas dos oposiciones le sobrevendrá un nuevo complejo, superior a los elementos que le antecedieron por separado. Este modelo, lógico, simple, irresistible y tan elemental de pensar, es la dialéctica, a la que podemos darle tantas apariencias como relaciones entre las cosas encontremos. Herramienta desarrollada por Hegel para explicar la filosofía de la historia universal y utilizada por Marx para interpretar la europea, es la que Haya de la Torre empleó para comprender el proceso indoamericano y crear así el aprismo.

La consideración pensante de la historia significa hallar las relaciones que la construyen, por encima de la metódica acumulación de fechas y datos históricos. Escribió Ortega y Gasset, en 1928: «Con la centésima parte de los que hace tiempo están ya recogidos y pulimentados bastaba para elaborar algo de un

porte científico mucho más auténtico y sustancioso que cuanto, en efecto, nos presentan los libros de historia» (2001, p. 22). Donde queda agotado el método, vale decir, donde concluye el procesamiento de la información, donde se agota la crítica, donde termina el documento o la fuente —que debe conducir a la más próxima descripción posible de los hechos—, aparece la inteligencia, resoluta para pensar la sucesión de aquellos acontecimientos que la crítica plasmó en copiosos volúmenes históricos.

A partir de una reflexión sobre la historia indoamericana, Haya de la Torre construye el aprismo. Para llenar los cimientos que esta construcción transporta, como ya ha sido mencionado, el método dialéctico utilizado primero por Hegel para pensar la historia del Viejo Mundo, y después por Marx para analizar las nuevas relaciones que entonces allá se forjaban. Esta metodología niega la mecanización del proceso constructivo de la historia indoamericana como copia del europeo, y obliga a reformular la génesis de sus fases evolutivas considerándolas incomparables con las de Occidente. Su primera obligación pensante es redescubrir la realidad sobre la que se proyecta, e inmediatamente trazar las líneas que han conducido el cauce de su propia historia. Puesto que la doctrina del aprismo se apoya en los principios de la ciencia social, le es dado mantener un estrecho contacto con la realidad, proyectándose sobre ella.

Al pensar la historia indoamericana como originariamente lo hace Haya de la Torre, hemos de encontrar ciertas constantes históricas que explican el carácter multivalente de la realidad de nuestra región. Y delimitada por el marco de la historia, más allá del cual no es posible ir sin agitar las maracas del brujo, esta realidad es individual y cambiante, dentro de la frontera de las modificaciones de la realidad universal. Pensando disci-

plinadamente esta situación, el aprismo construye y extiende una mirada comprensible sobre el tránsito histórico que vive Indoamérica dentro del mayor tránsito histórico que atraviesa la humanidad.

Este es uno de los aportes importantes del aprismo al pensamiento político indoamericano. Porque al aplicar la técnica que utilizó el marxismo para explicar la evolución histórica del Viejo Mundo, torna comprensible la nuestra, lejos de los enredos y las repeticiones del viejo brujo. Esta construcción, que ocurre por etapas y por fases propias de nuestro proceso evolutivo, distintas de las que, por ejemplo, Hegel definió para Europa, nos permite comprender la naturaleza íntima de la coyuntura local; y mirar el mundo desde nuestra propia perspectiva de desarrollo. Así, el ciudadano indoamericano debidamente entrenado en la razón, estudioso de la realidad, documentado con pasaporte mestizo, comprenderá, sin complejos de inferioridad ni traumas psíquicos, el porqué del progreso desigual entre los distintos rincones del planeta, del fundamentalismo que se excusa en la religión o en el vértigo financiero. Los resultados conllevan a pasiones insospechadas.

Dado que la historia indoamericana es una construcción segmentada en determinaciones de la libertad que al afirmarse revelan su propia contradicción, queda por categorizar precisamente tales fases. Esto supone encontrar el principio de cada una, lo cual significa simultáneamente acotar el final de la anterior. «Este principio es, en la historia, el carácter del espíritu de un pueblo. En este carácter expresa concretamente el pueblo todos los aspectos de su conciencia y voluntad, de toda su realidad» (Hegel, 2001, p. 139).

Indoamérica se encuentra vertebrada por una imponente cadena montañosa que se levanta de las profundidades oceá-

nicas hasta alcanzar el cielo. Vestida por un lado de extensas junglas y pampas tocadas por el Atlántico, y acariciada del otro por las aguas del Pacífico que golpetean sus contrafuertes. Hacia el norte se estrecha en un istmo que luego retoma su majestad montañosa, de donde desciende hecha selva hasta tentar sus océanos. Tras mudar en lecho marino resurgen islas e islotes que en piélagos atestiguan su unísono origen telúrico. Dentro de ella hay tantas realidades como circunscripciones geográficas, políticas, económicas o culturales nominemos. Para efectos de este estudio es de consuno resaltar el encuentro entre la civilización indígena originaria y la europea arribada con Colón, como el hito de donde parte nuestro mestizaje y así la Colonia³. Cuando maduras las oligarquías locales enfrentan al colonialismo ibérico, surge la República y otea el capitalismo. Explicando el arribo de este sistema en su forma imperialista (la etapa más lograda hasta entonces por los pueblos de mayor grado de evolución económica, pero para nosotros, pueblos de menor grado evolutivo, su primera fase dentro del capitalismo) es como nace el APRA.

Esta tesis es el siguiente gran aporte del aprismo al pensamiento político de la región y confirma toda una realización en Indoamérica, propuesta y concebida por Haya de la Torre. El imperialismo marca la entrada de Indoamérica a la edad capi-

3 El mestizaje en Indoamérica es un proceso inacabado, amplio en cuanto a la acepción del término según la región donde se emplee. Con el advenimiento de la República, las sucesivas oleadas de europeos, africanos y asiáticos, huyendo de guerras, buscando oportunidades o contratados para faenas o para colonizar tierras hacia dentro, trajo como consecuencia la formación de diferentes grupos mestizos, algunos con rasgos entre sí bastante similares y otros muy diferenciados. Existen innumerables ensayos que explican este mayor o menor mestizaje, burilado a partir de las comunidades nativas, siempre que no hayan sido exterminadas. En cuanto a su conformación racial, Indoamérica constituye hoy una comunidad heterogénea y esa es la razón principal por la cual continúa su proceso de mestizaje, atendiendo la dinámica que la nueva economía poscapitalista impone.

talista como ya ha sido dicho. Haya explica, con singular maestría, la ambivalencia que implica entre nosotros la llegada del capitalismo imperialista, que trajo consigo el capital financiero y la tecnología más reciente, pero que exigió simultáneamente el sometimiento político. El capitalismo arriba y transforma las estructuras sociales a medida que se asienta. Sin embargo, Haya de la Torre no explica qué sucede después cuando este capitalismo pasa a nuevos estadios. No puede hacerlo porque nuestra evolución capitalista alcanza su mayor grado de desarrollo hacia finales del siglo pasado. Había sí advertido, citando a Lenin cuando estudiaba el caso de la otrora Unión Soviética, cómo la maduración del capitalismo significa el paso de la producción de bienes y mercancías a la de capitales financieros que, al exceder la capacidad de ser absorbidos por su propio mercado, trantomantan océanos incorporando nuevas regiones —verbigracia, Indoamérica— al sistema capitalista mundial. Sin embargo, no alcanza Haya a explicar cómo el capitalismo ya instaurado entre nosotros alcanza sus propias cotas superiores de evolución, ni menos aún cómo transcurre tal marcha. No hubo forma que pueda hacerlo.

De eso trata este libro. Tomando como punto de partida el imperialismo en Indoamérica, la presente edición explora la ruta por donde este transitó hasta aproximarse a su ubicación actual, sin abandonar la línea de interpretación dialéctica de la historia que el aprismo reclama necesaria para comprender su propio devenir. Tal avance supone una actualización de su doctrina, acorde con el presente de la humanidad. De la comprensión de este tránsito dependerá el entendimiento de aquello que el aprismo plantea como historia y solución para los desafíos actuales de Indoamérica.

Al arribo del capitalismo le acontece la aparición tanto de capitalistas como de fabriles. Su consolidación es el triunfo del sistema superior frente a todos los que le han precedido, aunque dicho triunfo no se revista de la misma algarabía en todos los sectores de la sociedad que ha determinado, pues si bien es cierto representa, desde su estadio imperialista hasta las manifestaciones contemporáneas, una mejora en las condiciones de vida de la población de manera directa o tangencial, las diversas manifestaciones de disconformidad —muchas veces alcanzando el nervio del sistema— son síntomas inequívocos de un problema mayor. Las protestas caracterizadas por los trabajadores de la fábrica, de la pequeña manufactura, por los trabajadores del campo, los artesanos, y las clases medias pueden diferir entre ellas —y de hecho muchas veces lo hacen— en cuanto a sus reivindicaciones, no obstante siempre terminan cruelmente sofocadas cuando se transforman en una amenaza mayor. Además, todas estas protestas revelan el rotundo fracaso de un sistema que aquí *per se* no aglutina. Apunta Drucker (1994):

La crítica del mercado como organizador de la actividad económica se remonta a Aristóteles. *La mayoría de los cargos que se le hacen están bien fundados*. Pero como dijo hace más de cien años nada menos que el gran anticapitalista Karl Marx, el mercado, a pesar de todas sus imperfecciones, *sigue siendo muy superior a todas las demás maneras de organizar la actividad económica*, cosa que se ha probado ampliamente en los últimos cuarenta años. Lo que hace que el mercado sea superior es precisamente *que organiza la actividad económica en torno a la información* (p. 197) [énfasis mío].

Sectores con grados diferentes de conciencia objetiva, distanciados del desarrollo máximo del capitalismo, poseedores de distinta información, plantean reivindicaciones varias. Por tanto, sus aspiraciones varían también. Sus luchas encarnan momentos históricos específicos. Cuando el aprismo se constituyó a fines de la segunda década del siglo pasado, una de sus máximas pretensiones fue convocar en un gran frente único a todos estos sectores amenazados por la fuerza de un sistema avasallador. Años después, ratificando su posición contraria al comunismo, antiimperialista y antifeudalista⁴, reclama soluciones acordes con los nuevos problemas que el empuje del capitalismo gestaba, resistiendo el acoso sin miramientos de una oligarquía conservadora, chata de entendimiento. Al correr de los años, el desencuentro entre nuestros sectores de inacabada gestación concluirá en la confrontación sin síntesis, de raíz mal cultivada por el marxismo europeo, que es la sociedad indoamericana. Si en algún momento el avance a marchas forzadas de movimientos populares alentados por un socialismo importado frenó la acumulación librecambista, descapitalizando los activos que la industrialización y la explotación de recursos naturales por desigual erguía según las condiciones que hallaba, no detuvo su progresión inexorable, pues se define como un «paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 18). Para el aprismo está claro que toda marcha a contramano de la historia que pretenda atajar su derrotero, como vociferan los socialistas del siglo XXI,

4 Esta posición queda patente en el contenido de *Treinta años de aprismo* (1956), obra donde Haya ratifica los principios originales del APRA cuyas secciones son: «El anti-aprismo comunista» (capítulo I), «El antiimperialismo aprista» (capítulo II) y «El anti-feudalismo aprista» (capítulo III).

tiene reservado un sitio al lado de la experiencia socialista del siglo XX, en el rincón más oscuro de las ánimas.

En *El antiimperialismo y el APRA*, Haya de la Torre describirá cómo la protesta de los sectores que sufrían el embate del capitalismo, por entonces presente en su forma imperialista, apuntaba al amo visible; y cómo su reacción era fundamentalmente instintiva (1984, vol. 4, p. 103). Cuando dicha protesta mudaba en subversión, desafiaba la constitución del Estado. Triunfante y apostada en el poder, «la revolución» se reducía a la acumulación y la superconcentración de la producción nacional, construyendo en su mayor estado de excitación un enorme sistema de capitalismo de Estado, que antes Haya explicó para entender el caso de la Unión Soviética capturada por los bolcheviques. Pero como ya está dicho, la marcha de la historia deriva inexorablemente y no está sujeta a caprichos o voluntades. Bien aprendida esta lección, que tiene principio fundamental en el determinismo histórico —de donde parte filosóficamente el aprismo—, resolver la encrucijada por el retorno de Indoamérica al régimen librecambista, tras el quiebre del Estado como dueño de toda la producción y distribución del mercado, es tarea llana. Solo que ahora este capitalismo habrá evolucionado hasta alcanzar su fase superior, de tipo financiera, especulativa, voraz, aunque retardada con respecto al capitalismo más avanzado, para desconsuelo de los alienados y los acomplejados que pululan por nuestras tierras.

Este atavismo al capitalismo liberal o nuevo liberalismo —para diferenciarlo del otro primer liberalismo económico que cayó en descrédito tras el fin de la Primera Guerra Mundial— sucede al tiempo que la muerte de Haya de la Torre. Heredaba el gran pensador y político trujillano herramientas intelectuales afinadas durante su esfuerzo para comprender la realidad indoa-

americana. También señalaba un sendero. Ahora bien, no le correspondía al ideólogo la tarea adivinatoria de un brujo, sino a sus discípulos y seguidores tomar aquellas herramientas dejadas por el maestro, calibrarlas y continuar con tarea marcada por el mismo sendero dialéctico para redescubrir la realidad —siempre el punto de partida para toda formulación aprista— y comprender los nuevos fenómenos del devenir indoamericano, vale decir negarlo y superarlo: el mejor homenaje que un alumno puede rendir a su maestro.

Los acontecimientos posteriores al fracaso de la promesa socialista, que encuentran a nuestro capitalismo en su fase más avanzada con el retorno del capitalismo liberal importado de Norteamérica, demanda un redescubrimiento de nuestra realidad, acorde con el espacio-tiempo histórico que le toca desafiar. Se trata de cambios ocurridos dramáticamente en un lapso de tiempo bastante corto y acentuados en los años inmediatamente anteriores a esta publicación, entre tantas necesidades pendientes por atender en Indoamérica y sin parangón con cualquier otra trasmutación ocurrida en la historia de la humanidad. Aunque asome un caos de sensaciones en el redescubrimiento de nuestra realidad, en el pensar con las cosas hay una secuencia lógica que explica estas transformaciones. Estructurar a partir de las percepciones iniciales un ideario coherente es el siguiente objetivo de esta publicación.

La aparición del sistema poscapitalista

La caída del Muro de Berlín es, sin lugar a duda, el acontecimiento que simboliza el fin de una etapa de la historia y el comienzo de otra. Del mismo modo que en Europa, la toma de la Bastilla por la turba parisina significó el fin del *Ancien Régime* y el ascenso de la burguesía, y que en América la victoria de Ayacucho señala el término de la dominación realista y el inicio a la etapa republicana. El derrumbamiento del ignominioso muro, que dividía a la capital alemana, señala la liquidación de las pretensiones comunistas alrededor del orbe. Ciertamente, estos acontecimientos son más simbólicos que fácticos: cuando las fuerzas realistas capitulan después de la batalla de Ayacucho, algunos reductos coloniales se resistirán a reconocer a la República. Varios de ellos, inclusive, mantendrán su estatus colonial décadas posteriores⁵. No obstante, Ayacucho es la oriflora que saluda victoriosa la nueva América. Cenit donde convergen las corrientes libertadoras del sur y del norte, y adviene la República. De similar forma, el derrumbe del muro berlinés representa el agotamiento de un modelo de capitalismo de Estado que se estancó en aquello que, según las prediccio-

5 Tras la batalla de Ayacucho subsistirían focos de resistencia realista por unos años más en el Callao, en el Alto Perú —la actual Bolivia— y en Chiloé. La presencia colonial española continuaría hasta 1898 cuando fueron expulsados de Cuba y Puerto Rico, luego de ser derrotados militarmente por los Estados Unidos.

nes de Lenin, debió durar pocos años, como bien recuerda el aprismo:

Lenin equivocó completamente los plazos de la duración del tránsito entre «el comunismo de guerra» y el socialismo, según él mismo lo confiesa. No previó que los «seis meses» imaginados por él como término del cabal advenimiento del socialismo en Rusia, sobrepasarían el medio siglo. Ni que aun hoy mismo no solamente se han restaurado y prevalecen las normas económicas del sistema capitalista estatal en la Unión Soviética, sino que debido a ellas su gran desenvolvimiento industrial ha culminado en la superior y «más alta etapa» del capitalismo que es la imperialista (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 43).

La prueba de esta afirmación viene del vecino próximo a la desmembrada Unión Soviética: la República Popular China, gobernada por el Partido Comunista desde el triunfo de la Revolución en 1949. En ese país es donde el Estado, mediante el control del aparato productivo nacional, aplicó las reformas suficientes para adaptar el modelo a los cambios impuestos por los descubrimientos de la ciencia y los avances en la tecnología. Antes del colapso del gigante soviético, China había descartado el modelo de control centralista sobre la economía impuesto por Mao, completamente desacreditado tras los sucesivos intentos del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural. En su reemplazo, la cúpula china optó por ejecutar las reformas económicas que, desde 1978, con el encumbramiento de Deng Xiao Ping al mando de la nación, integraron al mercado chino al resto del mundo. Cuando Mijail Gorbachov hereda el mando de la Unión Soviética en 1985 y busca introducir una serie de reformas para descentralizar la toma de decisiones sobre la pro-

ducción, en un intento por salvarla de la bancarrota, la suerte estaba echada. La caída de la producción manejada por el Estado, con el consecuente deterioro en la calidad de los servicios que ofrecía, hasta su quiebre total, tiene en la caída del Muro de Protección Antifascista —*Antifaschistischer Schutzwall*, eufemismo con el cual el gobierno de Alemania Oriental nominaba al Muro de Berlín—, el hito donde culmina el modelo de capitalismo de Estado y Europa occidental asume el régimen liberal.

La propaganda de Wall Street, a la que es tan adicta parte importante de la prensa local en Indoamérica, proclamaba en sus titulares el triunfo final del capitalismo por todo el planeta. Y con este la culminación de las etapas de la historia y el ingreso a un nuevo consenso nacido en Washington. Hoy sabemos que esto no era cierto. La caída del Muro de Berlín simboliza el ahogo de la vieja utopía comunista por la joven economía poscapitalista, liquidadora también del viejo capitalismo, donde el conocimiento pasa a convertirse en el recurso más importante de la economía, modificando los modos de producción y estableciendo nuevas relaciones de circulación de bienes, servicios y formas de consumo.

Este trabajo, en virtud de su indesligable línea aprista —dialéctica, marxista— y de los aportes de autores de otras latitudes, demuestra el agotamiento del sistema capitalista, reconoce la aparición de una nueva etapa en la historia de la humanidad poscapitalista, y adecua su doctrina a la realidad impuesta por la nueva economía, sin arriar las perennes banderas por la justicia social y la libertad.

El tránsito hacia la sociedad poscapitalista es parte de un proceso histórico que, con el transcurrir de los años, adquiere vértigo. Todavía la sociedad capitalista domina la escena contemporánea, con sus modelos de crecimiento económico,

entre la confusión alentada al desmoronarse el muro berlinés. Sin embargo, la nueva sociedad ya está aquí, entre nosotros, y su presencia es latente, aunque no haya sido claramente identificada. El lector encontrará en las siguientes páginas rasgos del sistema capitalista en vías de extinción y señales del nuevo régimen poscapitalista que delinea un moderno contexto social. Uno de los planteamientos esgrimidos en este trabajo es la necesidad de liquidar en Indoamérica el proceso capitalista, junto con los rescoldos de etapas anteriores que perviven entre nosotros, para adelantarnos a las urgentes demandas que plantea la nueva sociedad.

Recuerdo haber leído alguna vez que el comunismo, tal como lo declaró Marx, constituía una etapa superior no lograda y que ninguno de los países autodenominados comunistas había alcanzado. Si bien es cierto que desde el análisis marxista la supresión o derrota del capitalismo debía darse por medio de la violencia, pues la burguesía jamás cedería sus privilegios pacíficamente, la colectivización de la riqueza requería de una etapa de transición intermedia, anterior al pleno comunismo, que Lenin había definido como capitalismo de Estado, donde el Estado dirigiría la producción contratando con el capital privado, el cual enseñaría al proletariado la técnica más avanzada, mientras expropiaba los bienes y servicios que resultaban vitales para su supervivencia. Los defensores de esta tesis argumentaban que ningún país había logrado culminar la etapa del capitalismo de Estado y que, por tanto, el comunismo quedaba pendiente de realización. Pero argüir esto significa la condena del engendro apenas engendrado, puesto que, si el capitalismo de Estado era la etapa previa para la consecución del comunismo y aquel apenas logró débilmente amalgamarse, su etapa siguiente era inviable. La caída del Muro de Berlín figura clara-

mente el inicio del desmoronamiento de la fantasía comunista construida bajo el Pacto de Varsovia. Pero si hacemos memoria, unos años antes, China —la otra espada del comunismo— había abandonado el mismo modelo que debía conducirle a su estadio superior. Entonces, el derrumbe del Muro representa algo más trascendente: la llegada de una edad poscapitalista.

En este punto cabe destacar una observación importante. Al suceder los acontecimientos aquí pergeñados, venía desde algún tiempo imponiéndose a lo largo de Europa y Norteamérica la proclama del nuevo liberalismo, por encima del estado de bienestar europeo, que, al término de la Segunda Guerra Mundial, había pauteado su desarrollo, y se encontraba ahora, tras décadas de expansión, acosado por la inflación y la caída del producto neto. Para 1989, las privatizaciones en Europa Occidental y la reducción de las tasas impositivas sobre las utilidades y las rentas en Norteamérica llevaban una década, como para arrojar una evaluación severa. Sin embargo, los acontecimientos políticos encontraban inoportuna toda crítica a un modelo que, basándose en la absoluta libertad económica, condenaba cualquier restricción al mercado y por extensión a la persona humana. Era patente. Aun cuando, para ese momento, ya era posible concluir que el nuevo liberalismo lograba reducir las altas tasas inflacionarias, pero no retomar las antiguas tasas de crecimiento, sin mayor explicación aparente; la caída del Muro revitalizaba al viejo capitalismo necesitado de oxígeno, al punto de autoproclamarse triunfante como último peldaño en la evolución histórica de la humanidad.

En Indoamérica copiamos mal y repetimos peor. Importamos modelos que se ajustan a realidades diversas y los empleamos sin mayor estudio de la nuestra. El neoliberalismo de reciente data, puesto en boga por estas tierras, lo comprueba.

Anunciado en Europa como nuevo liberalismo durante el último período de entre guerras europeo, su acta de constitución quedó suscrita en la célebre Conferencia de Mont Pelerin, en abril de 1947. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, el continuo crecimiento económico en Europa, que financia el estado de bienestar, desfavorecía cualquier redefinición constrictora de las competencias del Estado. Hasta que los vientos cambiaron de dirección con la crisis económica de los setenta —tras alcanzar el estado de bienestar sus propios límites—, donde se combinaban bajas tasas de crecimiento con altos índices inflacionarios. Fue el hándicap. Instalada en Inglaterra y los Estados Unidos, con los triunfos de Margaret Thatcher en 1979 y de Ronald Reagan en 1981 empezó a cubrir por aspersión el resto de Europa y Norteamérica. El Estado cedió terreno. La conveniencia de cambiar a un nuevo modelo económico liberal, inspirado en el primer liberalismo económico que llegó con la Revolución Industrial y el surgimiento del capitalismo, reduciendo la intervención del Estado para controlar o regular la distribución y el consumo, quedó planteada sobre el sistema más avanzado del mundo con sus ferrocarriles y sus usinas, tecnología de vanguardia y producción a la proa, servicios homogéneos, educación universal, vasta cultura y el volumen de una economía capaz de soportar enormes déficits. Trasladar sin reparos la nueva receta liberal a Indoamérica, de la que paradójicamente constituyó tubo de ensayo⁶, y olvidando las condiciones propias de su espacio-tiempo histórico; ello comprueba nuestro *colonialismo mental*, reiteradamente enfrentado por el

6 La primera de las nuevas experiencias liberales, a partir de la proclama de 1947, ocurrió en Chile, durante el gobierno militar encabezado por Augusto Pinochet. Una siguiente experiencia estuvo en Bolivia, durante el régimen de Víctor Paz Estenssoro, elegido democráticamente en 1985. Más adelante el lector encontrará este punto debidamente desarrollado.

aprimo. Indoamérica no cuenta con los activos fijos que poseen las naciones de capitalismo más avanzado. Aquí no están aún completos los servicios básicos. La educación es discriminatoria. El tamaño de nuestra economía es menor.

La vuelta a la acumulación capitalista en Indoamérica, luego de descartar la fanfarronería comunista, ha permitido rebasar los niveles de crecimiento de las primeras décadas del siglo XX, promoviendo tanto la inversión foránea como la regional. Este tipo de inversión, fruto de los primeros capitales inmigrados durante la fase imperialista, consolidó su desarrollo al llegar a las formas superiores de acumulación financiera. El otro tipo, coordinada desde los principales centros financieros del mundo, tiene las características expansivas propias del sistema capitalista en su grado más avanzado, graficando la figura de un imperio. Por definición, este tiende a expandirse y a buscar nuevos mercados. Económicamente corresponde a la exportación de capitales de países que han producido excedentes financieros y aterrizan en Indoamérica con un impacto sobre la región distinto del producido al arribar en su forma imperialista, cuando se dedicaba a explotar materias primas y producir mercancías, a la vez que exigía sometimiento incondicional con sus cañones y bayonetas apuntando hacia nuestras costas. Ahora, ese mismo capital financiero se encuentra aquí con un sistema económico que superó su fase previa, y alcanzó otra modalidad de producción de capitales. Sin embargo, como aquel es más grande y más robusto que este, no entran en competencia allende nuestras costas. El capital cuyos centros financieros están en Nueva York y Londres, se sirve del capital local para conquistar un nuevo mercado y luego lo absorbe. Cuando consolida su presencia, impone condiciones bajo otras estrategias: congela cuentas, cierra los créditos, embarga las reservas nacionales colocadas en

el circuito financiero internacional. Confundir ambos tipos de capitalismo, el imperialista y el financiero, significaría negar el devenir histórico de Indoamérica. El imperialismo constituyó nuestra primera etapa capitalista; el financiero es un estado más avanzado. De ahí que resulte equívoco plantear actualmente la amenaza del imperialismo económico sin atender que nuestra historia económica ha superado con creces esta etapa. Así, pretender que nuestro capitalismo actual se comporte como el capitalismo que va a la proa, compitiendo financieramente en inversiones y créditos, es como colocar una pica en Flandes al coronel Aureliano Buendía. Para desengaño de los intonso, la exportación de capital es un fenómeno que responde al volumen de la economía donde se produce, y la nuestra no alcanza, hasta estos tiempos, los volúmenes comandados desde las grandes capitales financieras de donde devino el capitalismo imperialista.

Dentro del sistema capitalista, Indoamérica ha alcanzado su fase superior mostrando tipologías propias. Aquí los capitales financieros producidos se trasladan de un lugar a otro dentro de la región en busca de mercados donde expandirse, pero no compiten contra los capitales europeos, norteamericanos o asiáticos por mercados nuevos o existentes. Tampoco se colocan cual moderno Túpac Yupanqui a la cabeza de una expedición para tramontar la mar y dirigirse hacia la orilla opuesta. Cuando se trata de empresas de mayor envergadura, el capital local busca al foráneo para ampliar su espalda financiera y compartir riesgos. Nuestro capitalismo en su escalón superior no ha alcanzado la modalidad imperialista. Su proceso es particular. Señala remarcable acaso sea el no haber liquidado las fases previas de la evolución que encontró aquí, agraria, colonial, pretensa burgués; a las cuales congeló y de las cuales se ha servido en

beneficio exclusivo. Favorecidas parcialmente por los adelantos tecnológicos que trae consigo el avance del capitalismo, las etapas anteriores de este desarrollo han estructurado una economía irresoluta que no entra en su totalidad en las formas donde el hombre alcanza un mínimo estado de bienestar común. El capitalismo más avanzado en Indoamérica impone condiciones, rumbea, pero no quema etapas anteriores de su evolución ni las homogeniza.

Las agudas contradicciones que aparecen en la cima del capitalismo no radican en su incapacidad para fusionar en una sola todas las etapas anteriores de nuestra historia económica. Esta es una característica que tipifica al capitalismo en la región, pero no lo niega. En Indoamérica, al anclarse en su fase imperialista, mejoró las condiciones salariales y, en general, la vida del otrora trabajador del campo atrayéndolo a la ciudad, pero no logró proletarizarlo. Su desarrollo quedó inconcluso. El obrero de la fábrica, el maestro manufacturero no adquieren conciencia de clase, como sí sucede en Europa, porque no llegan a definirse clases entre nosotros. Con el mediano progreso de los modernos servicios que trae el capitalismo, se crea un sector informal, distanciado de su origen indígena, pero que no alcanza a conformar un proletariado al concentrarse en la ciudad. El crecimiento de este sector crea un nuevo tipo de economía que le pone color al avance del capitalismo en Indoamérica. Su fuerza es tal que termina por instituir sus propios cánones dentro de los que impone el sistema capitalista, pese a lo cual no es capaz de proletarizar al trabajador informal ni de vencer las regresiones que la retan. A las contradicciones que presenta el capitalismo en sus métodos antitéticos de producción y distribución, apuntadas tiempo atrás, se suma aquí el irresoluto sistema de inecuaciones condicionales que debería mejorar con

el incremento de la producción y de las ganancias de capital, los ingresos de los trabajadores, y así resolver las expectativas de vida de los sectores que la boyante economía creará al formar más puestos de trabajo.

Estos viejos problemas tienen novedosas soluciones, más avanzadas, en la moderna economía poscapitalista. La Revolución Informática —que marca el inicio de esta era— proporciona elementos novedosos que permiten modificar la ruta, y acortar los plazos para alcanzar el ansiado desarrollo de nuestros pueblos. La automatización de los procesos de la mano de la informática y el comercio electrónico, facilitados por la Internet, crean modos de producción más eficientes, insospechados servicios hasta hace solo dos décadas y novísimos medios de acercamiento entre productores de bienes y servicios, y consumidores finales, frente a los cuales el capital y el trabajo —otroza factores principales de la producción— pierden preponderancia.

Los cambios que experimenta la novel sociedad del conocimiento plantean sus propios desafíos. Este trabajo aborda también aquel tema y sus implicancias, la más grave de todas, sin lugar a dudas, la de haber ingresado a una fase histórica sin completar las anteriores. Con ella aparece una nueva problemática político social, reflejada en un tipo de protesta diferente que se esparce por la región.

Las dirigencias políticas locales insisten en atender las demandas recientes con las recetas liberales de antaño. Siempre atentas a los consensos de Washington, necias son para identificar por cuenta propia los problemas recientes de Indoamérica que se mezclan con los anteriores, pendientes de solución histórica. Cometan —parafraseando a Lenin— en los «Nuevos tiempos, viejos errores de nuevo tipo» (1973, t. 12, p. 64). Como

antes, sigue siendo hoy el Estado *instrumento de dominación* sobre nuestros pueblos, esta vez del capitalismo financiero, sea local o extranjera, aliados o sometido aquel a este; donde se encumbran las dirigencias locales serviles. Por tanto, nuestra lucha consiste en capturar el aparato político y su expresión mayor: el Estado, para desafiar la nueva amalgama que tenemos por delante. Esto obliga a una doctrina como la aprista formular planteamientos actualizados —desconocidos para sus antecesores—, repensar su estrategia e hilvanar tácticas acordes para resolver la cuestión del poder⁷. Solo alcanzado democráticamente, será desde el poder que el aprismo deberá lograr la gran transformación que reclama Indoamérica.

7 Refiriéndose a este tema en 1928, Haya de la Torre escribía lo siguiente: «La lucha contra el imperialismo en Indoamérica no es solamente una lucha de mera resistencia, de algazara de comités o de protesta en papeles rojos. La lucha es, ante todo, una lucha político-económica. El instrumento de dominación imperialista en nuestros países es el Estado, más o menos definido como aparato político; es el *poder»* (1984, vol. 4, p. 91) [énfasis del autor].

El APRA como partido escuela

La revolución democrática impone al aprismo dos tareas precursoras. La primera es educar en la política y en el ejercicio de la razón, por medio del ejemplo del sacrificio indómito, con la responsabilidad nacida del compromiso. Instruir con firmeza, y afirmar así los principios que sostienen la autoridad emanada del soberano. La formación cívica y política es fundamental para lograr acuerdos democráticos básicos, como la sucesión en el poder mediante elecciones universales y el ejercicio pleno de libertades fundamentales. Empero, la frustración que produce en la ciudadanía el atraso económico y la ineficiencia del Estado para atender servicios básicos que está obligado brindar, socava los cimientos de una democracia que aparece fútil e inoperante, y conduce las miradas hacia sus representantes visibles, responsables de la administración nacional. Cuando el explotador palmario era el gamonal, el concesionario de la mina, el cauchero o el dueño de la fábrica, la protesta estaba dirigida hacia este; pero al migrar la población campesina a la ciudad, mientras ocurría una reforma agraria —a veces lenta, otras violenta— que le dio tierra al campesino que se quedó, y los progresos tecnológicos reemplazaban al caucho natural por el sintético, y alejaban del manejo directo de la mina o de la fábrica al antiguo propietario, la protesta de la población se volvió hacia los conductores del Estado, puesto que los antiguos explotadores se convirtieron en

una entelequia a la que todos apuntan sin identificar. En nuestro tiempo, a los ojos del campesino, del obrero de la fábrica, del artesano del taller, del empleado de oficina, del transportista, del comerciante, mientras la demanda es hacia la gran inversión por puestos de trabajo, una carretera, una escuela o una posta médica; la protesta está dirigida contra el Estado.

Es ilustrativo el caso de la población argentina de Gualeguaychú, que hacia finales del 2005, inició una serie de protestas por la construcción de una planta productora de pasta de celulosa en la localidad fronteriza uruguaya de Fray Bentos, a orillas del río Uruguay (límite natural entre ambos países). Las sucesivas marchas contra lo que sería la contaminación del afluente común y los vapores que alcanzarían a las localidades argentinas próximas a la frontera adquirieron proporciones de controversia internacional cuando los gobiernos nacionales de Montevideo y Buenos Aires se demandaron ante los tribunales del Mercosur y de La Haya.

Detrás de este conflicto estaba el interés del conglomerado empresarial nórdico Metsä Fibre's, conocido por su marca comercial Botnia. Para confirmar la construcción de la planta era necesario ratificar del tratado suscrito entre las administraciones uruguaya y finlandesa, para la promoción y protección de las inversiones recíprocas entre los dos Estados. El 21 de julio de 2002 el Ejecutivo uruguayo envió al Parlamento el tratado. La inversión total estimada entonces superaba los 1800 millones de dólares y planeaba producir anualmente un millón y medio de toneladas de pasta de celulosa, utilizada para la fabricación de papel. Se sumaba, así, a la construcción de otra planta similar también en las inmediaciones de Fray Bentos, proyectada por Energía y Celulosa —ENCE— de España, ambas sobre la margen oriental del río Uruguay.

Los trabajos de Botnia y de ENCE databan de años atrás cuando a través de subsidiarias, impulsaban la plantación de eucaliptus para sus futuras fábricas. Finalmente el tratado ratificado por el Parlamento uruguayo el 4 de mayo de 2003, determina en el artículo 5.1. que

Las inversiones realizadas por inversores de una Parte Contratante en el territorio de la otra parte contratante no serán expropiadas, nacionalizadas ni sujetas a otras medidas, directas o indirectas que tengan efecto equivalente a la expropiación o nacionalización (en adelante denominadas «expropiación»), salvo por interés público, sobre una base no discriminatoria, en virtud del debido proceso legal y contra una inmediata, suficiente y efectiva compensación.

Y añade en el siguiente artículo:

Para los inversores de la Parte Contratante cuyas inversiones en el territorio de la otra Parte Contratante sufran pérdidas por causa de guerra u otros conflictos armados, estado de emergencia nacional, revuelta, insurrección o manifestaciones en el territorio de esta Parte Contratante, la misma acordará con relación a la restitución, indemnización, compensación u otros acuerdos, un tratamiento no menos favorable que aquel acordado a sus propios inversores o inversores de la nación más favorecida, cualesquiera resulte más favorable para el inversor. Los pagos resultantes se harán en efectivo, en moneda de libre conversión e inmediatamente transferibles⁸.

8 Acuerdo relativo a la promoción y protección de inversiones, suscrito entre Uruguay y Finlandia.

Durante los debates se dejaron escuchar intervenciones como cantos celestiales para el mito de las inversiones extranjeras:

- «Por un momento temí que esta inversión tan importante para el país, para nuestra región y para nuestro departamento quedara frustrada».
- «Evidentemente, aquí estamos los que queremos que las inversiones queden y los que quieren, con la máquina de impedir, que las inversiones no estén».
- «Hemos votado afirmativamente este Acuerdo que, sin lugar a dudas, va a ambientar la inversión en sectores estratégicos de nuestra economía».
- «De un lado hay gente que empuja para sacar algunas cosas y del otro hay gente [que] las tranca. ¡Qué pena que siempre están de un lado los que obstruyen y siempre están del otro los que empujan!»⁹.

Las protestas que siguieron del lado argentino y el consecuente conflicto internacional entre ambos países retrasó el inicio de las obras de construcción. Por su lado la empresa española amagó entre retirarse o trasladar su planta —finalmente hizo lo segundo, instalándola en Colonia de Sacramento, territorio uruguayo frente a las costas del Río de la Plata—, mientras sucesivos bloqueos sobre los puentes que comunican a los dos países interrumpían las operaciones comerciales y exacerbaban los nacionalismos.

Tras sucesivos diálogos entre ambos gobiernos y la interposición de los buenos oficios de diversas autoridades mundiales, el 20 de abril de 2010 el Tribunal Internacional de La Haya falló señalando que «Uruguay no ha incumplido sus obligaciones

9 Al respecto conviene revisar el Diario de debates del Parlamento uruguayo entre las fechas acotadas.

sustanciales impuestas por los artículos 35, 36 y 41 del Estatuto del Río Uruguay de 1975» que en su momento estableció «mecanismos comunes necesarios para el óptimo y racional aprovechamiento del Río Uruguay». Paulatinamente las relaciones argentino-uruguayas se normalizaron¹⁰.

La enorme inversión finlandesa, por la que dos naciones indoamericanas llevaron sus relaciones diplomáticas hasta los tribunales internacionales, emplea aproximadamente trescientas personas en la planta de Botnia, transferida en diciembre de 2009 a su connacional UPM. Mientras que ENCE vendió también en 2009, sus activos al consorcio chileno-sueco-finlandés Arauco-Stora Enso, quienes concluyeron la mayor inversión industrial en Uruguay con alrededor de dos mil millones de dólares. La planta entró en funcionamiento en junio de 2014 y emplea no más de cuatrocientas personas para producir 1 300 000 toneladas de pulpa de celulosa.

Durante el tiempo que duró el conflicto, informes elaborados por investigadores tanto uruguayos como argentinos, así como los contratados por el Banco Mundial para estimar el impacto sobre el medio ambiente por las operaciones próximas al río Uruguay, concluían que las plantas no causarían contaminación alguna y que más bien era necesario supervisar su funcionamiento y las emisiones. Conocido el fallo de La Haya, las autoridades de ambos países acordaron la constitución de un comité científico para monitorear las condiciones del río, sin haberse detectado en los años siguientes contaminación alguna, según consta en los documentos publicados por la Comisión Administradora del Río Uruguay.

10 Ver el laudo emitido el 6 de setiembre de 2006 por el Tribunal Arbitral *Ad Hoc* del Mercosur y la sentencia dictada por el Tribunal Internacional de La Haya el 20 de abril de 2010.

Restablecida la calma y ya relevado de la presidencia uruguaya, el exmandatario Tabaré Vázquez (2005-2010) dijo ante un auditorio de estudiantes reunidos en el colegio Monte VI de Montevideo, el 11 de octubre de 2011, que uno de los escenarios probables que se había planteado durante las controversias contra Argentina fue el de un conflicto bélico. Al consultar con sus jefes militares, el comandante de la aviación uruguaya le reveló que solo contaban con cinco aviones y combustible para veinticuatro horas. Entonces —cuenta Vázquez en esta confesión de antología—, aprovechando un viaje a los Estados Unidos para mejorar el intercambio comercial entre ambos países, le pidió a la secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice, que dijera que Uruguay y Estados Unidos eran países socios y amigos, y que le pidiera al presidente George Bush que lo hiciera también. Bush visitaría Uruguay en marzo de 2007. Así, para Vázquez, en la actualidad nuevamente presidente de la República Oriental del Uruguay desde marzo del 2015, se aplacaron todos¹¹.

Este tipo de conflictos internacionales entre Estados indoeuropeos, disputando la inversión extranjera, son aguijoneados por intereses económicos ajenos a los de nuestra región, solapados detrás de la promoción de inversiones. Y como el Estado aparece responsable por la escasez de estas o como un obstáculo en su realización, la protesta de la población apunta contra él.

Un meridiano componente emocional acompaña tal reacción. La crisis económica, desatada por la especulación financiera, desquicia los tipos cambiarios de cada una de las treinta monedas que circulaban por Indoamérica, les resta valor, exas-

11 Las declaraciones las brindó Vázquez a propósito de un ciclo de conferencias organizado por la Asociación de Exalumnos del Colegio Monte VI de Montevideo.

pera los ánimos de la ciudadanía, afectada por la pérdida de capacidad real de compra. El trabajador rescatado de la pobreza, con un ingreso al parecer más seguro, rápidamente es el primer afectado por la contracción monetaria, y es amenazado con volver a su estado anterior. Buscando respuestas en medio del vaivén al que se ve sometido, aparece nuevamente el conductor del Estado, tibio para enfrentar la problemática. Como nuestra crisis financiera va siempre amancebada con la económica: carencia de activos fijos, falta o mala calidad de servicios públicos, deficiente o nula educación —la más seria y profunda de todas las crisis—, aquella toca nervio entre nosotros. El pasotismo de las elites gobernantes queda en evidencia. «Que se vayan todos» reza en el estandarte que agita el gonfalonero de turno.

Representantes de fracciones desfasadas entre sí, los conductores del aparato estatal, aferrados a este y con gran autonomía de su fiel representación, quedan enfrascados en una discusión inacabable que, a falta de educación para el entendimiento político, rápidamente se enerva hasta el insulto, la altisonancia, el vocinglero, la calumnia y la descalificación del opositor, en el fondo, por pensar distinto. Cuando la crisis amenaza los intereses de la oligarquía local, aparece la extorsión financiera. Como el capitalismo es un sistema que en Indoamérica se impone, pero no domina, al mudar la crisis en pánico asoma la resolución del contrato constituyente.

Conocidos son los argumentos nacionalistas, preferidos para llevar a cabo los golpes de Estado que han protagonizado nuestra vida republicana. El mismo que se explaya para señalar la futilidad de la democracia, y culpar a los políticos que no han sabido estar a la altura de sus responsabilidades; pero que siempre responden a los intereses de organizaciones económicas en salvaguarda de sus bienes, capitalizando rápidamente

la lucha estéril entre las dirigencias gubernamentales. No obstante, para el aprismo está claro que la democracia, por más imperfecta que sea, es hasta ahora la mejor forma de gobierno creada por el hombre y que su escuela es tarea permanente, dado que sus valores deben ser cultivados con tiempo, paciencia y dedicación. Los viles enfrentamientos que han dividido por años nuestras sociedades son en el fondo un problema de educación política que deriva de la falta de entendimiento, pues estando desconectadas nuestras estructuras, desconectados están sus intereses.

Tarea reservada para espíritus superiores consagrados a la redención, la actuación política en democracia debe combinar planes amazónicos de largo aliento con resultados parciales, sensibles a la ciudadanía; de la mano con una honestidad conmovedora, de un sacrificio que mistifique, de una austeridad que imponga respeto, de liminares argumentos científicos y casuísticos que eduquen al soberano y su representación, para recordar siempre al insigne Sarmiento. Y solo hombres con temple de viracochas, los que reclama el aprismo, tienen reservada esta misión.

* * *

La segunda tarea estriba en la construcción de un partido sólido, definido, capaz de conducir el Estado con ciencia. Una organización de frente único que reúna a todos los sectores amenazados por la especulación capitalista.

Dado que entre nosotros el capitalismo es un proceso indefinido, indefinidas serán las clases que este habría de formar, en el sentido europeo que el marxismo le atribuye. Al no haber podido nuestro industrialismo incipiente consolidar un prole-

tariado fuerte, tampoco hubo de crear una burguesía dominante. El avance del capitalismo desde su primera forma imperialista no definió clases patentemente diferenciadas. Sin embargo, a semejanza de lo acontecido en Europa, el capitalismo atrajo gentes del campo a la ciudad, donde las condiciones de vida eran mejores y los servicios públicos quedaban más próximos. Al llegar a la ciudad, el anterior trabajador de la tierra dejó su condición campesina mas no alcanzó a proletarizarse. Quedó incorporado a un sistema informal preponderante. Tampoco hubo de formarse una burguesía del tipo reaccionaria. El viejo barón de la caña, el gamonal amo de su feudo, al arribar también a la ciudad quedó sometido por medio de alianzas, fusiones o adquisiciones, al imperio del capital mayor exportado de Europa o Norteamérica. Con el avance del capitalismo hacia sus formas superiores, los capitales locales que lograron sobrevivir adaptándose a los cambios impuestos por el sistema superior, conformaron élites u oligarquías susurrándole al oído a los gobiernos que ellos mismos promovían en defensa de sus intereses.

Todo este empuje habría de otorgar —renglón aparte— atributos peculiares a lo que entre nosotros conocemos como clases media que «a medida que el imperialismo avanza, ven más restringidos los límites de su posible progreso económico» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 102). Además,

[...] las clases medias sufren el rigor del desplazamiento o del choque. Lo sienten en sus efectos económicos; son siempre las clases menos favorecidas por la transformación del capitalismo. En las épocas de crisis se hunden grandes sectores de las clases medias. «Del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del sabio han hecho trabajadores asalariados», escribían Marx

y Engels en la primera parte de su inmortal Manifiesto, hace ochenta años. Es fácil, pues, encontrar en ciertas zonas de la clase media norteamericana aliados para nuestra causa. No aliados permanentes, pero sí aliados que en un momento dado ofrecen cooperación: escritores, profesores, estudiantes, religiosos pacifistas, forman por ahora la mayoría de los norteamericanos interesados en nuestra suerte (p. 147).

Habiendo alcanzado la superior forma financiera en Indoamérica, el progreso de estas quedó detenido sin cumplir la importante función de circulación y distribución económica que vienen cumpliendo en las economías más avanzadas, ni constituirse en importante sector de consumo del mercado local. Pauperizadas por la crisis sistémica, la iniciativa histórica que les atañe en la lucha por el desarrollo pierde bríos. No obstante, «en los países de retrasado desenvolvimiento económico las clases medias tienen mayor campo de acción» (p. 102). Si económicamente podemos entender «que las primeras admoniciones contra el imperialismo en nuestros países hayan surgido de las clases medias, que son también las más cultas» (p. 103), colegiremos por su cultura, por sus expectativas de convertirse en clase dominante; que las primeras señales de alarma sobre los riesgos de caer en el entrapamiento del ingreso medio y el modelo primario exportador, provengan del sector que por su educación está llamado a liderar la gran revolución del pan con libertad.

¿Sería realista entonces —parafraseando la pregunta planteada por Haya de la Torre hace más de ochenta años— desecher la alianza de la clase media con los sectores de obreros, campesinos, pequeños y microempresarios, comerciantes e industriales? «Y ¿sería posible que formada tal alianza se limitara

a protestas retóricas, a una mera labor de resistencia; o a agitaciones estruendosas sin un plan realista y político?» (p. 104).

Una agrupación política moderna, que aspire a transformar las estructuras económicas indoamericanas para conducir al territorio a la vanguardia del progreso. Como ayer, «debe ser un partido nacional de Frente Único, que agrupe» esta vez a todos los sectores amenazados por la especulación financiera y los desafíos planteados por la nueva era poscapitalista, debe ser «un partido con programa y tácticas propias, realistas y eficientes y con comando nacional» (p. 99).

Debe ser también, acorde con las exigencias actuales, una escuela democrática que en el debate de ideas forme líderes capaces de manejar los hilos conductores del Estado con ciencia y honestidad. Un partido político de cuadros, con amplios conocimientos en el funcionamiento de los diferentes aspectos de la vida moderna.

El incremento de la producción neta, a partir de las políticas de apertura comercial adoptadas durante el tramo final del siglo pasado por los gobiernos indoamericanos, no ha logrado siquiera colmar los servicios más elementales de un importante sector de nuestros pueblos y, por tanto, establecer estándares mínimos de entendimiento entre sus dirigencias. A las comunidades amazónicas, algunas localizadas en la frontera próxima a la prehistoria, subsistiendo de la recolección y la caza, e infelizmente llamadas pueblos no contactados —para beneplácito turístico—, se le suman comunidades andinas en las partes más altas de la rica serranía tenaces en el trabajo comunal originario. En la ciudad, las redes de saneamiento básico con sus conexiones prediales no cubren la totalidad de las periferias metropolitanas y las existentes no resuelven los requerimientos de los tugurios. Un gran número de caminos aún es trocha y el ferro-

carril —signo distintivo del avance del capitalismo— es un capítulo escrito a medias en los compendios de historia. Todo esto contrasta con el espectacular progreso y la expansión de las redes de telecomunicaciones y sus reducidos costos que posibilitan un rápido y fácil acceso a televisores, computadoras o teléfonos móviles en donde faltan conexiones de agua potable o caminos asfaltados. Esta contradicción es característica del crecimiento económico que tanto repiten los profetas del futuro prometido. Como nuestra economía viene de estructuras milenarias acondicionadas a los tiempos modernos, los adelantos tecnológicos ensanchan la brecha que aleja ambos extremos, sembrando confusión sobre el camino a seguir. Los defensores de este sistema, proyectados desde las capitales financieras a las que sirven —muchas veces bien remunerados, recordémoslo—, sin mayor alcance ni profundidad, sostienen que hace falta aún crecer más y por más tiempo. Mascullando con dolor tras quedar estampados contra la protesta cívica disentida del «modelo», insisten en que, únicamente sosteniendo el crecimiento por más tiempo, atrayendo más inversión, generando más trabajo y reduciendo la presencia del Estado, dentro de algún tiempo se producirá el milagro económico que nos convertirá en repúblicas prósperas del primer mundo, dignas de un estudio por publicar en alguna revista de banca norteamericana. El Estado debe controlar la inflación, mantener el déficit fiscal cerca a cero, atender algunos servicios básicos y esperar que por acción del capitalismo —y su reciente variante económica: el nuevo liberalismo— ocurra la gran transformación.

El aprismo es un movimiento realista y aspira al pleno desarrollo de Indoamérica lejos de quimeras intelectuales. Por tanto, reconoce la importancia del crecimiento económico como parte de una tarea mayor por afrontar. El mercado requiere de

amplias libertades para crear, expandirse, consolidarse o quebrar y volver a crear completando sus propios ciclos de desarrollo. Serán su naturaleza y progresión quienes obligarán la acción del Estado, fijándole márgenes de acción firmes y flexibles dentro de un plan mayor que contemplará la supervisión de ciertas operaciones vitales para la defensa de nuestro desarrollo, la puesta en marcha de nuestra deficiente infraestructura, la organización de los servicios públicos y la educación universal. Estado que conducido científicamente guiará a nuestras naciones hasta su ansiado desarrollo.

El movimiento maoísta Sendero Luminoso: la violencia en Indoamérica

El aprismo es una doctrina construida desde y para Indoamérica. Haya de la Torre, su creador, pensaba en un solo bloque integrado por veintiuna naciones (1984, vol. 4, p. 78). Tal anhelo exigía el surgimiento de un movimiento político local que pugnara por el mismo ideal. Sin embargo, no ha sido posible hasta ahora concretar un proyecto más allá de la aparición de algunos partidos o movimientos primaverales, acaso por las rivalidades mezquinas que han desencontrado estérilmente a nuestros países.

En tal sentido puede afirmarse que sólo a partir de la experiencia del APRA los partidos políticos populares o radicales (*v.* radicalismo latinoamericano) preexistentes o constituidos luego de ella alcanzaron una importancia continental basada en gran parte en la capacidad del APRA y de su fundador, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, de ofrecer a partidos hasta ese entonces carentes de un cuerpo de doctrina más o menos coherente una inteligente elaboración teórica alternativa al capitalismo y al socialismo. La influencia decisiva del pensamiento del APRA —que no obstante sus ambiciones de expansión continental sólo en el Perú logró constituirse como un partido político de profundas raíces nacionales— sobre el pensamiento político y social y sobre las organizaciones de clases medias lati-

noamericanas se debe al hecho de que ofrecía un camino propio al dilema que la crisis económica y moral del capitalismo, y las condiciones excepcionales en que se desarrollaba la experiencia del octubre ruso, planteaba al mundo lacerado de la primera posguerra (Bobbio, Matteucci y Pasquino, 1995, t. 1, p. 78).

Donde el APRA llegó a materializarse políticamente fue en Perú, en 1930¹². Con esto obtuvo una base de operaciones nacional para efectuar sus tareas. Dado que aquí se abordan las transformaciones económicas acaecidas al haber logrado Indoamérica la forma más avanzada del capitalismo, mientras resuelve su ingreso a la etapa poscapitalista. Vale la pena destacar los acontecimientos políticos más importantes de este período.

El 15 de agosto de 1971, el presidente norteamericano Richard Nixon anunció en un discurso televisado el fin de la convertibilidad de dólares por oro. Esta medida unilateral cortó su intercambio en la ventanilla de los bancos estadounidenses, lo cual estaba dejando a la moneda sin respaldo metálico, devaluándolo. El anuncio puso fin a los acuerdos de Bretton Woods de 1944 que intentaron ordenar las finanzas internacionales, creando el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, entidades que son parte del Banco Mundial¹³.

El total abandono del patrón oro significó para Indoamérica el inicio de sucesivas invasiones de dólares excedentes de la

12 Diferenciamos aquí entre el aprismo como movimiento continental y el Partido Aprista. Mientras que como ideología el aprismo es rastreable a fechas anteriores, consideramos la fecha de fundación del Partido Aprista Peruano el 20 de setiembre de 1930, según consta en el *Acta de inauguración de la sección peruana del APRA continental (Alianza Popular Revolucionaria Americana)*.

13 Ver: Bordo y Eichengreen (eds.) (1993). Es particularmente interesante el capítulo IX, «The Collapse of the Bretton Woods Fixed Exchange Rate System», preparado por el profesor norteamericano de economía Peter M. Garber.

economía norteamericana que buscan desesperadamente colocación, los cuales están contados en miles de millones. Por aquellos años inicia el sobreendeudamiento de la región, la urbanización de nuestros países se consolida y los movimientos populares cobran mayor importancia. En agosto de 1979 muere Haya de la Torre, con ochenta y cuatro años.

En Perú, aparece del movimiento subversivo de inspiración maoísta Sendero Luminoso, alzado en armas contra el Estado en 1980, el cual destaca por evidenciar la endeblez del sistema político nacional. Acatando las teorías del dirigente chino Mao Zedong, quien había realizado una interpretación del marxismo-leninismo para la China de la segunda década del siglo XIX, Sendero Luminoso inicia su accionar armado poco después de que las tesis maoístas demostraron ser ineficaces en su escenario original. Muerto Mao, sus sucesores mandaron al traste sus planteamientos, de los que solo sobrevivió la dictadura del Partido Comunista, que gobierna a la enorme nación china hasta hoy. Sendero Luminoso —que adoptó su nombre de una cita del pensador peruano José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Socialista del Perú en 1928, de quien también se reclamaba tributario—, fue una pequeña organización inspirada en una doctrina palmariamente inservible que logró colocar en poco tiempo al pueblo peruano en estado de indefensión, y dramatizó todavía más sus visibles fracturas sociales. La acción política de Sendero, traducida en la violencia mediante la utilización de bombas caseras, dinamitazos y ajusticiamientos selectivos, dejó una persistente estela de temores y resentimientos en el Perú que, al cabo de casi dos décadas de su derrota, aún echa sombras.

El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso es una de las consecuencias de la larga escisión que ha caracteri-

zado al conjunto de movimientos socialistas y comunistas en Indoamérica, seducidos primero por el marxismo europeo. Con los trabajos de Lenin, que desarrollan los de Marx, se forma el marxismo-leninismo, cuyo espaldarazo mundial es el resonante triunfo de la Revolución rusa en 1917. Poco después, dispuesto en el marxismo-leninismo, Mao Zedong escribe en 1926 su «Análisis de las clases de la sociedad china» —publicado inicialmente por uno de los medios de prensa del Kuomintang e insertado luego en todas las ediciones que reúnen los trabajos del dirigente asiático— de la que devendrá una oportuna estrategia revolucionaria coronada por el triunfo en 1949, con la victoria del Partido Comunista chino. El marxismo desarrollado por Lenin y luego, aparentemente, por Mao muestra al mundo una segunda victoria descollante.

A la par de lo que ocurría en Europa y Asia, la formación de partidos socialistas o comunistas hallaba eco en Indoamérica. Con cada exégesis marxista y pugna política entre los dirigentes euroasiáticos, prorrumpía un correlato criollo. Por ejemplo, con la desaparición física de Lenin, la lucha por la sucesión entre Stalin y Trotsky hizo que se formaran entre nosotros agrupaciones *stalinistas* y *trostkistas*. Vencedor el primero, se hizo del poder hasta su muerte en 1953. Tres años después, durante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el nuevo secretario general, Nikita Jrushchov, pronunció un memorable discurso denunciando los crímenes cometidos por Stalin y la antojadiza interpretación del leninismo hecha por este. Por su parte, Mao defiende la figura del fallecido líder soviético, a quien antes había llamado «el fiel amigo del pueblo chino en su lucha por la liberación» (Mao, 1976, t. 1, p. 348). El ideólogo añade:

En la Unión Soviética, aquellos que anteriormente elevaron a Stalin a una altura de cien mil metros, ahora lo han rebajado de un solo golpe a noventa mil metros por debajo del suelo. En nuestro país, también hay quienes bailan al compás de ellos. El Comité Central considera que Stalin tiene un 30 por ciento de errores y un 70 por ciento de méritos y que, en su conjunto, es un gran marxista. Con base en esta apreciación fue como escribimos *Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*. Es más o menos apropiada esta apreciación, que se fundamenta en la proporción de 3 a 7. Stalin cometió algunos errores con relación a China. De él provinieron tanto el aventurerismo de *izquierda* de Wang Ming en la última fase de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria como su oportunismo de derecha en la fase inicial de la Guerra de Resistencia contra el Japón. En el período de la Guerra de Liberación, Stalin comenzó por prohibirnos hacer la revolución afirmando que si estallaba una guerra civil, la nación china se encontraría bajo la amenaza de la ruina. Iniciada la guerra, creyó sólo a medias en nuestra fuerza. Al triunfo de la guerra, tuvo la sospecha de que la nuestra era una victoria al estilo Tito y ejerció, en los años 1949 y 1950, una presión muy grande sobre nosotros. No obstante, consideramos que él tuvo un 30 por ciento de errores y un 70 por ciento de méritos. Esta apreciación es justa (t. 5, p. 330)¹⁴.

Luego analiza los resultados del congreso soviético:

Respecto al XX Congreso del PCUS, quisiera decir algo. A mi juicio, existen dos *espadas*: una es Lenin y la otra, Stalin. Ahora, una de esas espadas, Stalin, ha sido abandonada por los rusos.

14 Cita correspondiente al discurso «Sobre diez grandes relaciones», de abril de 1956.

Gomulka y algunos húngaros han echado mano de ella para caer sobre la Unión Soviética y combatir el llamado stalinismo. Los Partidos Comunistas de muchos países europeos también están criticando a la Unión Soviética, y es Togliatti quien va a la cabeza. Los imperialistas, a su vez, hacen uso de esta espada para matar a la gente. Dulles, por ejemplo, la blandió durante algún tiempo. Lo ocurrido con esta espada no es que haya sido dada en préstamo, sino simplemente botada. Los chinos no la hemos abandonado. Como primer punto, defendemos a Stalin y, como segundo, criticamos sus errores; es por eso que hemos escrito el artículo *Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado*. A diferencia de aquellas gentes que denigran y liquidan a Stalin, nosotros lo tratamos conforme a la realidad. En cuanto a la otra espada, Lenin, ¿no habrá sido abandonada en cierta medida por algunos dirigentes soviéticos? Me parece que lo ha sido en medida considerable. ¿Tiene aún validez la Revolución de Octubre? ¿Puede todavía servir de ejemplo para los demás países? En su informe ante el XX Congreso del PCUS, Jruschov afirmó que era posible conquistar el Poder por la vía parlamentaria, lo que quiere decir que para los demás países ya no es necesario aprender de la Revolución de Octubre. Abierta esta compuerta, el leninismo ha sido prácticamente abandonado (p. 371)¹⁵.

De esta diferencia deriva la ruptura entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Partido Comunista de China, y la aparición por estos lares de prosoviéticos y prochinos —o moscovitas y pekineses— añadidos a los partidos formados tras

15 Fragmento extraído del discurso pronunciado en la II Sesión Plenaria del VIII Comité Central del Partido Comunista de China, en noviembre del 1956.

anteriores purgas, cada cual identificándose a sí mismo como auténtico depositario del marxismo.

En el Perú, estas divisiones, seguidas a semejanza de lo que venía ocurriendo en Europa y Asia, condujeron a enfrentamientos internos entre las formaciones comunistas. El antecedente más antiguo está en el Partido Socialista del Perú fundado por José Carlos Mariátegui en 1928. A pocos días de su muerte en 1930, el Comité Central encabezado por Eudocio Ravines —exmiembro de las primeras células apristas, expulsado de estas— le cambió de nombre por el de Partido Comunista del Perú, siguiendo las directivas de la Internacional Comunista de Moscú¹⁶. Cuando años después Mao Zedong rompe con los soviéticos, tras denunciar que Lenin y Stalin habían sido abandonados por los rusos y particularmente por Jrushchov, quien había propuesto una vía parlamentaria para conquistar el poder, en el Perú se escindió el Partido Comunista del Perú-Bandera Roja, seguidor de la línea pekinesa.

Esta agrupación, aunque pequeña, dada la poca importancia que en general los partidos comunistas tenían en Indoamérica, había logrado captar un importante grupo de militantes del Partido Comunista Peruano. Posteriormente sufrirían nuevas divisiones. Pero una de sus facciones tendrá enorme repercusión sobre el Perú por el enorme daño que causaría: la encabezada por el graduado en Derecho y Filosofía de la Universidad de San Agustín de Arequipa, Abimael Guzmán Reynoso.

Guzmán Reynoso era militante del PCP-Bandera Roja cuando fue contratado como profesor de filosofía de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, en 1962. Empeñado en fortale-

16 José Carlos Mariátegui falleció en Lima el 16 de abril de 1930, a los 35 años de edad. El 20 de mayo del mismo año, el Partido Socialista del Perú cambió su nombre por el de Partido Comunista del Perú.

cer la base partidaria local con el fin de tomar luego el control de todo el partido, sus actividades lo llevaron a separarse de Bandera Roja y formar el Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso durante los primeros meses de 1970. A partir de entonces, Guzmán llevaría a cabo una serie de acciones destinadas a reconstruir lo que consideraba el verdadero Partido Comunista cuyo corolario debería ser el inicio de la «lucha armada».

Al constituir el recién formado Sendero Luminoso, una muy pequeña agrupación, los primeros trabajos de difusión y captación de elementos para formar cuadros políticos se dieron en la Universidad de Huamanga. Paulatinamente su actividad política se extendería a otras universidades con el objetivo de recuperar a aquellos militantes que no los habían acompañado al momento de fraccionarse Bandera Roja. Luego inicia la formación de «organismos generados» de la masa popular, células pequeñas subordinadas a la dirección del Partido que deberían cumplir el papel de agitación y propaganda. Cuando Abimael Guzmán consideró que la reconstrucción del partido había sido lograda y ya existían los suficientes cuadros políticos y de masas, decide iniciar la «lucha armada»:

Somos un torrente creciente contra el cual se lanza fuego, piedras y lodo; pero nuestro poder es grande, todo lo convertiremos en nuestro fuego, el fuego negro lo convertiremos en rojo y lo rojo es luz. Eso somos nosotros, ésa es la Reconstitución. Camaradas, estamos reconstituídos (Comité Central Ampliado, 1980, párr. 21)¹⁷.

17 Esta cita proviene de un panfleto titulado: *Somos los iniciadores* (1980). Este encabezado se refiere a la clausura, realizada en Lima, de la I Escuela Militar, un mes antes del inicio de las acciones armadas realizadas por Sendero Luminoso. Guzmán supone en el texto que el PCP-SL estaba listo para enfrentarse al Estado peruano.

Las acciones de Sendero Luminoso representaron una novedad respecto a los movimientos subversivos que desafiaron a los Estados indoamericanos durante las tres décadas anteriores a 1980. Mientras estos anunciaban su insurgencia mediante comunicados públicos, lanzaban proclamas, reivindicaban sus actos y organizaban la guerrilla a la que debía plegarse la población, Sendero Luminoso inició la «lucha armada» el 17 de mayo de 1980, irrumpiendo en una escuela pública en el pequeño poblado de Chuschi, en la sierra del departamento de Ayacucho, donde se guardaban ánforas, cédulas y sellos para la realización de los comicios generales del Perú al día siguiente. Parte del material electoral fue quemado y otra, sustraída. No hubo arengas, muertos, ni comunicado reivindicatorio. Un panfleto que antecede a esta fecha es el referido de abril de 1980, el cual dice: «Camaradas, somos los iniciadores, así pasaremos en la historia» (Comité Central Ampliado, 1980, párr. 2), y más adelante afirma: «La II Sesión Plenaria ha sancionado un ‘plan de inicio de la lucha armada’ que soluciona un problema no resuelto hasta hoy: el inicio de la lucha armada» (párr. 23). El siguiente documento es de agosto de 1980 y lleva por encabezado: «¡Hacia la guerra de guerrillas!».

Esta actitud se intensificó la mañana siguiente a la navidad de 1980, cuando aparecieron colgados en varios postes de alumbrado público del centro de Lima perros sacrificados, con carteles donde se leía: «Teng Siao Ping. Hijo de Perra». Estas inscripciones se referían a las medidas económicas adoptadas por el nuevo gobernante chino, calificado como «oportunista de derecha» por los miembros del grupo subversivo. Aunque ya se habían efectuado ataques terroristas en la capital peruana, la aparición de estos animales sacrificados constituye un hito importante para entender la naturaleza del fenómeno senderista.

Así como los siguientes actos subversivos de Sendero Luminoso, este acto no sería reivindicado mediante manifiesto alguno. Al PCP-SL le bastaba llevar a cabo maniobras violentas y colocar una bandera roja con la hoz y el martillo a modo de firma. Las actividades terroristas y los asesinatos selectivos se incrementarían en los meses y años siguientes.

Los integrantes de Sendero se caracterizaron por sus altas capacidades de mimetización con la población, de forma que no era posible identificarlos. Tampoco constituían columnas armadas regulares trabando combate frente a unidades policiales o militares. La primera propaganda senderista se llevó a cabo en las comunidades campesinas, a las cuales intentaban atraer persiguiendo el abigeato y castigando a las autoridades locales que cometían abusos contra la comunidad¹⁸. Durante sus primeros años, Sendero Luminoso arremete contra puestos policiales aislados o lleva a cabo operaciones audaces como el ataque simultáneo contra varios puntos de la ciudad de Ayacucho la noche del 2 de marzo de 1982. Aunque el objetivo táctico fue el ataque a la cárcel de la localidad para liberar a los miembros de la organización detenidos por la policía, una operación de esta magnitud también sirvió para reforzar su moral y mermar la de las fuerzas del orden. El enfrentamiento se prolongó hasta las primeras horas del día siguiente. Como consecuencia directa del ataque fallecieron dos policías y diez miembros de Sendero Luminoso. Alrededor de trescientas personas, entre subversivos y presos comunes lograron fugar. La policía reaccionó con mucha fuerza. Tras la operación los subversivos, como tantas otras

18 Además de las autoridades políticas de la zona —alcalde, juez de paz—, cabe hacer extensiva esta anotación al comerciante que vende caro, al prestamista usurero, contra quienes los senderistas también arremetían en su intento por ganar las simpatías de la población.

veces, desaparecieron camuflados entre la población o escondidos por las montañas.

Cuando al año siguiente el Ejército peruano recibe el encargo del gobierno democrático de enfrentar la subversión, lo hace empleando un método de combate adquirido en las escuelas de guerra: neutralizar todo objetivo sospechoso de convertirse en amenaza, con la seguridad otorgada por una preparación y un poder de fuego superior. Acusando recibo del golpe por la captura o eliminación de sus cuadros militares —la respuesta del Ejército fue una respuesta militar—, Sendero Luminoso debió además enfrentar el rechazo violento de las comunidades campesinas hacia sus métodos de control y colectivización sobre la débil economía local. La escala de violencia adquirió dimensiones que sobrepasaron la capacidad de control del Estado, el número de víctimas en medio del fuego cruzado se incrementó exponencialmente y las recriminaciones mutuas y en todas direcciones soliviantaron a la frágil sociedad peruana.

Aunque la violencia parece un acto demencial, sobre todo para quien la sufre, lo cierto es que esta, como toda acción humana, tiene una causalidad. Cuando se trata de violencia política su génesis se localiza en las tesis que intentan justificarla, las cuales deben ser escrutadas hasta su cabal entendimiento por más banales que resulten. Para entender las motivaciones del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, se debe retroceder hasta los orígenes de esta organización y examinar las doctrinas que reivindicaban.

La primera referencia ideológica sobre Sendero Luminoso apunta hacia los trabajos del dirigente comunista chino Mao Zedong. Proveniente de una familia campesina del sur de China y estudiante a tiempo parcial en la Universidad de Pekín, Mao diverge del comunismo soviético —marxista-leninista—, al es-

tablecer que el campesinado mayoritariamente pobre de China es «la vanguardia en la lucha por el derrocamiento de las fuerzas feudales y los gloriosos pioneros en el cumplimiento de la grandiosa tarea revolucionaria, que durante tantos años ha estado sin realizar» (Mao, 1976, t. 1, p. 29)¹⁹. Si bien reconoce que «el proletariado industrial es la fuerza dirigente de nuestra revolución» (p. 16)²⁰, para el dirigente chino los campesinos pueden sostener la lucha revolucionaria hasta la victoria, y les asigna un rol que tanto Marx como Lenin consideran incapaces de llevar a cabo. El comunismo chino adquiere una variante distinta de todas aquellas que los exégetas del marxismo-leninismo hasta entonces habían encontrado, a partir de un análisis tan pobre como superficial.

Otra discrepancia importante entre los planteamientos de Mao y el marxismo europeo corresponde a la importancia que el primero atribuye a la futura influencia de la política sobre la economía y, en general, sobre la sociedad y todas sus manifestaciones. «El cambio de mercancías y la ley del valor no desempeñan un papel regulador en nuestra producción. En China, los [factores] que ejercen una función reguladora son la planificación, el Gran Salto adelante planificado y el principio de la primacía de la política» (Mao, 1959, párr. 4)²¹. No es momento de que del antagonismo entre clases germine el enfrentamiento político. Tampoco se trata de que el proceso económico proyecte el desenvolvimiento político. Para Mao, la política, ejercida a punto de voluntad, determinará el rumbo histórico de la humanidad, mientras que la función económica quedaría relegada

19 «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Junan» de 1927.

20 «Análisis de las clases de la sociedad china» de 1920.

21 Tomado de «Acerca de los *Problemas Económicos del Socialismo en la URSS de Stalin*».

desde que Marx se la asignó a la máquina y al efecto producido por esta sobre la sociedad.

Esta primacía de lo político le permitirá a Mao llevar la violencia a extremos antes no puntualizados:

[...] hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan tranquila y delicada, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra. La revolución en el campo es una revolución mediante la cual el campesinado derroca el poder de la clase terrateniente feudal. Sin recurrir a la máxima fuerza, el campesinado jamás lograría derrocar el poder de los terratenientes, profundamente arraigado a través de los milenios. El campo necesita de un poderoso auge revolucionario, pues sólo éste puede agitar a los millones y millones de campesinos y convertirlos en una gran fuerza. Los «excesos» arriba mencionados son precisamente producto de la fuerza de los campesinos despertada por el poderoso auge revolucionario en las zonas rurales. Estos «excesos» son sumamente necesarios en el segundo período del movimiento campesino, el de acción revolucionaria. En este período, es imprescindible imponer la autoridad absoluta de los campesinos, prohibir toda crítica malévola a las asociaciones campesinas, derrocar todo el poder de los *shenshi*²², derribarlos por tierra e, incluso, ponerles el pie encima. Los llamados «excesos» en este segundo período tienen todo un significado revolucionario. Para decirlo con toda franqueza, en todas las aldeas se necesita un breve período de terror. De lo contrario, resulta

22 Los *shenshi* son los terratenientes que ejercen amplio control sobre el poder político local.

absolutamente imposible aplastar las actividades de los contrarrevolucionarios en el campo y derrocar el poder de los *shenshi*. Para corregir un error, hay que sobrepasar los límites justos; de otra manera, el error no será corregido. Los que critican los «excesos» aparentemente se diferencian de los que gritan «¡Muy mal!», pero en el fondo unos y otros comparten el mismo punto de vista y sostienen la misma teoría de los terratenientes, que defiende los intereses de las clases privilegiadas. No podemos dejar de combatir resueltamente esta teoría, que obstaculiza el ascenso del movimiento campesino y, por consiguiente, socava la revolución (Mao, 1976, t. 1, p. 25).

Sendero Luminoso pretendía ser fiel guardián del pensamiento maoísta más puro:

En el Perú, en la actualidad, no se comprende el problema de la situación revolucionaria de ahí los garrafales errores políticos que se cometen en el campo del pueblo. De la comprensión o no de la existencia de situación revolucionaria en desarrollo, deriva la corrección o incorrección de la línea ideológica y política del proletariado, de su aplicación y perspectiva. Y estos problemas no pueden enjuiciarse certeramente si no a la luz del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung, específicamente de la aplicación del pensamiento Mao Tsetung a los países atrasados, esto es semif feudales y semicoloniales como el nuestro, y del análisis de la lucha de clases en nuestra sociedad en la actual coyuntura. Sólo así es posible comprender la lucha de clases en el presente, manejar sus leyes y desarrollar el camino del pueblo desde la posición del proletariado (Comité Central del PCP-SL, 1979, párr. 3).

Ratificando esta postura, años después, cuando la violencia había alcanzado enormes proporciones, dice Guzmán, durante una entrevista publicada en 1988: «Consideramos que en la actualidad ser marxistas, ser comunistas, nos demanda necesariamente ser marxista-leninista-maoístas y principalmente maoístas; de otra manera, no podríamos ser comunistas verdaderos» (Guzmán, 1988, párr. 8). Por tanto, todos los movimientos revolucionarios alrededor del orbe, y particularmente los de América Latina que no se ajusten a los planteamientos de Mao, rescatados por Guzmán, serán calificados como «desviacionistas», «reformistas», «oportunistas» o «revisionistas». Esta postura ocasionó el aislamiento internacional de Sendero Luminoso, lo que reforzó su carácter sectario, reflejado en una simbología con mensajes hacia adentro antes que hacia fuera y que los acompañó durante los primeros años de iniciada la «lucha armada». Por ejemplo, los perros colgados en los postes de Lima con el nombre de Dèng Xiǎopíng hacían referencia a la camarilla revisionista encabezada por este, que viró el rumbo de la economía china desde 1978.

El aislamiento al que dogmáticamente se sometió Sendero Luminoso le impuso la tarea de autosostener la «lucha armada». Contrariamente a la opinión de las autoridades peruanas de la época, como ahora tan poco educadas en la doctrina, Sendero Luminoso no recibía apoyo ni moral ni financiero de ninguna potencia extranjera. En consecuencia, debía agenciarse armas y explosivos, arrebatándoselas a las fuerzas del orden o robándolos de los campamentos mineros, cobrando «impuestos revolucionarios» o protegiendo el negocio del narcotráfico, cuando no participaba directamente del mismo. Cada operación exitosa no solo contribuía, como es lógico suponer, a elevar la moral del grupo, sino que además reforzaba el carácter mesiánico del

líder de la organización que se enorgullecía de su recogimiento, puesto que se consideraba la reserva de la revolución mundial, su auténtico guía.

La siguiente vertiente ideológica de la que el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso se consideraba deudor proviene de José Carlos Mariátegui. Ciertamente el sobrenombre de «Sendero Luminoso» corresponde a una frase atribuida a Mariátegui, quien habría afirmado que «el marxismo-leninismo abrirá el sendero luminoso de la revolución». Mariátegui es considerado uno de los primeros promotores del marxismo-leninismo en América Latina. Como quedó dicho antes, fundó el Partido Socialista en 1928 que, a pocos días de su muerte en 1930, cambió de nombre por el de Partido Comunista. De esta forma, Mariátegui aparece como uno de los fundadores del comunismo peruano. Aunque todo parece indicar que la primera denominación de «Socialista» fue una estrategia para burlar la persecución de la dictadura de la época a los comunistas peruanos —pues en el fondo Mariátegui era un convencido comunista—, lo cierto es que la izquierda peruana, en todas sus simpáticas variedades, ha considerado a José Carlos Mariátegui su tributario principal.

Mariátegui (1957) realiza un análisis de la evolución económica del país, concluyendo que el Perú es una nación agraria y sus problemas fundamentales son los del indio y de la tierra. Aunque, ocurre lo siguiente:

La aparición de la industria moderna. El establecimiento de fábricas, usinas, transportes, etc., que transforman, sobre todo, la

vida de la costa. La formación de un proletariado industrial con creciente y natural tendencia a adoptar un ideario clasista, que siega una de las antiguas fuentes del proselitismo caudillista y cambia los términos de la lucha política [...] El surgimiento de bancos nacionales que financian diversas empresas industriales y comerciales, pero que se mueven dentro de un ámbito estrecho, enfeudados a los intereses del capital extranjero y de la gran propiedad agraria; y el establecimiento de sucursales de bancos extranjeros que sirven los intereses de la finanza norteamericana e inglesa (pp. 20-21).

Además, el Amauta indica que «La clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional» (p. 24).

País «semicolonial» y «semifeudal», con un remedo de burguesía, sometido a la dominación económica del extranjero, son los latifundistas y la burocracia capitalista quienes subordinan a la numerosa masa indígena. Y como esta situación es asaz parecida a la descrita por Mao, entonces el maoísmo convergerá con el sendero luminoso de Mariátegui. Pero este, a diferencia de aquel, no podrá desarrollar una estrategia revolucionaria, debido a su temprano deceso. De ahí que las lecciones maoístas fuesen consideradas el manual a seguir hasta la conquista del poder que, por lo demás, mostraba en el éxito de la Revolución china una aparente confirmación de su validez.

Aceptar estas premisas para llevar a cabo la revolución en el Perú supuso ignorar lo acontecido con posteridad tanto a la toma del poder por Mao Zedong en China, como en el Perú, tras el fallecimiento de José Carlos Mariátegui. Porque en los años que siguen a la desaparición del Amauta, en el Perú y en el resto de Indoamérica, tuvo lugar un proceso de industrial-

zación cuyo inicio reconoce aquel, y que en mayor o menor medida transformó las estructuras sociales de la región.

Con la industrialización —y se trata de una de las tesis que sostiene este trabajo— el capitalismo pasó de su forma imperialista, a la etapa financiera vigente hoy, con las características que le son propias. Aunque tenue en el Perú, el avance del capitalismo sedujo a gran parte de la población campesina que migró a la ciudad. En esta, la naciente industria fue incapaz de absorber la mano de obra que arribaba. Desarraigados del campo y sin insertarse por completo en la ciudad, las continuas olas de inmigrantes que asomaban principalmente sobre Lima, constituían nuevos barrios al margen de la urbe señera que, al consolidarse, transformaron la estructura social del país.

Si este proceso debilitó el latifundio, la Reforma Agraria de 1969, promovida por la dictadura militar del general Juan Velasco, terminó por liquidarlo. Los terratenientes de la época perdieron sus tierras y sus descendientes optaron por asentarse en la ciudad, lo cual derivó en la desaparición de las pequeñas oligarquías locales que manejaban la producción y controlaban el capital, sin dejar reemplazos capaces de asumir la responsabilidad de administrar con eficacia la villa, el centro poblado o el municipio. Haciendo a un lado por ahora la discusión sobre la ejecución de la Reforma, lo cierto es que al no aplicar tecnología y perder braceros, al cabo de pocos años, la sierra campesina empobreció. Los paisanos que se quedaron recibieron su parcela dentro de la cooperativa agraria constituida. En consecuencia, un nuevo equilibrio económico habría de establecerse.

El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso ignora estos cambios. Cuando estalla la «lucha armada» en 1980, Sendero Luminoso se plantea como primer objetivo crear bases sociales en el campo que, una vez consolidadas, cercarían

la ciudad. Escoge las zonas más altas de la sierra de Ayacucho y Huancavelica —zonas de difícil acceso, sin carretera, sin telégrafo, alejadas de los centros urbanos de la región— donde persigue implacablemente el abigeato —la ruina económica para el campesinado— y organiza «juicios populares» para castigar a los «notables» de la localidad que cometían abusos contra el pueblo. Habiendo ganado en primera instancia la simpatía de los comuneros, Sendero Luminoso se permitió investir una suerte de comisarios políticos que vigilarían el desempeño de las autoridades designadas.

Ejecutada lo que vendría a ser la etapa inicial de la revolución, Sendero intenta luego organizar la economía local. Para esto debo referir brevemente el funcionamiento de la microeconomía andina. Hasta hace algunos años, antes de la explosión informática, el acceso masivo a la Internet, la telefonía móvil y la mayor disponibilidad de medios de transporte local, de las zonas andinas más altas los campesinos bajaban con sus productos periódicamente a la urbe —por lo general una vez a la semana, cuando se llevaba a cabo la feria dominical— para intercambiarlos por aquellos bienes que no podían producir. Vendían papas, oca, ovejas, cabras, y compraban sal, alcohol, aguardiente, velas. Como la estrategia de Sendero Luminoso era asfixiar a las ciudades privándolas de alimento, intentó imponer a las comunidades campesinas la producción solamente de aquello que sirviera para satisfacer la necesidad de alimentación local, prohibiendo la comercialización en las ferias, lo cual significó el encarecimiento de aquellos productos que empezaban a escasear y el abaratamiento de la producción que no salía del campo. Y para asegurar el cumplimiento de la disposición del Partido, empezó a ajusticiar a aquellos que «traicionan a su clase y a la Revolución».

Cuando Sendero Luminoso pierde las simpatías que ganó inicialmente en el campo, y se enfrenta a los comuneros, ya el Ejército había recibido el encargo de enfrentar el fenómeno subversivo. La capacidad del enemigo de camuflarse entre la población, la dificultad para identificarlo y la acción indiscriminada para combatir a la subversión empezó a dejar la secuela de asesinatos y desapariciones que todavía discute la población peruana.

La solución al problema de cómo llevar a cabo la guerra revolucionaria la encuentra Guzmán en la violencia y particularmente en la violencia terrorista. Tomando antojadizamente definiciones vertidas en otros momentos y para otras realidades, Guzmán Reynoso (1988) afirma que

El problema de la violencia revolucionaria es una cuestión que cada vez más se pone sobre el tapete, así los comunistas y revolucionarios tenemos que reafirmarnos en nuestros principios. El problema de la violencia revolucionaria es cómo concretamos la guerra popular; para nosotros la cuestión es que el Presidente Mao Tse Tung al establecer la guerra popular ha dotado al proletariado de su línea militar, de su teoría y práctica militar de validez universal, por tanto, aplicable en todas partes según las condiciones concretas [...] (párr. 111).

Más adelante, Guzmán señala:

Ya Lenin nos enseñaba que los tiempos habían cambiado, que la bomba pasó a ser arma de combate de la clase, del pueblo; que ya no era una conjura, una acción individual aislada, sino la acción de un Partido, con un plan, con un sistema, con un ejér-

cito. Así las cosas, ¿dónde está el imputado terrorismo?; infamia pura (párr. 117)²³.

Aceptar nuevamente la tesis revolucionaria de Guzmán supone desconocer las condiciones concretas por las que atravesaba el campesinado peruano hacia 1980. Consumada la expropiación de las tierras explotadas por gamonales y terratenientes, el gobierno militar reorganizó la propiedad en asociaciones de campesinos a cargo de la producción. Sin tecnología moderna ni experiencia para administrar el viejo latifundio, este quedó reducido a un conjunto de parcelas, donde cada campesino resultaba dueño de su minifundio, aunque legalmente todos eran dueños de todo. Sin más responsabilidades en la organización de la siembra que las de satisfacer su propia demanda y la necesaria para comerciar lo que necesitaban, el proceso fracasó, estableciéndose un nuevo equilibrio. Huérfana de dirección, la Reforma Agraria no pudo reemplazar a los anteriores dirigentes locales por nuevos burós responsables de cada comunidad o distrito. Satisfechos con recibir «su parte», y estabilizada la economía local entre la faena agrícola y las ferias comerciales, la principal demanda social del campesinado quedó cubierta, aunque esto no significó su total desarrollo ni su completa incorporación al circuito económico nacional más avanzado.

Cuando Sendero Luminoso pretende agitar a los campesinos hablándoles de la explotación y del recurso de la guerra popular —la violencia— para redimirla, estos lo tomaron con reserva pues, con el despoblamiento del campo y los acontecimientos que terminaron por debilitarlo, la protesta campesina había perdido intensidad y el explotador visible, que es hacia

23 Guzmán se consideraba la «cuarta espada del comunismo», después de Marx, Lenin y Mao. A su pensamiento fallido lo llamaba «Pensamiento Gonzalo».

donde se dirige la primera mirada del sector que sufre la explotación, había desaparecido. Sendero desconoce además el carácter psicológico del agricultor andino, matizado por la diversidad de cultivos que ofrece la geografía peruana, rancia forjadora de caracteres de acuerdo a sus ciclos de producción y a los esfuerzos que impone. La anterior experiencia rebelde del campesinado peruano, que participó en aleccionadores episodios históricos, sirve para comprender su postrera actuación.

De las grandes rebeliones indígenas en Indoamérica, la acaudillada por José Gabriel Tupa Amaro, indio de sangre real de los incas y tronco principal, que sublevó comunidades enteras contra los abusos de la mita y de los corregimientos establecidos por la Corona española en el organigrama de gobierno colonial, y donde inmisericordemente fallecían miles de indios, resalta por ser la primera de colosal despliegue (noviembre 1780-abril 1781); lo cual explica la cruenta reacción de los realistas. Los indios marchan encabezados por quien les habla en su idioma contra la explotación. Una comunicación dirigida al insigne Tupa Amaro, el 9 de diciembre de 1780, lo explica: «a todos los indios de esta parcialidad he mandado que vayan a comparecer ante vuesa merced, y se han encaminado los que estuvieron existentes; pero los más están muy retirados de este pueblo a distancia de tres o cuatro leguas» (Durand Flórez, 1981, t. 3, p. 53).

Luego el mismo Tupa Amaro —o Túpac Amaru—, en un bando del 17 de enero de 1781, nos explica los alcances de la revuelta:

[...] que deseando yo libertarlos de las opresiones en que se hallaban, causadas por los corregidores, curas y otras personas, he tenido por conveniente ponerme sobre las armas y borrar en-

teramente el nombre de repartimientos, obvenciones, alcabalas y otras injustas contribuciones, dejando en su fuerza solo la del real tributo, nervio principal para la subsistencia del estado y sus vasallos [...] (p. 110).

Los indios se rebelan contra la opresión. Su respuesta es instintiva. Túpac Amaru es una figura épica, gloriosa, redentora, pero carente de doctrina orientadora. Así, hubo españoles que apoyaron la rebelión indígena, como indios que apoyaron la causa de la Corona española.

Un siglo después, durante la Guerra del Pacífico (1879-1884), la acción de las guerrillas, formadas por el entonces coronel Andrés Avelino Cáceres con las comunidades indígenas, escribió las primeras páginas del manual de resistencia militar que las escuelas de guerra de Indoamérica deben estudiar. El futuro mariscal Cáceres —el Brujo de los Andes— encabezó la resistencia militar peruana en la sierra, frente al ejército chileno que ocupaba Lima y toda la costa. Cáceres, nacido en Ayacucho, proveniente de una familia indígena, quechuahablante, dirigiéndose directamente a los indios y respaldado durante la gesta de la Breña por las oligarquías locales que le proveyeron los recursos necesarios, deja algunas lecciones al respecto:

Al propio tiempo acelerábase la tarea de levantar guerrillas entre la gente de las aldeas y caseríos, enviando con tal objeto individuos idóneos que hablaran en su lengua nativa al corazón y la mente de los campesinos sobre el patriótico deber de combatir al invasor chileno. Tales emisarios debían tener, desde luego, presente las instrucciones especiales relativas a los campos labrantíos, a fin de que no sufrieran menoscabo las cosechas (Cáceres, 1980, p. 159).

Sobre el comportamiento de la fuerza organizada frente a la población, explica Cáceres: «El jefe de guerrilla debía estar en primer término y cuidar constantemente del buen trato a la población civil, con cuyo apoyo había de contarse siempre. La actitud y el sentimiento de la población civil tienen grande influencia en todo movimiento guerrillero» (pp. 166-167).

En lo relativo al sostenimiento de la lucha, dice: «Para atender a la subsistencia de las tropas, acudí al patriotismo de los propietarios y vecinos de Chosica, Santa Eulalia, San Mateo y Matucana, los cuales, según sus posibilidades, nos proporcionaban reses vacunas y carneros, papas y otros productos de primera necesidad» (p. 181).

Respecto al rol de las autoridades locales —las oligarquías—, cuenta: «Apenas llegué al pueblo, acudí al gobernador, señor Quevedo, para que solicitara del vecindario frazadas y mantas para los soldados. El gobernador y su esposa, una señora muy amable, cumplieron mi encargo con toda diligencia, consiguiendo los abrigos que había solicitado» (p. 219).

Separa ambos horizontes, dos estados de conciencia distintos: en la población campesina y la formación de una oligarquía. Con el avance del capitalismo durante el siglo XX desde su primera forma imperialista, la migración, tanto de hacendados como de campesinos pobres hacia la urbe, despobló el campo. La Reforma Agraria liquidó las élites locales. Con lo que quedó aparece un nuevo orden social. Todo esto es ignorado o mal estudiado por el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso.

Si la población del campo resultó indiferente a la agitación subversiva y luego se enfrentó al intento de controlar la producción y el intercambio, el enfrentamiento en la ciudad devino en la derrota total del PCP-SL. Porque al no consolidar bases de

apoyo en el campo, cuando Sendero Luminoso traslada la «guerra popular» a la ciudad y fundamentalmente a Lima, lo hace sin respaldo de las masas que teóricamente habrían de ser las primeras en abrazar el ininteligible «Pensamiento Gonzalo». En el imaginario senderista, llevar la «guerra popular» a la ciudad constituía la segunda etapa en el desarrollo de la «lucha armada». Afirma Guzmán, en 1988: «La situación nuestra ahora nos lleva a cómo ir preparando la ciudad o las ciudades para generalizar. Esto tiene que ver con desarrollar el trabajo de masas, pero en y para la guerra popular; lo hemos hecho y lo seguimos haciendo, el problema está en que hemos empezado a desenvolverlo más» (párr. 133). Recusados en el campo, en la ciudad el discurso senderista tenía menos que ofrecer. A fuerza de voluntad política, Guzmán generalizó los atentados con vehículos cargados de explosivos y el asesinato de dirigentes sociales y autoridades políticas, provocando zozobra entre la población mientras crecía el rechazo a la propuesta subversiva.

Este tipo de voluntad política ha acompañado con frecuencia la evolución del capitalismo en Indoamérica, desde su aparición, hasta alcanzar la forma superior de tipo financiera. A fuerza de voluntad política, con gran autonomía de los intereses económicos o sociales que debería representar, poca constancia para sostener proyectos de largo alcance y enorme indisciplina para aceptar con valor las decisiones adoptadas por mayoría o por mínimos consensos, se han ejecutado acciones cuya principal y a veces exclusiva preocupación ha sido la toma del poder y su control. Sendero Luminoso es una de esas voluntades que se presenta clasista en Indoamérica, donde la llegada del capitalismo supone la inexistencia anterior de clases y cuyo desarrollo tampoco termina de definir las, ni organizar jerárquicamente una sobre las otras. Abimael Guzmán, reclamándose fiel segui-

dor de las ideas de Mao Zedong aplicadas a la realidad peruana —lo que constituiría el «Pensamiento Gonzalo»—, afirma en 1979 que, de su análisis, «se vivía una situación revolucionaria en desarrollo y, en consecuencia, toda estrategia, táctica y acción políticas deben partir de tal reconocimiento, pues de otra manera erraremos gravemente» (Comité Central del PCP-SL, 1979, párr. 2).

Lo dolorosamente paradójico es que, para cuando Guzmán pretende aplicar las tesis maoístas en el Perú a partir de la «situación revolucionaria en desarrollo» que atravesaba el país, Mao había sido rebatido en la misma China —donde triunfó tras cruenta guerra civil— por el mismo Partido Comunista chino que llevó al poder; como consecuencia de los fracasos en que concluyeron las fantasías revolucionarias con las que suponía revertir el atraso en que vivían millones de chinos. El primero de estos auténticos inventos ideológicos fue «El Gran Salto Adelante» que consistió en la movilización de millones de chinos para manufacturar acero en los «altos hornos del pueblo» y colectivizar la producción agraria a través de las «Comunas Populares». Convencido por su voluntad, cree Mao que

Dentro de tres quinquenios o algo más, nuestra producción anual de acero podrá pasar de las novecientas mil toneladas y tantas, registradas en 1943, la más alta cifra anual de antes de la Liberación, a los veinte millones de toneladas o aún a más. Entonces toda la población, tanto de la ciudad como del campo, se sentirá alegre (1976, t. 5, p. 457)²⁴.

24 Esta cita corresponde al discurso «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo», del 27 de febrero de 1957.

Entre la falta de realismo de Mao y sus adláteres, quienes se plantean volúmenes de producción absurdos, y la incompetencia de los funcionarios chinos, quienes terminan por falsear la información sea por temor o complacencia (o por ambas cosas), el rotundo fracaso del plan condenó a la hambruna a millones de seres humanos; situación agravada por las terribles sequías que, alternadas con diluvios, sacudieron al país por aquellos años. Desprestigiado Mao, el Comité Central del Partido Comunista chino decidió cesarlo, en diciembre de 1958, de la presidencia de la República, aunque mantuvo la presidencia del Partido y una importante influencia política. Relevado, el flamante presidente chino Liú Shàoqí, educado en economía en la Universidad de Moscú, emprendió una serie de reformas contando con el apoyo —entre otros— del entonces Secretario General del partido y futuro máximo dirigente del país, Dèng Xiǎopíng, educado en Francia y Rusia, quien luego tendría un papel determinante en el nuevo rumbo que adoptaría la economía china.

Alejado de las responsabilidades directas de gobierno, Mao conservó su prestigio entre la población, convirtiendo sus historias en leyenda. La mejora de las cosechas, los lentos progresos alcanzados por la industria con políticas ajenas a las de «a cada quien según sus necesidades» y más bien con el egoísta estímulo del beneficio, así como el estallido de la bomba atómica, en octubre de 1964, preparada por los militares chinos, contribuyen, paradójicamente, a mejorar la imagen de Mao, malquisto tras la fantasía del Gran Salto. Radical impenitente, el viejo líder de la Gran Marcha considera que el avance de la Revolución es todavía lento y debe ser apurado. Entonces engendra un nuevo experimento: la Revolución Cultural.

Esta propuesta, cuyo nombre fue acuñado por el primer ministro Zhōu Ēnlái en diciembre de 1964 durante un discurso ante el Congreso Nacional del Pueblo, quedó oficializada en agosto de 1966 con la «Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria». Delirante intento por reordenar la sociedad china indicando cómo pensar o cómo vestir, sirvió para que Mao pueda recuperar la iniciativa política y expresar su voluntad de eliminar a todos los que pensaban de manera errónea; por ejemplo, quienes años antes lo habían desembarcado del poder, «conservadores» y «revisionistas» alejados de la ortodoxia revolucionaria:

¿De dónde provienen las ideas correctas? ¿Caen del cielo? No. ¿Son innatas de los cerebros? No. Sólo pueden provenir de la práctica social, de las tres clases de práctica: la lucha por la producción, la lucha de clases y los experimentos científicos en la sociedad. La existencia social de la gente determina sus pensamientos. Una vez dominadas por las masas, las ideas correctas características de la clase avanzada se convertirán en una fuerza material para transformar la sociedad y el mundo (Mao, 1963, párr. 1).

La Directiva referida al gran plan estratégico de la revolución cultural proletaria detalla algunos alcances:

Este documento podría difundirse en todo el país para que se cumplan sus disposiciones. El Ejército debe dar entrenamiento militar y político en las universidades, escuelas de enseñanza media y en los cursos más avanzados de la escuela primaria, etapa por etapa y grupo por grupo. Tendría que ayudar a la

reapertura de las escuelas, al fortalecimiento de la organización, a la constitución de los principales órganos, siguiendo el principio de la combinación 'tres en uno' y cumpliendo la tarea de 'lucha-crítica-transformación'. Previamente debería realizar experimentos en lugares elegidos y adquirir experiencia para sólo entonces difundir esta experiencia gradualmente. Y debe persuadirse a los estudiantes para que implementen la enseñanza de Marx de que sólo cuando toda la humanidad esté emancipada, el proletariado habrá logrado su emancipación final, y que, por lo tanto, no deben excluir en el entrenamiento político y militar a los profesores o dirigentes que hayan cometido errores. Excepto los ancianos y los enfermos, debe admitirse a estas personas en estas actividades a fin de facilitar su conversión. Si todo esto se cumple concienzudamente, no es difícil resolver los problemas (Mao, 1967, párr. 2).

Alcanzando cotas históricas, la Revolución Cultural, que Abimael Guzmán considera «el más grande hecho político que ha visto la humanidad» (Comité Central del PCP, 1991, párr. 12)²⁵, significó el debilitamiento de la intelectualidad china, encarcelada o asesinada «por alejarse de la línea correcta del pensamiento del presidente Mao». Cuando la industria se convirtió en el siguiente objetivo de la Revolución Cultural, la producción cayó, y en consecuencia se desató la protesta de los obreros. Cuando las directivas de la campaña ordenan la subordinación de las unidades militares al mando revolucionario, el caos se apodera del país, alentado por Mao y en particular por un grupo de dirigentes quienes acumularían poder, a saber:

25 Cita extraída del documento *Sobre campaña de rectificación con «¡elecciones no! ¡guerra popular, sí!»* (1991), en el cual se reproduce una supuesta intervención de Abimael Guzmán.

Jiāng Qīng —cuarta esposa de Mao—, Zhang Chunqiao, Yáo Wényuán y Wáng Hóngwén, conocidos luego como la «Banda de los Cuatro»²⁶.

Al morir Mao en setiembre de 1976, se desata una virulenta pugna entre los dirigentes chinos por la sucesión, que concluye en el arresto de los miembros de la «Banda de los Cuatro» y el encumbramiento como líder indiscutido de la nación de Dèng Xiǎopíng, el antiguo dirigente humillado durante la Revolución Cultural, quien, al igual que otros líderes, fue recuperando posiciones antes de la muerte de Mao. La renovada dirigencia china atenúa el arrebato maoísta tras los recurrentes fracasos económicos y los crímenes políticos cometidos. Además, los denuncia y opta por políticas económicas modernas y sensatas, que empiezan a revertir rápidamente el atraso material en el que estaba sumido el país, poniendo proa hacia lo que hoy significa la República Popular China en el gran concierto de naciones.

Para entonces, el maoísmo ya había sido enterrado donde se engendró, como consecuencia del descalabro económico al que condujo al gigante asiático, y debido también a la urgencia por ordenar la nación y desarrollar la industria y la agricultura, empobrecida al compás de los pleonasmos maoístas, y no producto de una conspiración contrarrevolucionaria, burguesa, para desencanto de Guzmán, quien impresionado por el desenvolvimiento de la Revolución Cultural durante su visita al país asiático en 1965 y con aquella subordinación mental que particularmente caracterizó desde siempre a nuestros camaradas criollos, ideó un plan intelectual paladinamente descartable,

26 Así es como Hua Guofeng, dirigente interino tras la muerte de Mao, denominó despectivamente a este grupo durante un discurso en octubre de 1976, en el cual declaró terminada la Revolución Cultural y ordenó la captura de sus integrantes. La prensa internacional reprodujo el término.

huérfano de objetividad. Con todo, el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, persistiendo en el error, llegó a constituirse, aunque sin lograr captar una cantidad de seguidores importante. Tampoco la necesitaría.

Si eran pocos y su doctrina estaba desacreditada: ¿cómo pudieron hacer tanto daño? De las memorias publicadas por Lurgio Gavilán Sánchez (2012) —primero, integrante de Sendero Luminoso; luego, sargento del Ejército del Perú; después, fraile franciscano; y ahora antropólogo— será posible una aproximación intrínseca a un fenómeno que, por las heridas que ahondó, aún turba la razón.

Salí de mi comunidad, semanas después de la masacre de Uchuraccay, era tiempo de lluvia y siembra de maní; cuando los primeros mangos, naranjas y mandarinas empezaban a madurar y aparecían amarillentos como destellos de luz en el espeso bosque verde de la selva de Río Apurímac. Sendero Luminoso (SL) también había aparecido en esos tiempos por estos lares mimetizado como en las nubes negras del sur, predicando en las escuelas la buena noticia del presidente Gonzalo que había llegado el tiempo de ser iguales, que había llegado el tiempo de que los pobres dirijan el destino del país; pero los adversos nubarrones negros no siempre venían cargados de buena lluvia, muchas veces inundaban las *chacras* o destruían los cultivos. Así llegó SL a mi comunidad, como la lluvia buena; las primeras gotas de lluvia dieron esperanza de vida, justicia social, pero las lluvias cada día se prolongaron y vino el miedo, porque «las aguas» comenzaron a destruir y limpiar «todo lo viejo». Entonces se comenzó a vivir el «diluvio», no quedaba otra opción que subirse al arca de SL o unirse a la agrupación de Rondas campesinas. Las palabras del presidente Gonzalo se estaban cumpliendo: «Se

necesita un baño de sangre», porque, según él, no había una revolución auténtica sin atravesar el río de sangre. Ya «cuando pase el diluvio», en el nuevo Estado, en el socialismo, sembraríamos nuevas plantas, sin contaminación (p. 57).

Luego, sigue contando:

Una semana antes de lo planeado para retornar a la selva, un domingo de feria del mes de enero de 1983, junto con mi tío, fuimos de Punku a Ñuñunga, lugar donde hacían feria cada domingo. Allí compré mis zapatos y unas ropas más. De regreso, en el camino, nos encontramos con Raúl, amigo de mi hermano, porque ellos habían estudiado en el colegio de Mayu. Pregunté por mi hermano y me dijo que estaba lejos luchando por la justicia social; él se dirigía a la selva y volvería dentro de una semana, porque los mandos del Partido Comunista Peruano (PCP) le habían dado permiso para visitar a sus familiares.

Pronto el crepúsculo vespertino llegaba a Punku. Esa tarde nos quedamos con Raúl en la casa de mi tío. Al día siguiente, en el camino, cuando lo acompañaba hasta cierta parte —porque Raúl iba a la selva—, me dijo que si quisiera encontrarme con mi hermano podría ir con él cuándo regrese; así fue.

He recordado siempre ese día de mi partida de la comunidad de Punku, cuando salí de la casa de mi tía. Ella con sus ojos llorosos, me decía que me quedara, pero ya estaba decidido; firme, partí a una aventura desconocida sin fecha de retorno. Tenía 12 años (p. 60).

Sendero Luminoso ratifica la vieja historia de que, independientemente de su organización o de la idea alrededor de la cual aquella gire, todo movimiento que reivindique derechos, bien-

estar o progreso, encontrará eco entre quienes permanezcan al margen de los hitos plantados por la humanidad, máxime si tal prédica va con acciones concretas de organización o gestión. El excepcional testimonio de Lurgio Gavilán Sánchez corrobora, en el extremo que le toca, la recepción inicial que tuvo Sendero Luminoso entre pobladores postergados del tenue avance que experimentaba el capitalismo en el Perú, con una prédica originaria común a todas las organizaciones que reclaman por los pobres —incluida la aprista—.

Al día siguiente, después de comer sopa de trigo con papas y habas peladas, el mando político nos reunió para decirnos que en grupos íbamos a recoger víveres de las comunidades cercanas; diríamos que veníamos en nombre del partido y nos donarían alimentos. Esta limosna se hacía cada vez que llegábamos a una comunidad y los campesinos, bases de apoyo, conocían de este acto (p. 67).

Más adelante, sigue su relato:

Continuando nuestro camino nos topamos con la primera casa. Cuando llamamos a la puerta, después de los ladridos de los perros, salió un señor de avanzada edad, seguido de dos niños descalzos. Le hicimos llegar el recado del mando político, los saludamos y solicitamos su colaboración. Amablemente nos atendió dándonos papas y habas; agradecidos marchamos hacia otra casa (p. 68).

El curso del accionar senderista que tomaron los acontecimientos posteriores quedó determinado por la conjunción de factores políticos, culturales, psicológicos; pero, sobre todo, por

una ideología, promovida por dirigentes subordinados mentalmente a figuras y pensamientos ajenos a nuestra realidad, que alentaban la violencia como estrategia.

Los comuneros de Mayu y Cochabamba nos recibían bien, con almuerzos de pucheros, una comida típica que se prepara en tiempos de carnavales con carne de res, chanco, durazno, camote, papas y choclos (maíz tierno). Jugábamos con talcos y aguas sucias. En las tardes danzábamos alrededor del árbol cantando *chayraqmi, chayraqmichayaykamuchkani...* (recién, recién estoy llegando). Los mandos del PCP siempre tumbaban el árbol plantado. Por eso, para el año siguiente no había quien plantara el árbol porque el militante del PCP se iba o moría en enfrentamientos.

A los soplones había que exterminarlos; así, no faltaban soplones en cada pueblo que visitamos. Otros morían inocentes, solo por rencillas entre los propios comuneros. Los acusaban como soplones y los mandos los mandaban atrapar. A estas personas las encontrábamos bailando en los *yunsas* de carnavales; pues con unas botellas de trago, ellos mismos hablaban de lo que habían informado a los militares. Ahí mismo los atrapábamos para luego matarlos en la noche; sin que se diera cuenta nadie; solo eran testigos las quebradas oscuras, las retamas y las frías aguas que bajaban desde las alturas de Mayu (p. 70).

Las vejaciones y asesinatos, cometidos por Sendero Luminoso contra supuestos comuneros traidores a la causa, y el intento por controlar la economía local, generaron el rechazo de las comunidades campesinas. Nuevamente el testimonio de Gavilán Sánchez (2012) es ilustrativo:

Antes, en la comunidad de Guindas habíamos pasado la vida; sus habitantes nos alojaban y nos daban sus hombres para combatir a las fuerzas del orden, a los miserables. Nos daban de comer, sobre todo sus choclos, duraznos y guindas en los meses de febrero y marzo. Pero ahora se habían levantado contra el partido, se volvieron *yanaumas* y teníamos que acabarlos pues habían traicionado al partido, creyendo a los reaccionarios, chupasangre. Pensábamos que estos cabeza dura no entendían el propósito del partido (p. 84).

Sobre el intento por reglamentar la economía local, Lurgio Gavilán Sánchez lo cuenta así:

Los guerrilleros que trabajaban en el pelotón de fuerza territorial fueron los encargados de comunicar, semanas antes, a las comunidades bases de apoyo la realización de la feria comunista. Así serían en el futuro los intercambios comerciales. Ese día izamos la bandera roja con la hoz y el martillo en el patio de la escuela de Rumi. Llegaron muchas personas de distintas partes. Los negociantes vendían panes, ropas, aguardiente. Había tres grupos de vigilancia que resguardaban la feria, por si ocurriera cualquier enfrentamiento. Se jugó fútbol toda la tarde. El precio de cada producto estaba estipulado por los mandos del partido. La mayor parte de los productos fueron intercambiados por el trueque (p. 89).

Rápidamente Sendero Luminoso perdió el campo. El hecho que describe con mayor claridad este aborrecimiento a poco tiempo de iniciadas las acciones armadas, ocurrió en la localidad andina de Santiago de Lucanamarca, ubicada en el departamento peruano de Ayacucho. La comunidad campesina

había simpatizado inicialmente con el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, el cual logró consolidar el poder local en los hermanos Olegario y Wilmer Curitamai, miembros de la organización. En enero de 1983, la comunidad se rebeló contra las restricciones al libre intercambio comercial que intentaba imponer el PCP-SL y expulsó a los hermanos Curitamai; encabezados por el viejo dirigente Marciano Huancahuari —fundador del distrito en enero de 1965—. En febrero, los Curitamai retomaron el control del pueblo, con el apoyo de los comuneros del valle y ejecutaron a Huancahuari, a su esposa y a su yerno. En marzo, la población nuevamente se rebeló y los hermanos Curitamai fugaron. Capturado Olegario por los lugareños días después de escapar, en una cueva próxima a la comunidad, fue conducido a la plaza principal del pueblo, golpeado, ejecutado y quemado en un horno para hacer pan. A principios de marzo, Wilmer hizo un llamado a las milicias de comunidades próximas rivales, para incursionar en Lucanamarca y liquidar a su población, por haberse rebelado contra el Partido. La masacre de Lucanamarca ocurrió el 3 de abril de 1983, y significó la muerte de sesenta y nueve personas, entre ellas dieciocho niños menores de diez años de edad —uno tenía seis meses de nacido— y cuatro gestantes²⁷.

Años después, durante la ya citada «Entrevista del Siglo», Guzmán (1988) afirma que

Frente al uso de mesnadas y la acción militar reaccionaria respondimos contundentemente con una acción: Lucanamarca, ni ellos ni nosotros la olvidamos, claro, porque ahí vieron una

27 Esta narración ha sido posible gracias a testimonios que recogí personalmente de pobladores en la misma zona donde ocurrieron los hechos, declaraciones que fueron confrontadas con revistas y diarios de la época.

respuesta que no se imaginaron, ahí fueron aniquilados más de 80, eso es lo real; y lo decimos, ahí hubo exceso, como se analizara en el año 83, pero toda cosa en la vida tiene dos aspectos: nuestro problema era un golpe contundente para sofrenarlos, para hacerles comprender que la cosa no era tan fácil; en algunas ocasiones, como en ésta, fue la propia Dirección Central la que planificó la acción y dispuso las cosas, así ha sido. Ahí lo principal es que les dimos un golpe contundente y los sofrenamos y entendieron que estaban con otro tipo de combatientes del pueblo, que no éramos los que ellos antes habían combatido, eso es lo que entendieron; el exceso es el aspecto negativo. [...] Si a las masas les vamos a dar un conjunto de restricciones, exigencias y prohibiciones, en el fondo no queremos que las aguas se desborden; y lo que necesitábamos era que las aguas se desbordaran, que el huayco entrara, seguros de que cuando entra arrasa, pero luego vuelve a su cauce. Reitero, esto está explicado por Lenin perfectamente; y así es cómo entendemos ese exceso. Pero, insisto, ahí lo principal fue hacerles entender que éramos un hueso duro de roer, y que estábamos dispuestos a todo, a todo (párr. 160).

Abimael Guzmán —quien acepta la responsabilidad por esta masacre— trastoca los conceptos, como si las comunidades campesinas de entonces tuvieran un estado de conciencia opuesto a la revolución. Delira, subordinado al pensamiento de Mao, imaginando una confrontación entre bandos: uno del lado del gobierno, la oligarquía, la reacción o vaya uno a saber qué alucinación intelectual; y otro del lado de supuestas masas alzadas en armas contra la opresión. Un observador sagaz, conocedor del campo habría advertido en aquel momento que el enfrentamiento entre comunidades campesinas es milena-

rio, entre otras causas por los límites de las tierras de pastoreo, y que los enfrentamientos habían sido hasta hace pocos años en el Perú violentos, muy violentos, como el ocurrido en Lucanamarca.

Perdido el campo, de donde una vez constituidas las bases de apoyo debían «saltar» a la ciudad, Sendero Luminoso intensificó su actividad en las áreas urbanas del Perú y particularmente en Lima, a donde continuaban arribando miles de campesinos atraídos por el progreso de la ciudad y luego —con el recrudecimiento del terrorismo— escapando de la violencia. El autoconvencimiento de Guzmán de haber desbordado el campo para continuar la lucha en la ciudad, da cuenta de una clamorosa miopía alentada por el dogmatismo:

Tenemos que ir viendo condiciones para que converjan la acción del Ejército Guerrillero Popular con la acción insurreccional en las ciudades, o en una o en varias. Eso es lo que necesitamos.

La insurrección apunta a la captura de las ciudades para rematar la guerra popular en todo el país; pero tiene que buscar la preservación de los medios productivos que la reacción querrá destruir, proteger a los revolucionarios prisioneros de guerra o revolucionarios conocidos que ellos quieran aniquilar, así como también cazar a los enemigos para ponerlos a buen recaudo, y eso es lo que se nos enseñó y es una insurrección (1988, párrs. 140-141).

Luego supone haber alcanzado un equilibrio entre las fuerzas en lucha:

Desde el punto de vista del desarrollo de la guerra popular, nos hemos desenvuelto así: de guerra de guerrillas a guerra de movi-

mientos (con cuatro hitos) y hemos entrado a equilibrio estratégico. En consecuencia, el derrotero seguido y concretado, en el Plan de Impulsar y sus tres campañas, en cuanto a guerra popular, ha alcanzado el equilibrio estratégico y entrado a impulsar preparativos de la insurrección en ciudades (Comité Central del PCP-SL, 1991, párr. 239).

Más adelante, señala:

Analizando las tres campañas de Impulsar, la primera generó los Comités Populares Abiertos; la segunda, el equilibrio estratégico; y la tercera, surgimiento de Comités de Lucha Popular como primera forma de Poder en ciudad, salto en la incorporación de las masas a la guerra popular, particularmente en la ciudad, y desarrollo de campañas y contracampañas, esto es desarrollo de campañas de cerco y aniquilamiento. ¿Cuál sería el logro principal del Plan de Impulsar?, el equilibrio estratégico; principal pues es desarrollo de la guerra popular que es forma principal de lucha, por eso es logro principal. En síntesis, el logro principal del Plan de Impulsar es el equilibrio estratégico.

Así se condensan estos problemas de hasta dónde hemos llegado, eso es lo urgente; pero todavía debemos seguir estudiando, especialmente la culminación del plan (párrs. 243-244).

Lo cierto era que, en la metrópoli, el lento desarrollo de nuestro capitalismo, incapaz de emplazarse en su puesto de ariete y fusionar todas las etapas de desarrollo precedentes, ofrecía mejores condiciones de existencia que en el campo: electricidad por horas, agua en camiones cisterna, un centro de salud o una escuela más a la mano. Ello dio pie a la aparición de barrios o sectores urbano-marginales cuyos habitantes no terminaban de

insertarse en el sistema y proletarizarse. Inscritos en un nuevo régimen informal dentro del sistema capitalista, consolidando sus propias leyes de mercado, entre la pobreza y la resignación a un mejor porvenir, al llegar a la ciudad y entrar en contacto tangencial con servicios y una tecnología más moderna, adquieren un estado de conciencia superior al de la etapa latifundista, pero no el más avanzado. Cuando Sendero Luminoso es repudiado masivamente en el campo e intensifica sus acciones en la ciudad, es entre esta población digamos descampesinada pero tampoco proletarizada que recluta a sus miembros de base, quiérase miembros de los comités de apoyo, de los organismos generados o del Ejército Guerrillero Popular, quienes, para descontento del imaginario urbano, no eran campesinos sin tierra u obreros alzados en armas. Eran peruanos humildes, sin mayor porvenir, provenientes de barrios pobres; a diferencia de los mandos políticos: profesionales con educación superior, altamente politizados en medio de la Guerra Fría y las disputas sino-soviética por la supremacía ideológica. Sendero Luminoso llegó con su discurso que a buena parte de esta población marginal sonaba a oportunidad de revancha.

Sea por odio acumulado, frustración o cólera, las huestes senderistas dieron rienda suelta a la violencia, alentados por una ideología que la promovía como táctica revolucionaria. En Lima, donde reside el poder económico y político del país y la tercera parte de la población, Sendero Luminoso, actuando en células o comandos, llevó a cabo actos terroristas colocando bombas frente a edificios públicos y asesinando autoridades o dirigentes locales, quienes obstaculizaban su accionar. Sin respaldo ciudadano, la «Revolución» quedó reducida a terrorismo, dejando a su paso una tupida estela de resentimientos. Construido a golpe de voluntad política, Sendero Luminoso es

fiel comprobación de que el avance de un movimiento insurreccional es independiente de la ideología que lo haya germinado o de la adecuación de esta a la realidad.

* * *

La subsecuente razón que asoma para entender la dimensión que tomó la violencia promovida por Sendero Luminoso es la debilidad de la sociedad peruana y de su máxima organización política, el Estado, para neutralizarla. Reflejo de una nación a la que se le añadían sucesivas etapas de desarrollo sin dar cuenta de las anteriores, el Estado peruano enfrentó el desafío planteado por miles de inmigrantes del campo a la ciudad y los cambios que esto implicaba, convirtiendo a la sociedad peruana en una estructura donde el tamaño de las aristas que unen sus vértices varía sin norma. La falta de dirección política para conducir los destinos de un país extenso, con una geografía hartamente diversa, agravada por inacabables discusiones y persecuciones políticas, permitió la edificación de un Estado incapaz de prever los desafíos que la migración planteaba, sin planificar ningún tipo de desarrollo y, por tanto, incapaz de atender siquiera los servicios más elementales que demandaban los nacientes barrios urbanos, como energía eléctrica y agua potable.

De tal forma que al empobrecimiento del campo y la desaparición de las pequeñas oligarquías locales se sumó la abdicación del Estado peruano de sus obligaciones básicas durante la recomposición social del país. Carente de organizaciones de alcance nacional, desprovisto de partidos políticos que lo sostengan, un empresariado mediocre y una clase media débil sumamente politizada, el interior del país y particularmente la sierra de Ayacucho y Huancavelica —zonas donde inicialmente

se desarrolló Sendero Luminoso—, brindaban terreno llano para instalar un enclave subversivo.

Sin inteligencia capaz de detectar procedimientos y objetivos de un novedoso movimiento subversivo en la región, la defensa del Estado quedó reducida a la acción de la Policía, primero, y después de las Fuerzas Armadas, desprovistas ambas de doctrina para enfrentar a un enemigo mimetizado con la población, entre la que se camuflaba para atacar. Siempre con mayores recursos logísticos y mayor potencia de fuego, las fuerzas del orden, en patrulla, enfrentaban a los pelotones que componían la fuerza guerrillera principal e incursionaban poblados campesinos simpatizantes con Sendero Luminoso, produciéndose masacres inefectivas para combatir la subversión. Todo indistintamente, al principio con poca o nula inteligencia para identificar al enemigo, como bien narra Lurgio Gavilán Sánchez (2012) en la segunda parte de su magnífico testimonio:

Esa vez, 1985 en la base de San Miguel, decidieron matar a todos los que estábamos como prisioneros, pues venía la inspección. Trajeron a las mujeres a la cuadra, y todos abusaron de ellas. Ellas lloraban; «no nos maten», dijeron; yo estaba también asustado. Como a la media noche llevaron a las mujeres al campo donde siempre nos formábamos. Todos fuimos a presenciar su muerte. Ya estaba cavada la fosa. Dos tiros sonaron al unísono y ellas cayeron muertas. Esta vez no era por un error cometido, sino que venía la inspección y era mejor desaparecerlas. Las metieron al hueco y las enterraron. Yo estaba temblando; el teniente, mi «padre», me dijo que al día siguiente, cuando apareciera el helicóptero de la inspección, me escondiera. A la chica que estaba con el oficial mayor también la escondieron. Como a

las diez de la mañana aparecieron los helicópteros. Demoraron como tres horas y luego se fueron. Un mes después atraparon a dos de SL; tenían unos treinta años. Estaban en el calabozo. Luego se los llevaron como guías de patrulla. Mi amigo Porongo me contó que los fusilaron en el cerro [...] Por esos meses atraparon a Claudio, dicen que estaba con su revólver y ya no pudo escapar; el mismo comandante lo había capturado. Cuando llegó a la base lo pateaban y, a cierta distancia, le disparaban como aquella vez cuando yo caí prisionero. Claudio tenía 19 años. Estuvo en el calabozo durante meses e hizo atrapar a los senderistas e incautar mucho armamento; por eso le perdonaron la vida (pp. 113-115).

Y si nuevos elementos entre la población local recomponían la fuerza guerrillera, eran sucesivamente aplastados por las fuerzas del Estado. Organizado en «fuerzas territoriales» —que actuaban en las comunidades o en las ciudades, ejecutando misiones, recolectando información, víveres, armamento—, «fuerzas locales» —que organizaban actividades en cada localidad— y la «fuerza principal» —que perpetraba ataques contra patrullas o puestos de las fuerzas del orden—; cada una tenía mando político, militar y logístico, con diferentes denominaciones, con sus respectivas obligaciones y con diferentes misiones que cumplir. Al no lograr la adhesión de sectores importantes de la sociedad peruana, Sendero Luminoso nunca logró formar una fuerza militar capaz de enfrentar en guerra de guerrillas o guerra de movimientos al Ejército peruano. Sin embargo, el Estado tampoco pudo acabar con el accionar subversivo en la región, lo cual permitió su expansión formando frentes o comités en diversas zonas del país, aunque sin conseguir en momento al-

guno adhesiones importantes entre la población²⁸. La acción militar de Sendero Luminoso en el campo, de donde había sido rechazado, no superó la emboscada terrorista, sea atacando alguna patrulla o puesto policial. Luego, cuando traslada su accionar a la ciudad, donde también fue rechazado, solo quedaría, como recurso, el terrorismo, atentando con bombas contra la propiedad pública y privada o liquidando dirigentes políticos, militares o sociales.

En ese sentido, la revolución que lideraba el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso jamás constituyó amenaza seria para la supervivencia del Estado peruano. Sin embargo, la multiplicación de atentados terroristas y los asaltos en las carreteras produjo el efecto devastador que el terrorismo, por su naturaleza siempre artera e inesperada, produce entre la población, a pesar de los esfuerzos que los órganos de seguridad hacen para neutralizarlos y con la dificultad aún mayor para, conocida la inminencia de su perpetración, detener a los responsables. El impacto del terrorismo es directamente proporcional a la cuantificación de los daños materiales ocasionados y a la cantidad de muertes que acarree. Cuando Sendero Luminoso, rechazado en el campo, incrementa su accionar terrorista en Lima —la principal ciudad del país—, sembró zozobra. Una enorme sensación de vacío surgió, alimentada por la falta de eficacia de los sucesivos gobiernos, quienes limitaban su respuesta a endurecer las penas carcelarias y alguna que otra medida más efectista que efectiva.

Falto de bases de apoyo social, de columnas armadas desplazándose por el país, de discurso atractivo para sindicatos u

28 Estos se desplegaron en diferentes partes del Perú, con sus departamentos operativos, logísticos y de propaganda. La intensidad del conflicto varió en cada región del país, dependiendo de una serie de consideraciones, entre otras, geográficas.

organizaciones populares —opuestas al accionar subversivo—, Sendero Luminoso quedó reducido a una desesperada organización terrorista que multiplicó sus actividades fundamentalmente en la capital peruana, donde el conflicto creció en intensidad, el número de atentados se multiplicó y la respuesta muchas veces indiscriminada y a ciegas por parte de las fuerzas del orden —alentadas desde la civilidad—, se tornó cruenta.

La situación cambió con la captura de Abimael Guzmán y parte significativa de la dirigencia política de Sendero Luminoso el 12 de setiembre de 1992, efectuada por una unidad de inteligencia antiterrorista de la Policía Nacional del Perú. Fieles a la doctrina policial de observación, vigilancia y seguimiento, la cúpula dirigente del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso fue detenida dentro de una vivienda localizada en Lima, sin disparar una sola bala, en lo que constituye no solo una brillante operación de inteligencia operativa, sino también una lección de cómo combatir a las organizaciones subversivas o terroristas que se confunden entre la población.

Ciertamente hasta unos meses antes de la captura de Guzmán Reynoso, la Policía peruana había infligido duros golpes a la organización senderista —vale reiterar, siguiendo la doctrina policial—, y desarticulado varios comités que operaban en diferentes partes del país, sobre todo en Lima. Desesperados, los integrantes de SL intensificaron sus maniobras y multiplicaron el número de atentados terroristas y de aniquilamientos selectivos. Ello produjo la reacción indiscriminada de elementos oficiales y derivó en la ejecución de supuestos senderistas. Mientras tanto, la Dirección Contra el Terrorismo (Dircote) de la Policía Nacional del Perú (PNP), al mando del general Antonio Ketín Vidal Herrera, con escasos recursos y menos apoyo del gobierno central, continuó trabajando hasta dar

con el paradero de la máxima dirigencia senderista. Como ha sucedido antes, con casos de similar trascendencia, el aprovechamiento político, la falta de serenidad, de entendimiento, la mezquindad, no permite ubicar a cada uno de los protagonistas de aquella histórica jornada en su respectivo papel. Será tarea de la historia juzgarlos.

Hasta antes de este hecho las fuerzas de seguridad peruanas habían combatido a los pelotones que intentaban organizar guerrillas en el campo y a las células que operaban en la ciudad. A todos ellos y a sus mandos militares, quienes una vez puestos fuera de acción eran reemplazados —no sin alguna dificultad— por elementos de la población que, por las razones antes expuestas, ocupaban los puestos vacantes sin necesidad de mayor adoctrinamiento. Con la captura y aislamiento de Guzmán y de los principales dirigentes políticos del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso del resto de la organización, identificados tras paciente trabajo de la Policía peruana, la organización senderista se desmoronó cual castillo de naipes. Incapaz de reorganizar su cúpula, pocos meses después, el número de atentados terroristas disminuyó significativamente y lo que había sido un problema político se convirtió en uno policial: residuos de esta organización sin dirección política sobreviven en el campo, confundidos con el narcotráfico y todas sus implicancias sociales. De ser tema para la Policía Antiterrorista pasó a ser responsabilidad de la División Antidrogas²⁹.

29 Tras la detención de la dirigencia política del PCP-SL, en setiembre de 1992, esta reconoció públicamente su derrota, lo que causó una división interna entre quienes, aún persistiendo en las acciones armadas, se inclinaban por una «solución política» del conflicto o por «proseguir» la lucha. La primera facción, asentada en la cuenca cocalera del río Huallaga —al nordeste del Perú—, quedó desarticulada con la captura de su cabecilla principal. La segunda, desplazándose por la zona también cocalera del río Apurímac —al sudeste del territorio peruano—, sobrevive pese a la eliminación de algunos de sus principales dirigentes, casi un cuarto de siglo después.

Para concluir el presente esbozo, queda por analizar las probabilidades de que un fenómeno similar se repita en Indoamérica. La respuesta a esta interrogante interesa por lo que sucede actualmente en el Perú y en Colombia. En el caso peruano, deambulando por los contrafuertes andinos orientales, quienes pretenden ser continuadores de la «lucha armada» han quedado reducidos a una banda vinculada al negocio del tráfico de drogas. Su campo de acción es la tupida selva donde, de no mediar una poderosa ofensiva para detener a los cabecillas del negocio y neutralizar el tráfico de las drogas, continuarán desplazándose protegidos por la naturaleza. Carecen de mando político, de ideología; han perdido seducción, atractivo entre la gente.

En Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) constituyeron por años el foco subversivo más antiguo en Indoamérica. Presentaban bastantes similitudes con el caso peruano en cuanto a su accionar delictivo, pero también diferencias notables. La más resaltante de todas es su inspiración en el marxismo-leninismo importado, como muchas otras cosas, de Europa. Mediante sus estrategias y tácticas políticas y militares, ellas subsistieron desafiantes por más de medio siglo a los sucesivos intentos del Estado por acabar con una amenaza que comprometía a la región. Organizada en frentes dispersos por la selva colombiana, constituían guerrillas financiadas por el narcotráfico, la minería ilegal y los secuestros, difíciles de combatir dadas las condiciones naturales que presenta la Amazonía. Pese a tantos años de sobrevivencia, no lograron avanzar ni políticamente, ganando sectores significativos de la sociedad colombiana —por el contrario, eran repudiados—, ni militarmente, enfrentando en grandes operaciones de combate a las fuerzas gubernamenta-

les³⁰. En cualquier caso, desatender o subestimar la acción de estas organizaciones significaría convivir con un cáncer que, aún sin hacer metástasis, late, alienta y protege actividades indeseables causantes de estragos en la sociedad indoamericana: tráfico de drogas, minería ilegal, levas forzosas, trata de personas; con las cuales financian su funcionamiento y a través de las cuales reclutan nuevos miembros. Queda por esperar los resultados del último de los intentos políticos impulsados por el gobierno colombiano y las FARC para establecer «El Fin del Conflicto» de más larga data en el hemisferio occidental, refrendado en La Habana el 23 de junio de 2016 por el presidente colombiano, Juan Manuel Santos, y el máximo dirigente de las FARC, Rodrigo Londoño «Timochenko»³¹.

30 Aunque el rótulo de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia data de 1966, el origen de esta organización se remonta al período conocido como «La Violencia», durante el cual miembros del Partido Liberal y del Partido Conservador se enfrentaron en una guerra civil no declarada, tras el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliecer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Enemistados contra el régimen oficial conservador, las Autodefensas Campesinas —organizadas por el Partido Comunista Colombiano—, muchas veces en alianza con los liberales, sobrevivieron a los embistes de los sucesivos gobiernos empeñados en desmovilizar los dispersos grupos alzados en armas. Entre mayo y junio de 1964 un batallón del Ejército colombiano atacó la localidad de Marquetalia, en la zona central de la sierra colombiana —a poco más de doscientos kilómetros de Bogotá—, para acabar con una de las «repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado Colombiano», a decir por entonces del senador conservador Álvaro Gómez. La «Operación Soberanía» acabó con la «República de Marquetalia» y obligó a los dirigentes que escaparon de esta a replégase continuamente hacia la selva, donde prosiguieron con la organización de las FARC.

31 «El Fin del Conflicto», título del documento suscrito, deja pendiente el cronograma para la entrega de las armas, los juzgamientos y las medidas de seguridad a ser adoptadas, luego de tres años de conversaciones en Cuba. Durante la ceremonia, a la que asistieron, además del mandatario cubano, el secretario general de la ONU y los presidentes de Chile, Venezuela, México, El Salvador y República Dominicana, el presidente Santos señaló que la firma definitiva del acuerdo que pondría fin al conflicto se realizará en Colombia. El resultado adverso del plebiscito no vinculante que debía ratificar la anterior y la posterior firma con las modificaciones introducidas con aprobación del congreso colombiano está construyendo un difícil camino aún.

Por contradictorio que parezca, la persistencia de estos grupos confirma el poco interés que despierta hoy entre la población indoamericana la violencia partidaria y la subversión política. Indoamérica reclama soluciones concretas para problemas que arrastran años de abandono, de indiferencia; así como también atención a los conflictos aparecidos como consecuencia de la reciente demanda de recursos naturales y la explosión de la Revolución Informática, que aparentemente se contraponen a los intereses del pueblo, pero que el aprismo reclama como una oportunidad para construir una sociedad justa. Todo esto en un solo paquete y sin entrega por partes. Estando despolitizada la sociedad indoamericana, la amenaza mayor que se cierne sobre ella es la aparición de un nuevo mesías que explote las carencias y los reclamos que la población realiza sobre sus urgencias y los articule en un reclamo mayor que pretenda justificar la violencia. Ya hemos comprobado cómo el avance de cualquier tipo de insurrección puede ser independiente de la ideología que lo impulse o de su concordancia con la realidad. Tal amenaza es mayor al observar el desarrollo también alcanzado por la tecnología para el combate, en particular por el armamento nuclear, facilitando su acceso y manipulación. Si la violencia fue partera de la historia, «hoy sabemos que esto resulta una falacia. La violencia atómica, las armas termo-nucleares creadas por la nueva ciencia ya no serán “parteras” sino “sepultureras” de la Historia» (Haya de la Torre, 1984, vol. 1, p. 325).

Una impostergable autocrítica

El otro acontecimiento que converge en el punto de inflexión de la historia reciente del Perú es la terrible crisis económica que sufrió el país durante la década de los ochenta. Paradojas del destino, la crisis adquiere dimensiones bíblicas durante el primer gobierno aprista, entre 1985 y 1990; gobierno que estaba llamado a resolver los problemas estructurales del país, por la experiencia histórica que presentaba entonces y la solidez de una organización que había resistido embates de dictaduras y distorsiones ideológicas.

Desde la confirmación del capitalismo en Indoamérica hasta cuando el aprismo hace su aparición para explicar la naturaleza imperialista de este fenómeno, a partir de la exportación de capitales hacia nuestros países, había transcurrido poco más de media centuria. Si bien es cierto que los primeros empréstitos se contratan de Inglaterra para sostener la guerra por la Independencia, la más importante oleada de capitales británicos —que es donde se desarrolla primero y más rápidamente el capitalismo—, sucede hacia la mitad del siglo XIX. Para 1873, cuando ocurre la primera crisis sistémica del capitalismo, la exportación de capitales financieros a Indoamérica sufre una caída todavía mayor a la de mercancías, la cual afectó la capacidad de colocación de bonos de los gobiernos locales, principalmente

de aquellos que figuraban más sobreendeudados: Brasil y, en primer lugar, Perú (Marichal, 1992, p. 117).

Si el imperialismo es la primera fase de nuestro desarrollo capitalista, y el derrotero de este es, a saber, el paso de la producción de mercancías a la producción de capitales financieros, concluiremos que el capitalismo en Indoamérica, desde su primera fase —que arribó en su forma imperialista—, experimentó su propio derrotero hacia su forma superior.

Haya de la Torre, al publicar en 1928 *El antiimperialismo y el APRA*, da cuenta de las características que el fenómeno imperialista supone para Indoamérica. Nuestra primera fase capitalista se caracterizó por la explotación de materias primas y la importación de la maquinaria y la manufactura más avanzada que aquí no se producía. Cuando tres décadas después ratifica la posición del aprismo contra el comunismo, el feudalismo y el imperialismo, que se desprenden de los cinco puntos establecidos en el programa máximo inicial del aprismo, hace una muy importante advertencia «por la nacionalización de tierras e industrias»:

Este enunciado de la «nacionalización progresiva de la tierra y de la industria» ha servido para que críticos del aprismo de diversas procedencias se hayan dado el placer de desfigurarlos. Mas, atendiendo a las ideas germinales de mi libro de 1928, hasta aquí recapituladas, pienso que es posible entenderse con un lector no proclive a prejuizar. [...] Ante todo *nacionalizar* —un vocablo que sin duda se presta a más de una interpretación— no es siempre sinónimo de *socializar*. Hay nacionalizaciones socialistas, o meramente socializaciones, pero las hay que no afectan a la institución de la propiedad privada sino al carácter *extranjero* o no nacional de la propiedad. Este tipo de naciona-

lización se da en ciertas legislaciones de países capitalistas que no permiten la propiedad de determinadas industrias, o que la limitan proporcionalmente a los extranjeros. Lo cual se justifica cuando esas fuentes y medios de producción agrícola o minera, industrial o de transportes y comunicación pueden representar, o actualmente representan, intereses económico-políticos foráneos que exceden sus derechos de propiedad (Haya de la Torre, 1984, vol. 6, p. 339) [énfasis del autor]³².

Por aquellos tiempos el capitalismo iba adquiriendo las características que hoy apreciamos con nitidez. La tenue y dispar industrialización que vivían nuestros pueblos transformaba lentamente sus sociedades y, en consecuencia, la agricultura cedió peso en la conformación del producto nacional. La migración del campo a la ciudad de miles de personas que la industria no lograba absorber plenamente, creó un nuevo escenario social caracterizado por un masivo sector informal. El momento demandaba replantear las viejas tesis superadas por el tiempo.

Para la reciente mitad del siglo pasado, tras la culminación de la Segunda Guerra Mundial y la expansión capitalista en las tres décadas siguientes —combinada con bajas tasas de interés que facilitaban la colocación de capitales por doquier—, la escena social indoamericana mutaba, mientras los descubrimientos científicos y sus consecuentes adelantos tecnológicos aceleraban el desarrollo de un sistema que alcanzaba nuevas etapas de su evolución sin liquidar las anteriores. Producto de este crecimiento, aparecía una nueva clase media y un nuevo sector manufacturero. Y con estos, otros proveedores de la industria, otros comerciantes y un inédito «estado de conciencia», a tenor

32 Cita extraída de *Treinta años de aprismo*.

de la expresión hegeliana que, en una de sus extensiones, echa luz sobre la formación de movimientos subversivos por la región, como puede colegir el lector en el acápite anterior.

Estas décadas son de suma agitación política, altamente ideologizadas por el enfrentamiento entre Washington y Moscú. Aconteceres diversos, como la victoria de Castro en Cuba o de Allende en Chile, exacerbaban los ánimos de una discusión que muchas veces se tornaba violenta. Haya de la Torre, ratificando la negación del comunismo en Indoamérica, explicaba a través de artículos compilados en la parte final de sus *Obras completas* (1984) que, por ejemplo, para el caso cubano, lo que había ocurrido tras el triunfo de la guerrilla era la implantación de un sistema de capitalismo de Estado, similar al perpetuado en la Unión Soviética, donde aquel era dueño de los medios de producción, recordando lo escrito por Lenin: que era un estado de transición, el peldaño previo para alcanzar el comunismo.

A la par que contra el comunismo o capitalismo de Estado (en que había desembocado el marxismo entendido por los teóricos europeos y sus corifeos en Indoamérica), Haya de la Torre se enfrentó contra el imperialismo, al que consideraba una amenaza mayor por su poder económico y su capacidad de soborno. Asimismo, luchó contra lo que calificó como feudalismo, por significar el lastre de nuestro desarrollo. Si el comunismo constituía una amenaza en ciernes, el imperialismo y el feudalismo eran una amenaza presente, contra la que había que actuar.

Ya en el crepúsculo de su existencia física, Haya hace algunas advertencias sobre los cambios que experimenta el mundo y que obliga a replantear algunas cosas. Es muy interesante revisar el prólogo a la tercera edición de su obra capital *El antiimperialismo y el APRA*, publicada en 1970, donde los enfoques y planteamientos esenciales son ratificados «habida cuenta, claro

está del espacio y el tiempo en que fueron formulados» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 29):

Nuestros pueblos están viviendo aún socialmente, un proceso estructural de evolución y crecimiento correspondiente al de su constante devenir y cambio económico; tanto más veloz y profundo en su transformación cuanto más adelantado y rápido sea su movimiento desarrollista. Coincidiendo, además, nuestra denominación aprista de «frente único de trabajadores manuales e intelectuales» con los estupendos avances de la gran revolución científica y tecnológica operada en nuestro siglo, y proyectada en los progresivos logros de la alta tecnificación especializada del trabajo, —automatismo, electrónica, computadores, cibernética, etc.— que acerca cada vez más al trabajador tradicionalmente llamado «del músculo» y al intelectual, experto y culto de las economías movidas por una nueva categoría de producción altamente calificada en los niveles superiores del esfuerzo, de la capacitación y la destreza (pp. 54-55).

Luego, atendiendo que después del imperialismo como primera etapa de nuestro desarrollo venían otras nuevas, superiores a esta, afirma:

El planteamiento doctrinario aprista del imperialismo, que sustenta este libro, como etapa inferior o inicial del capitalismo industrial en los países subdesarrollados, a donde la expansión de aquél llega, es ya por irrefutable unánimemente reconocido. Además de corroborar la transición económico-social que tipifica y condiciona el proceso transformador de las estructuras de nuestro continente, depara en sus diversas y sucesivas fases de incremento, los caracteres intransferibles de su evolución

correspondientes y referidos al espacio y al tiempo en que se implantan y desenvuelven (p. 55).

Más adelante, destaca el origen del aprismo, el cual enfrenta las prepotencias del imperialismo venido del norte de nuestra América. Advierte Haya de la Torre:

A lo largo del acontecer en los años transcurridos desde la enunciación de su programa originario, él mismo ha ido enfrentando nuevos hechos históricos, a tiempo que ha transpuesto los umbrales de la edad atómica. Iniciada ésta en su acción bélica, con el trágico desenlace de la Segunda Guerra Mundial en el Japón, ella ha demarcado una nueva y más anchurosa distancia entre los países desarrollados y los subdesarrollados. Ha registrado asimismo, una mudanza esencial en el sistema de relaciones competitivas entre las opulentas potencias poseedoras de la nueva portentosa energía, las cuales confrontan asimismo una alternativa hasta ahora por ellas desconocida: o la guerra con las revolucionadas armas termonucleares de impredecible capacidad destructiva, o la utilización de sus ingentes poderes alcanzados por los maravillosos avances de la ciencia y de la tecnología, en beneficio de la paz universal, y especialmente de los pueblos de desarrollo retardado (pp. 61-62).

Y, rescatando lo vigente de los planteamientos presentados en 1928, cincuenta años después, dice lo siguiente:

Planteamiento valedero de este libro es el que condiciona «la emigración de capitales» —característica del imperialismo— como un fenómeno económico que ocasiona la inevitable necesidad de exportarlos hacia los países a donde van a invertirse

con la que estos tienen de recibirlos. Planteamiento del cual se deduce la importancia de establecer un nuevo sistema de relaciones verdaderamente equitativas basado en aquellas crecientes necesidades recíprocas. Mas, si se traslada esta imagen a la más resaltante de las interrelaciones contemporáneas, que impone el enfrentamiento del mundo desarrollado y rico con el que aún vive en el rezago y la carencia de sus primarias etapas de crecimiento, *cabe presentarla a la luz de un nuevo postulado: la emancipación económico-social de los países subdesarrollados es tanto una perentoria exigencia de éstos, cómo lo será para los que viven en la abundancia de su cabal desarrollo, si hemos de llegar a una subsistente y libre coexistencia internacional socio-económica de paz y justicia auténticas* (pp. 62-63) [énfasis mío].

Iteradamente se puede apreciar en los discursos y en los escritos producidos por Haya de la Torre durante los últimos años de su vida, las observaciones que formulaba frente al vertiginoso acontecer mundial, mientras revalidaba lo pertinente de las tesis originarias del aprismo.

Para 1985, cuando el APRA sin Haya de la Torre llegó al poder, nada de esto se tomó en cuenta. Desconociendo por completo los principios filosóficos del aprismo según los cuales todo cambia, todo deviene con el paso del tiempo, de tal forma que si la realidad evidencia que los preceptos y las normas que se creyeron universales han sido superados y por tanto deben ser modificados, los exégetas del aprismo persistieron en *El antiimperialismo y el APRA* medio siglo después de publicado, como si en tal lapso de tiempo poco hubiera ocurrido en el Perú, menos en Indoamérica; peor aún, nada en el Mundo.

A la falsa creencia de que el mejor homenaje que se le rinde a los muertos es criogenizar su pensamiento, se sumó la ausen-

cia de un liderazgo realista, constructivo, histórico, opuesto a los dogmatismos, como fue desde siempre una de las posiciones de combate que adoptó el aprismo. Primó la fascinación al recuerdo de la insurgencia popular y de los miles que pagaron con su vida o su libertad el ideal por una patria más justa. Culpando al capitalismo de todos los males nacionales, quienes estaban llamados a conducir al aprismo hacia sus formas superiores tras la desaparición física de Haya, olvidaron que

[...] la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea [...] tampoco puede faltar en la completa evolución de alguna sociedad moderna. Consecuentemente, para que el capitalismo sea negado, abolido, superado, debe existir, madurar y envejecer con mayor o menor aceleración, pero su presencia no puede suprimirse del actual cuadro histórico del desenvolvimiento humano (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 18).

Acierto confirmado con la aparición de la presente etapa poscapitalista en la historia de la humanidad, superior a la capitalista que le antecede y que este libro intenta explicar, siguiendo la indesligable línea de interpretación dialéctica de la historia propugnada por el APRA.

El aprismo obligaba —como obliga ahora— a conducir el Estado científicamente y gobernar responsablemente, dejando de lado la experimentación mientras se conocen los instrumentos acertados para impulsar, antes que el crecimiento, el desarrollo del país. Frente a la ilusión romántica que enreda al intelecto; está la realidad, de la que se apodera la idea para tomar forma. Por tanto, la realidad es punto de partida para la elaboración de los postulados apristas. Si todo pasa —como

bien enseñaba Haya de la Torre—; si todo fluye producto del devenir que niega y supera los preceptos que se creían inmutables; si Platón, Kant, Hegel, Marx fueron superados; Víctor Raúl Haya de la Torre también debió ser negado y superado a tiempo —allá por 1985— para evitar tanto sufrimiento al país. «Este necesario devenir no es en desmedro de su gloria. Antes bien, es su afirmación, pero afirmación en su Espacio y en su Tiempo» (Haya de la Torre, 1984, vol. 6, p. 178)³³. Ese es el mejor homenaje que el alumno puede rendirle al maestro... tanto como el hijo al padre.

Ciertamente Haya de la Torre ejerce hasta hoy enorme influencia, más todavía sobre quienes lo escucharon en directo, con su colosal personalidad y sus agudas ideas. Pero esa influencia quedó en la fascinación y en miles de historias aderezadas por la pasión popular, dulce constructora de leyendas. Y la política, con las pasiones que suele despertar —más aún en tiempos de exacerbada confrontación ideológica— apareció por delante de la realidad, dejando de lado aquello que Haya recogió de Marx: que la economía, con sus nuevos modos de producción, transforma las relaciones de la sociedad y la política. Despeñado el intelecto, los caballos fueron por detrás de la carreta.

Claro está que la política no es acto reflejo de la producción. Hay pasión, y no puede haber genio sin pasión. Mas no toda pasión lleva un genio. Existen motivaciones psicológicas e históricas que la acentúan incorregiblemente, para marcar un rumbo e imponer su ritmo, conduciendo a los pueblos por rutas desbocadas. Cuando la pasión abandona la razón, la política adquiere voluntad propia. Muta en paroxismo. Es, por tanto, responsabilidad del líder, del estadista con sólida formación in-

33 Corresponde al trabajo *Y después de la guerra, ¿qué?*

telectual, hacer gala de sus dotes y, por encima de las circunstancias, retomar el rumbo y el ritmo adecuado, atendiendo la demanda urgente sin olvidar el trabajo importante.

* * *

El antecedente inmediato que coloca al primer gobierno del Partido Aprista en decurso es el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado, que liquidó el latifundio con la Reforma Agraria de 1969 al tiempo que superconcentró la producción nacional en manos del Estado y estatizó los activos de las empresas privadas³⁴. Si la tenaz persecución política a la que fue sometido el aprismo desde su aparición —con breves primaveras democráticas— por una oligarquía ayuna, encaramada en el poder, radicalizó su ideología y congeló sus propuestas; el compromiso por no traicionar lo prometido, combinado con soplos libertarios que asomaban, evitó una reflexión serena que hubiera alertado, además del tiempo perdido, del destiempo en el que se hacía lo que debió hacerse bien cinco décadas antes.

Sobreendeudado el país, con un enorme e ineficiente aparato productivo en manos del Estado, un conjunto de reformas económicas y sociales inacabadas y mal gestionadas, sin ciencia ni tecnología, una galopante inflación y con el recrudecimiento de las acciones subversivas, finalmente el Partido Aprista recibió el manejo de los destinos del país en 1985, ya sin la conducción de Haya de la Torre, fallecido seis años antes.

A la falta de realismo para encarar los problemas que desafiaban al aprismo y la exacerbada politización con que se

34 Juan Velasco Alvarado encabezó un golpe de Estado militar, el 3 de octubre de 1968, y dirigió el Perú hasta que fue oficialmente relevado del cargo, el 29 de agosto de 1975. Falleció en Lima el 24 de diciembre de 1977.

abordaron las cuestiones de gobierno, se sumó la incompetencia acerca del funcionamiento del mercado que el marxismo —y el aprismo es un movimiento marxista— reconoce como escenario dentro del cual se desenvuelven las relaciones de intercambio y se fijan los precios. Llevando al aprismo por los campos de la fenomenología y repitiendo los mismos conceptos esgrimidos en *El antiimperialismo y el APRA*, cuando Haya de la Torre había hecho ya severas observaciones sobre lo que cabía rescatar de sus tesis primigenias, a la luz del espacio y del tiempo histórico transcurrido, como antes ha quedado demostrado, el país quedó reducido a la voluntad política de controlar los precios, limitar arbitrariamente las importaciones y fijar cuotas de producción vía decreto; medidas que condujeron a acentuar la escasez y la especulación y con ello llevar la inflación, heredada de gestiones anteriores, a dimensiones siderales.

Unilateralmente y sin coordinación alguna con el resto de países de la región, el gobierno decidió destinar solo el 10% del valor de las exportaciones peruanas al pago de la agobiante deuda externa. Simultáneamente devaluó la moneda, redujo la tasa de interés bancaria, creó un mercado oficial para el intercambio de monedas, aumentó los salarios y congeló el precio de los alimentos y de los servicios públicos. La inflación disminuyó y los sectores agrícola y manufacturero crecieron. El déficit en la balanza de pagos, la pérdida de buena parte de las reservas internacionales del país, la poquísima recaudación fiscal, y la ineligibilidad para acceder a préstamos internacionales empezaron a reflejarse en el aumento de precios y la carestía de bienes y servicios. Tras el fallido intento de estatizar los bancos en julio de 1987 y ante las continuas devaluaciones monetarias, el gobierno intentó virar el rumbo de la política económica. Era tarde. El aumento de impuestos, la suspensión de subsidios y la

eliminación del control de precios no detuvo la inflación que en 1988 alcanzó el 666% y en 1989, 3399%³⁵.

Si la inflación produce inestabilidad, licuando lo presu- puestable y cualquier planeamiento del desarrollo, su combina- ción con un deficiente gobierno del Estado produce un cóctel explosivo. Sea por ignorancia, por corrupción o por ambas co- sas —que es siempre el mayor de los casos—, el pésimo mane- jo de la administración pública compendió el manual sobre lo que jamás se debe hacer cuando se gobierna. Ciertamente la primera gestión aprista recibió sucesivamente de la dictadura militar y del segundo mandato de Fernando Belaunde³⁶ una inflación galopante y un enorme aparato estatal mal conducido, dueño indiscriminado de empresas, hoteles y hasta de cines y supermercados. Empero, asaltado por hordas de oportunistas e ignorantes —que en eso tampoco el aprismo pudo diferenciarse de gobiernos anteriores— al amparo de su filiación partidaria, no hubo desde la alta dirección del gobierno, inteligencia sufi- ciente para desmontar paquidérmico armatoste mal ensambla- do. Cuando la cantidad de panes que podían colocarse sobre la mesa de cualquier hogar o la calidad de la leche disponible para desayunar reflejaron la suma de errores cometidos en la ad- ministración del aparato público, los reclamos de la población avanzaron a pasodoble.

No pudo el aprismo fijar los destinos del país. De un mo- vimiento que promueve la revolución del pan con libertad se

35 Véase el cuadro anual estadístico del Banco Central del Perú, la parte pertinente a la inflación.

36 Fernando Belaunde fue presidente constitucional del Perú del 28 de julio de 1963 hasta el 3 de octubre de 1968, cuando un golpe de Estado encabezado por el general Juan Velasco lo derrocó. Al concluir la dictadura militar, Belaunde Terry asumió nuevamente el mando del país, tras elecciones generales, el 28 de julio de 1980, hasta que lo cedió democráticamente el 28 de julio de 1985.

esperaba una ciencia que acompañe sus resoluciones. Por el contrario, empobrecido el Estado peruano, se intentó, entre otros dislates, cubrir la cuenta corriente con papel moneda alegremente impreso. Nada se pudo lograr. Desestabilizado por la inflación y la corruptela aupada en nombre del aprismo, el gobierno no pudo emprender el cambio que debía trocar los cimientos de su economía y construir sobre ella una nueva sociedad más justa y moderna. La educación, base de la deseada transformación, fue desatendida. Las transformaciones a las que había sido sometido el país a partir de las medidas adoptadas por el gobierno militar precedente tampoco fueron abordadas debidamente para corregirlas. Cincuenta años de aprismo aparecían como una gran estafa ante el imaginario popular.

Y como si de una prueba divina se tratara, la intensificación de los actos subversivos cometidos por el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso plagaron de decepción y desconcierto los arrestos de la población peruana.

En aras de un cabal entendimiento es de justicia señalar que toda Indoamérica se encontraba inscrita en una corriente promotora de la máxima intervención posible del Estado en la economía, con la esperanza así de contrarrestar los abusos cometidos por el capitalismo que, desde su forma imperialista, exigía incondicional sometimiento. Asimismo, era propio de la época que gobiernos nacionalistas, encabezados por militares, endeudaran las economías locales con la absurda compra de armamentos muy por encima de sus capacidades reales de pago, alentados por la *dollar diplomacy* y sus eufemismos sucesores del Buen Vecino, la Guerra Fría, la Alianza para el Progreso, cuyo objetivo ha sido siempre defender los intereses financieros estadounidenses y su seguridad hemisférica.

También es cierto que, tras colapsar el sistema público, la apertura sin pudor del mercado, una vez más a partir de políticas dictadas desde Washington, de acuerdo con sus intereses y con la colaboración de nuestros dirigentes e intelectuales —siempre atentos, como antaño, a los gustos del amo que paga—, abrevió la autoridad del Estado para organizar la economía; redujo la carga de la deuda externa, manteniendo incólume el peso de la deuda interna y recuperó los niveles de crecimiento exhibidos a la fecha. A los ojos de nuestra mediocre conducción gubernamental, la obsesión por los indicadores macroeconómicos, cura del espanto.

Empero, el aprismo va más allá de todo esto. La contracción del crecimiento económico —cuando no la pérdida de producción— que soporta Indoamérica a partir de la caída de los precios de los *commodities* exportados, ratifica la necesidad de abordar políticas más allá de las financieras, que transformen de una vez por todas las estructuras de nuestra economía. Confirmado el mercado asiático como devorador de materias primas, la creciente demanda por nuevas concesiones ofrece una oportunidad para desarrollar rutas comerciales que podrían consolidar el gran mercado interno indoamericano de intercambio comercial e integración cultural. Rutas que, además, dada la privilegiada ubicación geográfica de esta gran franja que va desde el Río Grande hasta la Patagonia constituye el puente que une dos océanos, los más vastos del planeta. De tal forma que la aparente amenaza en ciernes de incrementar nuestra condena como proveedor de recursos primarios, a vista del aprismo, es una brillante oportunidad para cubrir el enorme déficit en infraestructura que traba su progreso.

El riesgo que supone para Indoamérica depender fundamentalmente del mercado internacional de materias primas y

de productos sin mayor valor agregado es todavía mayor si la actual caída de la demanda internacional provoca el desbocamiento de la especulación financiera mundial, irreductible en sus paradigmas y supuestos económicos. Con políticas de vanguardia, sin temor a desafiar todo aquello que se creyó perenne, hoy superado por el conocimiento más actualizado, crearemos un Estado moderno y eficiente, al servicio de la nación y de nuevos hombres. «En un mundo de masas cada vez más conscientes por los progresos de la cultura y de la técnica, la política tiene que ir progresivamente hacia el *funcionalismo*. La coordinación democrática tiene que ser tecnológica; su expresión de gobierno, *funcional*; y su arte de dirigir y conducir, *pedagógica*» (Haya de la Torre, 1984, vol. 6, p. 186) [énfasis del autor]³⁷.

El APRA, fiel a su indeclinable línea por el desarrollo y la justicia, observa los cambios que la aplicación del conocimiento sobre la administración, el uso intensivo de la informática en la automatización de procesos y en el procesamiento de información, el alcance de la tecnología y la mayor disponibilidad de capital están produciendo sobre la menor demanda de mano de obra, el abaratamiento de los costos financieros y la reducida rentabilidad de la tierra. Adelantándose a las implicancias que trae esta nueva revolución, la plantea para Indoamérica, basada en el conocimiento y en la defensa de los valores democráticos, para todo efecto atemporales. Este es el nuevo camino.

37 Texto correspondiente a *Y después de la guerra, ¿qué?*

¿Qué es el APRA en el siglo XXI?

APRA es la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Fue fundada en 1924³⁸ por obreros y estudiantes universitarios que encontraron en las experiencias de la Revolución mexicana y de la Reforma Universitaria de Córdoba, simientes para desarrollar una doctrina original, propia para comprender los fenómenos que acontecían en el entorno indoamericano, y plantear soluciones realistas al espíritu de la libertad y la democracia. Se definió como «la organización de la lucha antiimperialista en la América Latina, por medio de un Frente Único internacional de trabajadores manuales e intelectuales (obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales, etcétera), con un programa común de acción política» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, pp. 73 y 278) diseñado para defender a Indoamérica de la amenaza que por aquellos años representaba el imperialismo.

En la época contemporánea, la Revolución Informática es el evento más influyente en la transformación de los modos de producción, circulación y consumo de la economía mundial. Consecuentemente, el diseño social derivado de esta sufre también grandes modificaciones. De estos cambios, el aprismo se concentra en los ocurridos en Indoamérica, escenario sobre el

38 El APRA, como movimiento de alcance continental, se fundó «el 7 de mayo de 1924 día de la entrega, en México, de la bandera unionista de nuestros pueblos a su Federación de Estudiantes» (Haya de la Torre, 1984, vol. 1, p. XXIV).

cual descansa un conjunto de relaciones políticas e intelectuales en ebullición, y la dinámica entre esta y el resto del mundo.

El aprismo, ante un *mundo cambiante*, observa los resultados del conocimiento más avanzado y, atendiendo las lecciones de la historia, plantea soluciones correspondientes con la localización geográfica de Indoamérica en el mundo y su capítulo económico en la evolución histórica de la humanidad. Emancipado del *colonialismo mental* que busca respuestas a nuestros problemas en recetas importadas de Norteamérica, Europa o Asia, el aprismo plantea que la solución debe formularse aquí y no allá. Y al reafirmar su carácter de movimiento indoamericano, autónomo y democrático, reitera sus principios contra todas las formas de explotación del hombre por el hombre y por el Estado.

* * *

En los países con un desarrollo económico más avanzado, el capitalismo ha sido superado por un nuevo sistema, dígame, poscapitalista. Las características de esta sociedad recién advertida, sus nuevas fuerzas económicas y la interrelación entre estas se encuentran en definición todavía.

El advenimiento del poscapitalismo está signado por la aparición de ordenadores y programas informáticos que han transformando los modos de producción, el intercambio de mercancías, la provisión de servicios y los hábitos de consumo. De similar forma como la máquina a vapor marcó el inicio de la Revolución Industrial durante la segunda mitad del siglo XVIII y con esta llegó el capitalismo; con la llegada del computador comienza la Revolución Informática al promediar el siglo XX, cuyas consecuencias económicas configuran

una nueva sociedad y un nuevo período en la historia de la humanidad, denominado poscapitalista, acaso por no haber encontrado definición todavía. El desaparecido profesor de la Universidad de Claremont, Peter F. Drucker (2002), lo explica de la siguiente manera: «Llamarlo poscapitalismo es simplemente decir que no sabemos cómo llamarlo. También se podría llamar democracia económica, puesto que no hay una forma organizada de gobierno asociada con la propiedad de las masas. Lo que sí es seguro es que es un fenómeno totalmente nuevo en la historia» (p. 147).

La característica relevante de este nuevo sistema es la aplicación del conocimiento más adelantado a la producción de bienes y servicios. Leyendo con cuidado el fundamental libro del profesor Drucker, *La sociedad postcapitalista* (1994), este, desde su panóptica localización norteamericana, advierte los retos por enfrentar: «A menos que aprendamos a aumentar la productividad de los trabajadores de conocimiento y de servicios, y a aumentarla rápidamente, los países desarrollados se verán amenazados por estancamiento económico y graves presiones sociales» (p. 94), y más adelante afirma:

Los trabajadores de conocimiento y los de servicios no son «clases» en el sentido tradicional. La línea divisoria entre los dos es tenue. En la misma familia puede haber trabajadores de conocimiento y trabajadores de servicios que tengan educación superior. Pero hay peligro que la sociedad postcapitalista se convierta en una sociedad clasista, a menos que los trabajadores de servicios obtengan tanto ingreso como dignidad. Para esto se requiere productividad, pero también oportunidades de avance y de reconocimiento (p. 107).

Al aplicar conocimiento utilizamos tecnología sometida a procesos informáticos cargados en ordenadores para realizar una tarea programada y repetida, se transforma material desechado para nuevas aplicaciones y la provisión de bienes y servicios prolifera.

Proporcionar conocimiento a fin de averiguar cómo aplicar el que *ya existe* para obtener resultados es, en realidad, lo que entendemos por *administración*. Pero el conocimiento también se está aplicando en forma sistémica y deliberada para definir qué nuevo conocimiento se necesita, si este es factible y qué hay que hacer para hacerlo eficaz. Se está aplicando, en otras palabras, a la innovación sistemática (pp. 47-48).

En la moderna sociedad del conocimiento, el capital y el trabajo dejan de ser los principales activos económicos para la producción. Afirmar Drucker (1994), explicando el paso del capitalismo a la sociedad de conocimiento:

El conocimiento formal se ve a la vez como el recurso personal clave y como el recurso económico clave. *Hoy el conocimiento es el único recurso significativo*. Los tradicionales factores de la producción —la tierra (es decir, los recursos naturales), el trabajo y el capital— no han desaparecido, pero han pasado a ser secundarios. Se pueden obtener fácilmente, siempre que se tenga conocimiento. Y el conocimiento en este nuevo sentido es conocimiento como instrumento, como el medio de obtener resultados sociales y económicos (p. 47) [énfasis del autor].

Refiriéndose al futuro del capital, en acápite aparte, dice lo siguiente: «La nueva función del capital será, en forma crecien-

te, hacer que el conocimiento sea eficaz en el rendimiento; y aquel estará al servicio de la administración en vez de dominarla» (1994, pp. 91-92). De lo que podemos colegir que, en cuanto al trabajo como factor de producción se refiere, la mejor aplicación de tecnología moderna en el empleo de la máquina reemplaza el esfuerzo físico que hasta hace pocos años realizaban cientos de hombres, lo cual pone en aprietos a una de las instituciones símbolo de la era capitalista: el sindicato, que se ve obligado a replantear sus objetivos generales. La calidad del procesamiento informático o del conocimiento aplicado de la química subordina el costo de la tecnología que cae dramáticamente; y la eficiencia de los canales de distribución, cuando el comercio electrónico supera las distancias geográficas y contacta directamente a productores con consumidores, consolida un único gran mercado global. En el primer ítem del *Manifiesto del Partido Comunista* se lee: «La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América» (Marx y Engels, s/f, p. 32). El comercio electrónico lo está fraguando.

Pero mientras que el poscapitalismo se presenta apocadamente en los pueblos de menor desarrollo económico, y apenas es explotada por los mercados más desarrollados, el capitalismo mantiene aún sus características dominantes como sistema, y en Indoamérica adquiere tonos particulares.

* * *

La tesis fundacional aprista expresada por Haya de la Torre definió el imperialismo como la primera etapa del capitalismo en Indoamérica.

El imperialismo es esencialmente, un fenómeno económico que se desplaza al plano político para afirmarse. En Europa el imperialismo es «la última etapa del capitalismo» —vale decir, la culminación de una sucesión de etapas capitalistas—, que se caracteriza por la emigración o exportación de capitales y la conquista de mercados y de zonas productoras de materias primas hacia países de economía incipiente. Pero en Indoamérica lo que es en Europa «la última etapa del capitalismo» resulta la primera. Para nuestros pueblos el capital inmigrado o importado, plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. No se repite en Indoamérica, paso a paso, la historia económica y social de Europa. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista. Si examinamos la historia económica indoamericana, descubriremos esta general característica: con el capital inmigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 89).

El imperialismo se expande desde las zonas de más avanzado desarrollo industrial, donde los capitales han generado excedentes, hacia las zonas de menor o retrasado desarrollo agrario, artesanal o manufacturero. Con el fin de imponer sus condiciones, permite la ejecución de acciones como: el contrato de empréstitos, la adjudicación de concesiones, la importación de la técnica más moderna, el dominio de mercados, el incremento de la producción, la reducción de costos, la oferta de productos baratos y el desplazamiento al plano político. Instalado, encontró condiciones para su desenvolvimiento, creció, desarrolló músculo y adquirió características propias en cada una de las zonas donde enraizó. Así, de entre las características generales adoptadas por el capitalismo en Indoamérica, identificamos la

«dependencia del sistema capitalista mundial —parte o provincia del imperio universal del capitalismo financiero—» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 16). Según el economista de origen húngaro, George Soros (1999), modelo del capitalista financiero por antonomasia:

El concepto de sistema capitalista mundial no es menos significativo porque sea un concepto abstracto. Gobierna nuestras vidas del mismo modo que cualquier régimen gobierna la vida de las personas. El sistema capitalista puede compararse con un imperio cuya cobertura es más global que la de cualquier imperio anterior. Gobierna toda una civilización y, como en otros imperios, quienes están fuera de sus murallas son considerados bárbaros. No es un imperio territorial porque carece de soberanía y del boato de la soberanía; de hecho, la soberanía de los estados que pertenecen a él es la principal limitación de su poder y su influencia. Es casi invisible porque no posee una estructura formal. La mayoría de sus súbditos ni siquiera saben que están sometidos a él o dicho de forma más correcta, reconocen que están sometidos a fuerzas impersonales y a veces negativas pero no entienden qué son esas fuerzas. [...] Pero lo más importante es que el sistema capitalista global exhibe algunas tendencias imperialistas. Lejos de buscar el equilibrio, está empeñado en la expansión. No puede descansar en tanto en cuanto exista algún mercado o recurso que permanezca sin incorporar (pp. 135-136).

Desde su primigenia forma imperialista en Indoamérica —parte del gran sistema mundial—, el capitalismo tomó distintas rutas, con velocidades de evolución diferentes entre sí, y adoptó un denominador común: no cumplir las etapas previas de

desarrollo económico (agrario, semifeudal, cuasiburgués); y, en cambio, fundirlas en un solo andamiaje moderno superior a todos los anteriores. *A contrario sensu* el desarrollo del capitalismo entre nosotros ha servido principalmente a un esquema succionador de materias primas y *commodities* convertidos en capital financiero, luego absorbidos por los centros financieros de Nueva York y Londres, para después retornar a las zonas donde se originaron, ya sea «directamente en forma de créditos e inversiones de cartera, o indirectamente a través de corporaciones multinacionales» (Soros, 1999, p. 133), montando una estructura global de libre comercio y veloz circulación de capitales con gran libertad de elección. Esta característica del avance del capitalismo en Indoamérica ha prodigado la coexistencia de cuasi todos los grados del desarrollo económico de la humanidad, aportando su cuota para el crecimiento del gran mercado financiero global. Entre nosotros es posible aún encontrar deambulando por la inmensa selva amazónica cazadores y recolectores primarios que corresponden a las primeras etapas del desarrollo económico de la humanidad; hay campesinos roturando la tierra por tradición vernácula, con instrumentos de labranza de milenario diseño y aquella misma espiritual técnica; artesanos elaboran en pequeños y medianos talleres, con servicios adaptados, herramientas y autopartes desiguales; industriales modernos manufacturan utilizando tecnología de avanzada y mano de obra especializada; capitalistas financieros realizan operaciones de mercado y especulan con títulos-valores; y adventicios trabajadores del servicio y del conocimiento, de la Revolución Informática, de la novedosa sociedad poscapitalista, adquieren forma entre nosotros³⁹; todos avecindados bus-

39 «En corroboración del adelantado ideario y del predictor programa de la organización partidaria aprista de 1924, el acontecer del mundo, velozmente cambiante en que

cando dinero, mezclados, confundidos entre sí, yuxtapuestos en ciudades y sus alrededores por la atracción mayúscula del capitalismo.

[...] porque hay un principio unificador en el sistema capitalista global. No es un principio inducido en aras de la simplificación; es verdaderamente un principio dominante. Ese principio es el dinero. Hablar de principios del mercado confundiría la cuestión, porque el dinero puede amasarse de otras maneras distintas de la competencia. Es indiscutible que al final todo se reduce a beneficios y riquezas medidos en términos de dinero (Soros, 1999, p. 144).

Más adelante, este prominente hombre de las finanzas internacionales, acercándose a la observación marxista sobre el cambio de valores de uso de una clase por los valores de uso de otra en defensa de la sociedad abierta, dice:

[...] el dinero como depósito de valor se presta a discusión [...] ¿cuáles son los valores intrínsecos para los que las actividades económicas se supone que sirven? [...] Sus preferencias, cualesquiera que sean, pueden expresarse en forma de curvas de indiferencia y las curvas de indiferencia pueden usarse para determinar los precios [...]. En una sociedad abierta, las personas son libres de elegir por sí mismas [...]. En condiciones de cambio acelerado [...] los valores de cambio podrían llegar a sustituir perfectamente a los valores intrínsecos. Esto es cierto especial-

vivimos, depara nuevas realidades: la gran revolución científica y tecnológica que está transformando al mundo desarrollado alcanza proyecciones planetarias y comprende obviamente a las clases trabajadoras» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 66).

mente en un régimen capitalista que hace hincapié en la competencia y mide el éxito en términos monetarios (pp. 144-145).

Mas debemos recordar que

[...] el sistema capitalista, del que el imperialismo es máxima expresión de plenitud, representa un modo de producción y un grado de organización económicos superiores a todos los que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea. No ha de ser un sistema eterno —porque lleva en sí mismo contradicciones esenciales entre sus métodos antitéticos de producción y apropiación—, pero tampoco puede faltar en la completa evolución de alguna sociedad moderna. Consecuentemente, para que el capitalismo sea negado, abolido, superado, debe existir, madurar y envejecer con mayor o menor aceleración, pero su presencia no puede suprimirse del actual cuadro histórico del desenvolvimiento humano. Las estupendas conquistas que sobre la naturaleza han conseguido la ciencia, los descubrimientos y la técnica al servicio del gran industrialismo y la obra emancipadora que está llamada a realizar la fuerza social que su sistema plasma y organiza —el proletariado—, son los legados de la era capitalista. Con ellos y por ellos deberá alcanzarse la estructuración de un nuevo orden económico (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 18).

En Indoamérica, el capitalismo que arribó en su forma imperialista, como ya ha sido explicado, no solo sublimó etapas anteriores de nuestro proceso económico —valiéndose de estas, como también acaba de ser demostrado—, sino que se comportó absolutamente incapaz para completar sus propios procesos

de expansión y afianzamiento. Afirmándose lentamente donde halló «condiciones favorables para prosperar» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 18) fue sucesivamente confrontado con los formidables avances del conocimiento que configuraban una siguiente etapa en nuestro proceso capitalista, más fresco, más adelantado, más moderno, más actualizado, negando los preceptos de una realidad anterior para concluir en una nueva «negación de la negación», vale decir, una nueva afirmación superior a la anterior en sus formas de producción y de comercio, sin que la premisa inicial de esta confrontación dialéctica haya cumplido su tarea determinista sobre la sociedad que debía modificar. Esta es la inconsistencia estructural de nuestro devenir histórico, amontonando sucesivas etapas de su desarrollo económico y social, superpuestas, levitando sempiternamente. Confrontadas sin soluciones de continuidad, temporizan hasta la aparición de la superior edad poscapitalista con sus nuevas relaciones, con su nueva dinámica de mercado, antítesis histórica de los tratados capitalistas decimonónicos.

Sobre esta amorfa estructura económica de etapas inconclusas se levanta nuestro modelo sociopolítico. Constituido por grupos sociales desconectados entre sí, cada uno en su diferente grado evolutivo, con sus usos y costumbres, forman la heterogénea sociedad que reúne cada unidad política de América Latina, de donde surgen sus ingénitos representantes convertidos en los pintorescos timoneles de nuestra política, embrollados en el ágora de la discusión parcial y telúrica. Desde el que «de repente aparece disfrazado con cualquier clase de vestidura, un hombre que viene con cavernarios instintos de la tribu» (Haya de la Torre, 1984, vol. 1, p. 352) persistiendo en la fantasía de una América precolombina, esperando respuestas del Sol, de la Luna o de las montañas, hasta el pretense burgués folclórico o

el de poses pseudoaristocráticas, resabidos ambos de costumbres cortesanías y usos serviles para repetir moldes y copiar recetas europeas o norteamericanas; pero todos ajenos a nuestra realidad meridiana de inmensa Amazonía, ricas montañas, cumbres nevadas, ríos, quebradas, risueñas playas.

Como el aprismo no es un artículo de fe, ni dogma yerto e inmóvil, sino —citando a Pléjanov— una «concepción del mundo»⁴⁰ que renueva su doctrina superándose dialécticamente por «el principio de la negación de la negación» (citado en Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 149), marcha resuelto a la vanguardia del pensamiento político internacional, redescubriendo la realidad indoamericana sobre la que plantea soluciones realistas y concretas dentro del gran proceso histórico que la envuelve:

Para los patriarcas criollos de la ortodoxia marxista las conclusiones contenidas en los capítulos anteriores implican, sin duda, profanación audaz de todos los conceptos sacrosantos de un credo que ellos consideran absoluto, estático e inviolable. Empero, es menester recordar que existe una profunda diferencia entre el marxismo interpretado como dogma y el marxismo en su auténtico significado de doctrina filosófica. En aquél, todo es quietismo y parálisis; en éste, todo es dinamismo y renovación. El apotegma inmortal de Heráclito el Oscuro, recogido por Marx a través de Hegel, no debe olvidarse: «Todo se mueve, se niega, deviene; todo está en eterno retorno...». En él se funda la dialéctica de la vida y de la historia (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 149).

40 Gueorgui Valentínovich Plejánov dice: «El marxismo es toda una concepción del mundo», tal como cita Haya de la Torre en varios trabajos.

* * *

Enuncia el aprismo la naturaleza económica de los problemas fundamentales que acontecen sobre Indoamérica, a la vez que descarta aquellas tesis que plantean escenarios de conflicto por cuestiones raciales, culturales o de nacionalismos (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 75). En la línea de interpretación marxista de la historia para el caso específico de la historia indoamericana, se comprueba cómo al empuje del imperialismo —primera fase del capitalismo en Indoamérica— le sobreviene la aparición y el crecimiento de capitales nativos, sembrados por el capital inmigrado en su forma imperialista. Al desarrollar músculo crean su propia vanguardia sin construir la máquina, señal inequívoca del capitalismo en Europa y Norteamérica, sino apenas recibiendo la hecha. Plácidamente instalado a la popa del gran buque en surcada que comanda al capitalismo mundial, el avance de nuestro industrialismo queda condicionado por la tecnología que debe importar más allá de nuestras costas para construir su propio escenario de intercambio. Esta circunstancia desiguala el desarrollo sobre la producción de mercancías y el incremento de los valores de cambio, vale decir desproporciona el crecimiento de ciertas actividades industriales y extractivas, y de los mercados contruidos a su alrededor, ascendéndolas a su fase superior cuando produce «excedente de capital» que de manera determinista debería «exportar». Sin embargo, nuestro capitalismo más avanzado en su fase superior no «exporta capital», con las características deterministas que insinuó la «exportación de capital» desde Europa; más bien «mueve capital» por Indoamérica de un país a otro o de una región a otra, expandiéndose. Esta movilidad del capital financiero, saltando entre nuestros países

se pierde en la ilusión de nacionalismos ramplones que no alcanzan divisar las dimensiones de nuestro pueblo-continente. No se cumplen aquí los mismos plazos que determinan el crecimiento de los capitales europeos o norteamericanos hacia la formación de «uniones monopolistas de capitalistas» y luego a la «situación monopolista de unos pocos países ricos, en los cuales la acumulación de capital había alcanzado proporciones gigantescas». En Indoamérica no aparece la producción de un enorme «excedente de capital» capaz de «exportar». No ocurre el tránsito de la «exportación de mercancías» a la «exportación de capital», como bien explica Lenin para el caso europeo, de quien vienen estas anotaciones⁴¹.

Cuando el capitalismo maduró en Indoamérica, el «excedente de capital» producido no fue «exportado» hacia zonas de menor o retardado desarrollo económico, incorporándolas al sistema capitalista mundial. Tampoco compitió en los mercados europeo o norteamericano pues a la zaga de la vanguardia no alcanzó los volúmenes ni el desarrollo necesario para tal cometido. Dado el inmenso territorio por conquistar en Indoamérica y sus enormes riquezas por explotar, tal «excedente de capital» avanzó en expansión satisfaciendo su necesidad capitalista de acumular ganancias.

La conducción de los avances tecnológicos y el desarrollo del capitalismo financiero llevó a nuestro industrialismo de «mover mercancías» a «mover capitales», fase superior del capitalismo en Indoamérica. No obstante, este capitalismo resulta

41 «Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de *capital*». (Lenin, 1973, t. 1, p. 60) [énfasis del autor]. Haya de la Torre cita varias veces la obra de Lenin para explicar sus primeras tesis sobre el fenómeno que supuso la exportación de capitales y el imperialismo en Indoamérica.

confrontado por el poscapitalismo, que se instala en medio de la irresoluta coexistencia de diversas etapas por liquidar del proceso indoamericano. Allanado el camino hacia esta nueva etapa de la historia económica de la humanidad, con la aparición de la Revolución Informática del siglo XX, su automatización, su comercio electrónico, su conocimiento como bandera y su manufactura, trasladándose desde los viejos centros de gestión en Norteamérica, Europa y Japón hacia nuevas zonas de menor desarrollo industrial, la realidad que configura en cuanto nos compete a Indoamérica advierte una heterogeneidad social mayor aún tras la aparición de nuevos actores sociales, todos —estos y los anteriores— sin un común denominador existencial; toque de corneta para el alistamiento de nuevos conflictos sociales y políticos que demandan soluciones realistas de la propuesta aprista para Indoamérica «sin comprometer su evolución ni retardar su progreso»⁴².

Superado el imperialismo advino el capitalismo, que explotó recursos naturales, concesionó territorios, prestó dinero y compró gobiernos y voluntades —y es menester reiterarlo para que quede claro nuestro punto de partida y lograr un mayor entendimiento de la posición actual del aprismo—, de este modo, adquirió carta de ciudadanía con sus particulares modales. Nuestro industrialismo alcanzó edad núbil sin forjar acero, ni elaborar instrumentos avanzados de producción, ni diseñar la máquina. Se contentó ensamblando maquinaria sencilla y preparando instrumentos esenciales de producción para satisfacer las necesidades de un mercado basal todavía.

42 «Tenemos, pues, planteado en Indoamérica un problema esencial que siendo básicamente económico es social y es político: la dominación de nuestros pueblos por el imperialismo extranjero y la necesidad de emanciparlos de ese yugo sin comprometer su evolución ni retardar su progreso» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 19).

Convertido en capital adulto, acumuló excedentes financieros, perviviendo dentro de un orden informal y misérrimo. En su arrogante pretensión, el capitalismo de Indoamérica urge del conocimiento más avanzado que proporciona la metrópoli donde alcanzó hace décadas su fase superior y está evolucionando hacia el poscapitalismo. Así, nuestro industrialismo innovador y nuestras empresas extractivas y de servicios modernas requieren de tecnología actual, conocimiento adelantado, del capital más robusto que importan para continuar su propio avance.

Este recorrido que va de la llegada del capitalismo a la producción de mercancías y de esta a la acumulación de excedentes financieros, lleva dos centurias de marchas y contramarchas y una cuota de sangre puesta por el pueblo que enfrentó sus abusos. Imponiendo condiciones y subordinando a las otras formas de organización económica de nuestra población dentro del gran sistema capitalista mundial en liquidación, tiene como señal inequívoca «la libre circulación de capitales»:

El comercio internacional de bienes y servicios no es suficiente para crear una economía global; los factores de producción también deben ser intercambiables. Los recursos terrestres y otros recursos no se mueven, y las personas se mueven con dificultad; es la movilidad del capital, de la información y el espíritu empresarial lo que explica la integración económica (Soros, 1999, p. 137).

Afirmación que esgrime Soros desde su residencia neoyorquina, en la cúspide de las finanzas internacionales. Mientras mayor facilidad tenga el capital financiero para su movilización, llegará más rápido y se irá a la misma velocidad; asimismo, más inte-

grada estará la economía local al régimen financiero internacional. Es por tanto necio intentar ponerle cortapisas más allá de su «libre circulación» pues encontrará la manera de burlar todo control. Situación que pareciera neutralizar la gestión soberana de los Estados indoamericanos, que alientan nuevamente el discurso de los nacionalismos y los socialismos retóricos. Mas como el aprismo es una doctrina que aspira a la integridad en sus observaciones, continúa atento a las agudas conclusiones que aborda este prominente hombre de las finanzas internacionales, sin resignar su localización panóptica entre dos océanos, para distinguir las formas de inversión que más convienen a Indoamérica:

Al ser el capital financiero más móvil aún que la inversión física, ocupa una posición privilegiada: puede eludir los países en que está sometido a impuestos o normas onerosos. Una vez que se ha conseguido una planta productiva es difícil trasladarla. Por cierto, las grandes compañías multinacionales disfrutaban de flexibilidad en la fijación de precios de transferencia y pueden ejercer presión en el momento que toman decisiones de inversión, pero su flexibilidad no es comparable con la libertad de elección de que disfrutaban los inversores de cartera internacionales. La variedad de oportunidades disponibles se ve reforzada también por el hecho de estar en el centro de la economía global en vez de en la periferia. Todos estos factores se unen para atraer capital al centro financiero y para asignarlo a través de los mercados financieros. Por eso el capital financiero desempeña un papel dominante en el mundo actual y por eso la influencia de los mercados financieros ha aumentado sin cesar en el seno del sistema capitalista global (p. 138).

Condicionado por el dominio del capitalismo financiero, instalado en el centro de la economía global, dedicado a colocar recursos donde haya mercados por explotar, todo el aparato político doméstico queda en pose para recibir «inversiones», «bálsamo» de todo retardo económico. Puesta toda la fe en las últimas, el Estado reduce sus obligaciones sociales a la «implementación de nuevos modelos sociales de desarrollo», repartiendo comida, medicinas y abrigo, para responder a las demandas de las grandes mayorías en estado de pobreza. Aunque en varios sectores de nuestra diversa composición social las condiciones actuales de existencia resultan mejores que las anteriores, el progreso de estos se ve limitado por las características de un sistema criogénico en Indoamérica, mientras suenan como lentejuelas mostradas por catequistas a aborígenes el discurso monocorde de la inversión manumisora.

Consolida estratos urbano-marginales —peculiarísima expresión de la marcha capitalista en el continente que probablemente no encuentre manifestación similar más allá de sus costas— mientras crea y destruye élites, enriquecidas y empobrecidas al vaivén del desbocamiento de las finanzas mundiales, la acumulación capitalista local encontró campo ubérrimo para su lenta carrera fagocitadora, aupando gobiernos de apertura servil y entreguista, soñadores de una prometida París o Nueva York sobre tierras que dominaron los aztecas, los mayas y los incas.

* * *

El capitalismo «es esencialmente, un fenómeno económico que se desplaza al plano político para afirmarse» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 89), al que debemos apuntar los caracteres histórico, geográfico, psicológico y cultural de cada una de las

zonas que conforman la Patria Grande⁴³. Todo esto revela la política, que es un camino que se hace al andar y puede definirse a partir de los rumbos que tomó el capitalismo en Indoamérica. Históricamente, la primera responsabilidad del manejo del Estado correspondió a las élites que aseguraron una cabecera de playa en representación y defensa de los mayores intereses económicos locales y extranjeros. Consolidada la penetración del capitalismo en Indoamérica aparecen nuevos sectores económicos con condiciones de trabajo más estables respecto al precedente estado agrario. No obstante, el arraigo del capitalismo importó sus propias contradicciones y la agudización de estas condujo a la volcánica irrupción de reclamos por parte de las masas de trabajadores que buscaban mejoras laborales y de salario. Desenvueltas secularmente a todo lo ancho de la *res publica*, estas evolucionaron hasta encuadrarse políticamente. Del enfrentamiento de los sectores que conforman el capitalismo, en defensa cada cual de su particular interés, se despliega nuestra historia política, impresionada por experiencias ajenas a la realidad continental e incapaz de concertar en un interés mayor.

La tozuda negativa de las dirigencias políticas domésticas a aceptar la distancia entre la realidad indoamericana y el pensamiento político importado de Europa o Norteamérica ha tenido tamaña repercusión sobre el curso de nuestra historia. Quienes debieron «hallar entre todas las asociaciones políticas la que debe proveer a los hombres mayor bienestar» (Aristóteles,

43 Acerca de cómo en Indoamérica se van configurando áreas o zonas determinadas por el curso histórico que siguen, por las condiciones geográficas y políticas que las envuelven, por el tipo de influencia o presión política y/o económica que soportan, por el grado económico alcanzado o por todas estas a la vez, conviene revisar las tempranas observaciones de Simón Bolívar en la «Carta de Jamaica. Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta Isla», fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815 (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 123).

2005, párr. 1)⁴⁴ no han estado dispuestos a buscar soluciones propias más allá de estribillos que repiten sin analizar a fondo. Y nuestros ideólogos, grandes y mediocres, en el reflujo de sus pensamientos —reflejo pasivo del contexto que intentan explicar—, se han resistido a reconocer su falibilidad o, más dramático aun, su desfase histórico.

Con la determinación de los hombres del presente se escribe para el futuro la historia. Por tanto, siempre será preferible hacer y organizar... porque «sólo organizando se hace, vale decir, se crea y construye perdurablemente» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 13)⁴⁵. Con ese afán surgió el APRA, intentando elevar el debate político hasta el plano polémico, donde se definió. La falta de comprensión política fruto de la insuficiente educación cívica —que se vuelve aquí neurálgica; merece un decidido pronunciamiento aparte—, sabotó la construcción de compromisos. Sin tradición de acuerdos, la discusión fue estéril y la dirección quedó en manos de quienes encontraron sobre la escena política una forma de exposición narcisista o un medio para asegurar sus intereses económicos. Alcanzando tonos estridentes, el infinito intercambio verborreico ausente de horizontes dio pie, en su máxima expresión doliente, al concurso sanguinario de curanderos y mercachifles inspirados en experiencias foráneas. La advertencia de que el triunfo «de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha», que Lenin señalaba a los soviets⁴⁶, aquí se tradujo *ad modum* en matanzas de comunidades indefensas, asesinatos selectivos; dolor clavado sobre el lomo más fuerte de nuestra terca historia aturdida.

44 La cita proviene del Libro Segundo de *La Política*: «Examen crítico de las teorías anteriores y de las principales constituciones».

45 Cita tomada de *El antiimperialismo y el APRA*.

46 Véase la carta de Lenin dirigida al Congreso de los Soviets que se reuniría en Petrogrado: «Consejos de un ausente», fechada el 8 de octubre de 1917.

Durante el siglo XIX, nuestras élites gobernantes, herederas del colonialismo peninsular, vivamente influenciadas por la Ilustración europea y el espíritu que despertó la Independencia de las trece colonias norteamericanas y la gran Revolución francesa, dividieron los arenales costeros, la escarpada montaña y la inexplorada selva de México, de Centroamérica, de Argentina, de Bolivia, de Brasil, de Colombia o del Perú en departamentos, como los de la Francia de la campiña, o en repúblicas federadas, como las de Norteamérica, y le colocaron a sus autoridades los mismos nombres de «prefecto» o «gobernador», adoptando el «patrón jurídico político» de países «cuya realidad era absolutamente distinta» (Haya de la Torre, 1984, vol. 1, p. 353). Por otro lado, en el siglo XX, las sucesivas transformaciones a las que han sido sometidas cada una de las repúblicas desunidas de Indoamérica prepararon al Estado para servir, primero, a las necesidades del capital excedente de los países de más avanzado desarrollo capitalista, los cuales arribaron tramontando montañas y cruzando mares; y, después, a los intereses del capital brotado localmente, el cual, desde su primera forma, localiza oportunidades que le permiten configurarse luego en una segunda o tercera fase capitalista. ¡Pero ofreciéndose sin pudor al sometimiento en plena vía pública! Desconociendo completamente las leyes económicas que regulan la inversión y la colocación de capitales financieros y creyendo ciegamente en «el fetiche del capital extranjero, mesiánico, redentor e infinitamente generoso» porque «si oponéis condiciones al capital extranjero, no vendrá nunca y entonces nuestro país quedará sumido en la barbarie y la degradación» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 185), el Estado y su burocracia, capturados por las oligarquías locales de turno, resultan instrumentos al servicio de los grandes intereses financieros, siempre atento a sus apremios, dispuesto a colocar la chata a sus necesidades mayores. «Así pues, los países compiten

por atraer y retener el capital, y preparar condiciones atractivas para el capital tiene prioridad sobre otros objetivos sociales» alerta Soros (1999, pp. 133-134), de quien podemos recoger también este testimonio esclarecedor:

En mis tiempos de gestión activa del dinero, solía excitarme especialmente cuando captaba el aroma de un proceso que inicialmente se reforzaba a sí mismo, pero finalmente se derrotaba a sí mismo. La boca comenzaba a hacérseme agua como si fuera un perro de Pavlov [...] no todas las situaciones se prestan a la formación de una tesis reflexiva, pero las contadas ocasiones en que tenía razón hacían que el esfuerzo mereciera la pena porque el potencial de beneficios era mucho mayor que en las situaciones cercanas al equilibrio. Así actuaba cuando era gestor de fondos. Se necesitaba imaginación, intuición y una actitud implacablemente crítica (p. 88).

Soros, fervoroso defensor de la sociedad abierta desde el corazón de las finanzas internacionales, advierte cómo «las generalizaciones que pueden hacerse sobre acontecimientos reflexivos no pueden usarse para predicciones y explicaciones determinadas» (1999, p. 63). Y define la reflexividad como una situación en que «la función cognitiva o pasiva» —cuando «los actores pensantes tratan de comprender la situación en que participan» o «intentan formarse una imagen que se corresponda con la realidad»— está presente al mismo tiempo que «la función participativa o activa» cuando estos mismos actores pensantes «intentan tener una repercusión, moldear la realidad de acuerdo con sus deseos» (1999, p. 38)⁴⁷. Alentada por sus promotores hasta

47 Véase el capítulo I, «Falibilidad y reflexividad», del libro *La crisis del capitalismo global* (1998) de Soros.

el fundamentalismo, la proclama sobre las fuerzas del mercado que actuando libremente en el marco de una sociedad abierta establecerá las condiciones generales del equilibrio económico⁴⁸, encuentra una cuña en las reflexiones críticas que formula el lúcido economista de origen húngaro sobre las condiciones objetivas que establece el presente histórico y financiero:

Basándome en mi propia experiencia, establecí una hipótesis bastante interesante acerca del mercado de valores: postulé que el mercado de valores interpreta una adaptación de la teoría del método científico de Popper siguiendo unas líneas muy parecidas a las mías, con la diferencia de que no sabe lo que está haciendo. En otras palabras, adopta una tesis y la pone a prueba; cuando fracasa, como suele suceder, prueba con otra. Eso es lo que produce las fluctuaciones del mercado. Sucede en diversos niveles de significación y las pautas producidas son recursivas, de modo muy parecido a los fractales de Mandelbrot (1999, p. 89).

De las bases apristas instaladas en Indoamérica surge una ofensiva que atiende las experiencias del mercado recogidas por sus principales protagonistas. Convenidos en las mismas condiciones objetivas actuales, las cuales corresponden a un ciclo anterior de expansión-depresión-expansión nuevamente estrenado, observamos cómo los fondos de capital gestionados desde Londres o Nueva York buscan en Latinoamérica, como en otros mercados del mundo, alta rentabilidad dentro

48 Soros es influido por las observaciones de Karl Popper sobre los peligros del totalitarismo y su propuesta liberal (nadie tiene acceso a la verdad definitiva). Sin embargo, disiente con él al afirmar que el riesgo de las sociedades cerradas basadas en las ideologías totalitarias es el mismo que presentan las sociedades donde hay falta de cohesión social y ausencia de gobierno.

de ciertos márgenes de seguridad, en la mayoría de los casos gestionada por los mismos fondos. La especulación que acompaña esta búsqueda termina por afectar el curso de los hipotéticos acontecimientos previstos a partir de las condiciones iniciales objetivas, lo cual genera tendencias de validación tautológica y autoconvencimiento dentro de una nueva secuencia cíclica acotada para un período, el tipo de equilibrio que se presenta elegante como propuesta para explicar el acontecer histórico reciente.

Los auspiciadores de la reforma del aparato estatal hacia un Estado promotor de la inversión privada, los del «tipo *standar* [sic] de los razonamientos [...] voceadores de su misión providencial», los de «la cantiga vacua y mil veces repetida [...] prosternados, convencidos y, no lo olvidemos, bien pagados» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 185), insisten en los peligros de que el capital migre hacia donde obtenga mayor incondicionalidad. «En nuestra América hay lucha de competencia entre los gobiernos para brindar esa incondicionalidad. Competencia de demanda incondicional digámoslo en términos más precisos» (p. 186). Por esta condición y por la tendencia especulativa resulta en la proclama aprista tarea impostergable la unidad de las repúblicas indoamericanas para hacer frente al capital succionador, que se desplaza velozmente entre nuestros países de tal forma que «no resultan así fuerzas de progreso, resortes de liberación, sino cadenas de esclavitud. Detrás de cada capital está un contrato, una concesión, cuando no un tratado diplomático. Las cláusulas de esos convenios están inspiradas en tácita premisa de incondicionalidad» (p. 187). Incondicionalidad unilateral por parte de nuestros países, donde radica la naturaleza corrupta de nuestro anacrónico sistema político: la verticalidad y el centralismo en la toma de decisiones, herencia del viejo modelo

ilustrado con profundas raíces medioevales, convertido en el laberinto de nuestro actual modelo capitalista.

El desigual desarrollo de las empresas, de las distintas ramas de la industria, el desigual desarrollo entre la agricultura y la industria, la convivencia de distintas economías dentro de diversos mercados; todo esto tipifica la evolución del capitalismo en Indoamérica. Desde su introducción en la forma imperialista hasta la libre competencia por un mercado virgen, la explotación de materias primas, la producción de mercancías y su comercialización ulterior establecen el carácter de su primer avance. Consolidada su acumulación de capital, va por la conquista de nuevos mercados dónde colocar sus excedentes financieros y alcanzar así su fase superior. El mayor desarrollo del capital financiero, comparado con otros capitales pequeños, marginales, informales, rurales que no le satisfacen, le otorga esta ventaja táctica de tipo especulativo, y crea zonas de influencia que incorpora al circuito capitalista donde las condiciones resulten propicias para la rápida circulación de capital. Esta dinámica establece diferencias entre los sectores de las economías locales por el volumen de sus finanzas, las cuales dividen al empresariado en niveles grande, mediano y pequeño.

Como al capitalismo más avanzado le corresponde el negocio de la especulación financiera en la colocación de capitales en mercados rendidores, los sectores más grandes los encontraremos en la banca local, la minería transnacional que cotiza en bolsa y los grandes exportadores a los mercados más desarrollados del planeta. Entendidos en alianzas o asociaciones del tipo estratégico o comercial con capitales norteamericanos, europeos o asiáticos, constituyen el segmento privilegiado con acceso directo al poder político para intervenir en las decisiones de gobierno, doblegarlo según sus intereses o colocar representantes

en circunstancias de emergencia. Dado que el interés excluyente del típico Estado latinoamericano, centralista y laberíntico, es la inversión, y el negocio del capitalismo financiero está en el rendimiento de la inversión, el trato entre ambos sectores —financistas y Estado— se realiza al más alto nivel.

Mientras que los sectores representados por los capitales medianos y pequeños, cuya actividad, la manufacturera o comercial, se encuentra poco o nada diversificada y dependiente del consumo interno, son puestos en agenda y deben hacer antesala para merecer atención. Sectores de peso relativo por su carácter local son proveedores de bienes y servicios para empresas mayores o netos importadores. Su acumulación depende de la capacidad del mercado interno para absorber la oferta. Constantemente se ven amenazados por la bancarrota a la que conduce el comercio desigual y el ingreso de tecnologías más baratas y, sin respuesta inmediata a los desafíos que esta plantea, ven detenido su avance máxime cuando no es prioridad del gobierno supervisar los precios, las tarifas, la fuga de capitales o el estímulo al consumo que, al detenerse, suspende la demanda.

En otras latitudes, con diferente intensidad, es posible observar casos similares al nuestro. Por ejemplo, el que describe Thomas Ferguson para los comicios electorales de los Estados Unidos de Norteamérica. Autor de un sensacional libro, *Golden Rule* (1995), y profesor de ciencia política de la Universidad de Massachusetts (Boston), Ferguson formula primero la «Teoría de la inversión sobre la competencia entre partidos» y después realiza los «Estudios sobre la lógica de la conducción monetaria de los sistemas políticos». A partir del análisis secuencial de los comicios electorales en los Estados Unidos hasta 1992, Ferguson demuestra cómo siguiendo la ruta del dinero desde los aportantes más generosos de las campañas electorales hasta

los candidatos a una elección, es posible entender el numen de las decisiones gubernamentales una vez que republicanos o demócratas toman el control del aparato estatal. Las comprobaciones de Ferguson indican que cuanto más grande es la corporación capitalista, más urgencia tiene esta de invertir mayor cantidad de dinero en su candidato para las elecciones en los Estados Unidos de Norteamérica⁴⁹.

Volviendo a Indoamérica diremos que, subordinada al interés de las oligarquías locales, nuestra política queda entonces reducida a una sucesión desenfadada de bajas pasiones en conflicto, incitada por una literatura económica importada contra la que luchó y lucha el APRA. Al ser imposible importar las condiciones sociales que las ampararon, las estrategias foráneas pierden significado práctico, quedando de ellas apenas su carácter literario, dispuesto a engendrar teorías ociosas sobre nuestra realización continental, demanda de alguna razón práctica extraviada o ingenua manifestación de buena voluntad. Sus promotores, asimilando «como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción» (Marx y Engels, s/f, p. 59)⁵⁰, trucaban teorías para equipararlas, dentro del contencioso proceso latinoamericano, con el incontenible avance del conocimiento, lo cual resultaba en discursos desconectados de la realidad que pretendían reflejar.

Y así se fue consolidando nuestro propio proceso capitalista en lontananza de aquella primera etapa imperialista... entre el

49 Ver: Ferguson (1995); Durand (1996); y Durand y Campodónico (2010).

50 Cita extraída del capítulo III del *Manifiesto del Partido Comunista* (s/f), «Literatura socialista y comunista». En la introducción a su esclarecedora obra *La sociedad postcapitalista* (1994), Drucker advierte: «Este libro se concentra más en los países desarrollados —en Europa, los Estados Unidos y el Canadá, el Japón y los países recién desarrollados del continente asiático— que en los países en vías de desarrollo del Tercer Mundo» (p. 15).

lento desplazamiento de la vieja oligarquía latifundista por los noveles capitanes de la industria y las finanzas, y el cuartelazo proditor atento al llamamiento a filas; mientras germinaban los primeros movimientos de agitación social abonados por la naturaleza económica de la opresión que los sojuzgaba. Capturado el Estado por el invicto rival de entonces, imponía su razón suprema o pretextaba el interés patrio para justificar la explotación de millones en condiciones las más de las veces infrahumanas. Apenas conducidos instintivamente, sin dirección ni ciencia, por los movimientos obreros y campesinos que maduraban de enfrentar al opresor visible de entonces a percibir el auténtico carácter sistémico del capitalismo. Estas confrontaciones irresueltas son las que han zarandeado el devenir indoamericano que se vuelve histórico «cuando alcanza la conciencia de sí mismo», de su espacio y de su tiempo; vale decir, cuando retoma a su estado previo de conciencia, esclarece su percepción sobre el sistema que lo afecta, se contacta con la historia de otros pueblos y decide su propio camino. El rechazo o la indiferencia con que recibió Indoamérica el comunismo europeo o asiático durante el siglo pasado y la protesta pública contra los abusos del capitalismo que persisten, tienen explicación en este «estado de conciencia» de su población, el cual, proyectado, ensayará luces sobre lo que depara el futuro para el «socialismo del siglo XXI» y también, cómo no, para la tesis en defensa del libre mercado absoluto. Dado que entre nosotros jamás hubo «clase» o «clases» definidas en el sentido que estableció el marxismo europeo, imponiendo su ritmo sobre el conjunto de la sociedad, es la nuestra todavía una sociedad en formación, cuya expresión bullente está en la informalidad de su economía, la confrontación irresoluta de diferentes grados de evolución económica y su crecimiento sin forma, dirección, ni soluciones de continuidad.

Junto al empuje del capitalismo en Latinoamérica, como ha sido comprobado, de lo que conocemos entre nosotros como clases medias también aparecieron «las primeras admoniciones contra el imperialismo [...] Bajo formas sentimentales y puramente líricas» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 103) para fraguar la conducción intelectual y política de movimientos inspirados en Europa o Asia. Tomando el marxismo como dogma, seducidos por alguna gesta importada y ajustando su teoría y táctica a las condiciones políticas en cada país —unas preexistentes, otras forzadas por un liderazgo resuelto o un buró político homogéneo—, «la revolución» —proletaria, socialista, nacionalista, obrera, comunista— cuando llegó al poder por la fuerza de las armas, por el cuartelazo revolucionario o en el legítimo ejercicio del derecho democrático, se resolvió en la expropiación de activos manufactureros y agrícolas —en muchos casos bien justipreciados por «la revolución», hay que apuntarlo—, concentrando la producción y los servicios en una superestructura estatal, modelo del capitalismo de Estado que debió conducir al pueblo hasta la liberación económica cuando fuera proclamado el triunfo del socialismo vía decreto en solemne ceremonia. Mal estructurada y peor administrada, «la revolución» se diluyó en sus contradicciones sin conclusión y su ausencia de realismo hasta colapsar, sinonimia de corrupción, carencia desmoralizadora, caos financiero desorientador. En más o menos tiempo, dependiendo de la fortaleza lítica de la oligarquía que la resistió o de la presión que los Estados Unidos ejerció —cuando no de ambas—, «la revolución» concluyó dejando huellas de dispareja profundidad tras su paso antihistórico, impracticable en las condiciones que atravesaba Indoamérica, dando pie a una reapertura económica sin reparos para ofrecer los tesoros bajo el fustán, abiertamente entregada a la lujuria del mercado y por

tanto soportando condiciones no por más refinadas menos brutales en sus exigencias financieras y políticas.

Conviene precisar que los movimientos de inspiración comunista o socialista en Indoamérica han adoptado diferentes tácticas para llegar al poder. La Revolución cubana se impuso mediante el triunfo militar de Fidel Castro en 1959. El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en el Perú, encabezado por el general Juan Velasco Alvarado, hizo lo propio tras un golpe de Estado institucional contra el mando legítimo de entonces, en 1963. En Chile fue la elección democrática de Salvador Allende al frente de la Unidad Popular —alianza electoral que reunió a socialistas y comunistas— la que proclamando «la vía chilena al socialismo» se impuso en los comicios de 1970.

Empero, todas coincidían en la estatización de usinas y tierras, olvidando la advertencia que el propio Lenin (1918) hizo al respecto:

Se puede ser decidido o indeciso en el problema de la nacionalización, de la confiscación. Pero la clave está en que la mayor ‘decisión’ del mundo es insuficiente para pasar de la nacionalización y la confiscación a la socialización. La desgracia de nuestros ‘izquierdistas’ consiste, precisamente, en que con ese ingenuo e infantil juego de palabras, ‘la socialización más decidida’, revelan su más plena incomprensión de la clave del problema, de la clave del momento ‘actual’. La desventura de los ‘izquierdistas’ está en que no han observado la propia esencia del ‘momento actual’, del paso de las confiscaciones (durante cuya realización la cualidad principal del político es la decisión) a la socialización (para cuya realización se requiere del revolucionario otra cualidad) (párr. 32).

Acerca del asunto de la presión estadounidense sobre los gobiernos indoamericanos para desestabilizarlos de acuerdo con los intereses de la Casa Blanca, acaso conviene considerar el caso del gobierno instalado con el triunfo de la Revolución cubana. Tras derrocar al dictador Fulgencio Batista en 1956, en medio de las simpatías de amplios sectores del continente, el comandante guerrillero Fidel Castro declaró al poco tiempo su entrega al bloque comunista capitaneado por Moscú, a tan solo cien kilómetros de los cayos de Florida sometida a sabotajes y vanos intentos de invasión durante los primeros años de instaurado el régimen amparado por el Kremlin. Las negociaciones entre John Fitzgerald Kennedy y Nikita Serguéyevich Jrushchov, líderes de los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, respectivamente, durante la crisis de octubre de 1962 por el establecimiento de bases soviéticas en territorio cubano, apuntando misiles hacia territorio de los Estados Unidos, concluyeron con el retiro de los misiles y la suspensión de todo tipo de beligerancia «oficial» por parte de Washington contra el régimen cubano. Disuelta la antigua Unión Soviética y a la expectativa del desplome de la dinastía de los Castro, la aparición de un nuevo actor en escena dio largas al naufragio del régimen: Hugo Rafael Chávez Frías, presidente de la República Bolivariana de Venezuela, declarado admirador de la Revolución cubana. De sueño harpado, Chávez Frías, vendiendo petróleo subsidiado a Cuba —canjeando comida por petróleo— prolongó lo que, a la disolución soviética y la indiferente espera del gobierno norteamericano —como lo demuestra el levantamiento del bloqueo económico sobre la isla—, resultaba inminente: la caída del régimen encabezado por los hermanos Castro. Los recientes fallecimientos de Chávez, víctima de un cáncer al colon, y de Castro Ruz, así como la avanzada edad del hermano de este,

Raúl Modesto, nacido en 1931 y ahora encaramado en el poder, abre nuevas interrogantes sobre el retorno al libre cambio de la isla que vio nacer al poeta de *Versos sencillos*...

Contra toda esta seducción importada surgió el APRA, inspirada en la proclama universitaria de Córdoba, aleccionada por el conmovedor grito revolucionario de México, originaria de los campos agroindustriales de la costa norte del Perú donde el capital inmigrado protagonizaba su autónomo papel ambivalente trayendo progreso y mejora para las condiciones de vida de la población, pero también sometimiento e incondicionalidad. Reclamando soluciones realistas y concretas, toma el aprismo los mismos instrumentos que explican la evolución histórica en Europa para caracterizar la palmaria transformación indoamericana y construir un modelo auténtico que la redescubra. En noventa años de aprismo prevalece la cimentación ideológica vaciada de conciencia en «su» espacio y en «su» tiempo, sobre los históricos errores cometidos durante la conducción política que obliga a rectificar sobre su propia experiencia política, sin necesidad de recurrir a los dictados de Washington. Ante la renovada escena contemporánea, el aprismo identifica el tránsito del imperialismo al poscapitalismo, las contramarchas forzadas en este camino y el empuje del capitalismo liberal tras el descalabro del capitalismo de Estado mal aprendido del marxismo-leninismo, si es que se estudió a Marx y a Lenin. Propulsión animada por los relucientes bríos de las clases medias a las que se suma el protagónico rol que los emergentes sectores urbano-marginales, también impelidos por el avance del capitalismo, cumplen como nuevo motor de acumulación económica, desde la segunda mitad del siglo pasado en Indoamérica. Sectores que comprometen su función en la circulación y el consumo corriente.

Lenin (1918) aceptaba el modelo de capitalismo de Estado, de forma que superconcentra la producción y toda la economía bajo control del Estado. Si bien considera este mecanismo como un hecho transitorio:

[...] el capitalismo de Estado sería un paso adelante en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible (párr. 37).

Tres años después, en su artículo «Sobre el impuesto en especie», publicado en mayo de 1921, se corrige escribiendo: «En los citados razonamientos de 1918 hay varios errores en cuanto a los plazos; han resultado ser más largos de lo que se suponía entonces. No tiene nada de extraño...» (Lenin, 1973, t. 12, p. 33), para luego analizar precisamente «esta *transición* del capitalismo al socialismo» porque «[...] el capitalismo de Estado es incomparablemente superior, *desde el punto de vista económico*, a nuestra economía actual» (p. 30) [énfasis del autor] y agrega que «[...] el socialismo en efecto no es más que la etapa que sigue al monopolio capitalista de Estado» y «el monopolio capitalista estatal representa la más perfecta preparación material del socialismo; es el último peldaño de la escalera que conduce al socialismo» (p. 31).

Casi dos años después, en un discurso pronunciado ante la Internacional Comunista, en noviembre de 1922, «Cinco años de la Revolución rusa y perspectivas de la Revolución mundial», dijo Lenin (1922), a propósito de la crisis política en la Unión Soviética:

Esta crisis interna puso al desnudo el descontento no solo de una parte considerable de los campesinos, sino también de los obreros. Fue la primera vez, y confío en que será la última en la historia de la Rusia Soviética, que grandes masas de campesinos estaban contra nosotros, no de modo consiente, sino instintivo, por su estado de ánimo. ¿A qué se debía esta situación tan original y, claro es, tan desagradable a nosotros? La causa consistía en que habíamos avanzado demasiado en nuestra ofensiva económica, en que no nos habíamos asegurado una base suficiente, en que las masas sentían lo que nosotros aún no supimos entonces formular de manera consciente, pero que muy pronto, unas semanas después, reconocimos: que el paso directo a formas puramente socialistas, a la distribución puramente socialista, era superior a las fuerzas que teníamos y que si no estábamos en condiciones de replegarnos, para limitarnos a tareas más fáciles, nos amenazaría la bancarrota (párr. 10).

Más adelante, con dramático realismo aceptaría que

La salvación de Rusia no está solo en una buena cosecha en el campo —esto no basta—; tampoco está solo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo —esto tampoco basta—; necesitamos, además, una industria *pesada*. Pero, para ponerla en buenas condiciones, se precisarán varios años de trabajo (párr. 17).

A la muerte del gran pensador bolchevique, el camarada Stalin, dueño absoluto del poder en la Unión Soviética, rectificó las teorías leninistas e hizo permanente lo que su predecesor teorizaba como una transición, al instalar el comunismo vía decreto. Cuando esta despiadada concentración económica y política

montada por el Estado soviético quebró —con el subsecuente desmoronamiento del pacto político que el Kremlin digitaba— y China viró ideológicamente del maoísmo hacia una férrea dictadura capitalista censora de la economía y de la vida social y política del país, apareció la tesis culminante del profesor Francis Fukuyama sobre «el fin de la historia», la cual anunciaba «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano [...] porque el liberalismo ha triunfado fundamentalmente en la esfera de las ideas y de la conciencia, y su victoria es incompleta en el mundo real o material» (Fukuyama, 1990, pp. 6-7)⁵¹.

Todo parecía confirmar la tesis sobre una última fase de la Historia. En China, tras la desaparición de Lín Biào, en un extraño accidente de aviación sobre las montañas de Mongolia en setiembre de 1971, y las muertes por causas naturales de Zhōu Ēnlái, en enero de 1976, y de Mao Zedong, ocho meses después, se decidió, tras una cruenta lucha por el poder, poner a cargo a Dèng Xiǎopíng, purgado durante la Revolución Cultural y obligado a trabajar durante cinco años como camarero en un cuartel militar, rehabilitado durante el X Congreso del Partido Comunista de China (PCCh), en 1973. Erigido líder indiscutible de la China continental en diciembre de 1978 durante la Tercera Sesión Plenaria del XI Congreso del PCCh, a pesar de no ocupar los puestos más encumbrados en la es-

51 Cita extraída de «¿El fin de la historia?» (1990), de Francis Fukuyama. Texto publicado originalmente en inglés, en *The National Interest* (1988). Este artículo fue reproducido después en diferentes idiomas. En 1992 apareció del mismo autor la primera edición norteamericana de *El fin de la historia y el último hombre*, editada por Free Press, e inmediatamente la primera edición en español, editada por Planeta, donde ahonda sobre la tesis que planteó en su discutido ensayo de 1988 acerca del «punto final de la evolución ideológica de la humanidad».

estructura política del Estado —situación frecuente en la historia china, poco comprendida por la sinología occidental—, el discurso pronunciado ahí sobre el «socialismo con características chinas» marcó el nuevo rumbo de la economía los siguientes treinta y cinco años. Recibiendo inversión en manufactura y desarrollando sus propias empresas propiedad del gobierno central chino o de sus gobiernos locales, el gigante asiático ha devenido en un exportador de capital en demanda de materias primas principalmente de Indoamérica, cuyo poder económico trasladado al plano político se dejó sentir en la reciente fusión de las mineras suizas Xstrata y Glencore, condicionada por el Ministerio de Comercio de China, a la puesta en venta del proyecto minero de cinco mil doscientos millones de dólares de Las Bambas, ubicado en la sierra sur del Perú, cuando ya esta operación había sido aprobada por los organismos reguladores de la competencia en Europa y Sudáfrica. Abundantemente discutida por su metodología en foros académicos y políticos, la tasa promedio de expansión económica oficial china de entre 1979 y 2009, de 9,8%, constituye un acontecimiento alucinante, sin precedente alguno por su alto índice, que aparentemente ratifica el discurso monocorde sobre el libre mercado⁵².

Por estos meridianos, a los repetidores de los dictados de Moscú o de Pekín les sobrevivió el desconcierto. Y a la reclutada criolla de las nuevas escuelas liberales de Austria y de Chicago le tocó un zafarrancho de combate. Poco importaría reseñar que el trabajo principal de Fukuyama (1990) consiste en una reinterpretación particular de los estudios sobre la Historia que Hegel realizó desde su cátedra germana para concluir en la «impertérrita victoria del liberalismo económico y político» (p. 6).

52 Ver: World Bank (2013) y Kuwayama y Rosales (2012).

Tomando como muestra para su análisis cualquier colectividad del planeta, separó la categoría de «conciencia» —y su prevalencia— de los hechos materiales sobre los cuales se encuentran. Al confundir los valores de la democracia universal con los principios económicos del liberalismo, sostuvo el agotamiento de alternativas viables al liberalismo que ha regido la marcha del capitalismo en los Estados Unidos; modelo a seguir por todos los demás países del mundo, decía Fukuyama. Este intelectual observa como una «aparente inevitabilidad» que al curso del liberalismo económico le sobrevenga el liberalismo político, para lo cual pone como ejemplo «el éxito económico de los otros países asiáticos en reciente proceso de industrialización que han imitado de Japón» (p. 18). Funcionario del gobierno de George Bush, Francis Fukuyama trastoca la categoría de la «conciencia» por la de «cultura» y define a esta última como la matriz de la conducta económica, aseveración que contradice los resultados del estudio del cambio en los valores de uso que de una sociedad ocurre a otra.

Menos relevante sería observar que, diez años después de publicado su famoso ensayo, Fukuyama, conmovedoramente honesto, reconoció que el argumento utilizado para demostrar que la historia culmina en un Estado liberal tenía un defecto fundamental: «la historia no puede terminar, puesto que las ciencias de la naturaleza actuales no tienen fin, y estamos a punto de alcanzar nuevos logros científicos que, en esencia abolirán la humanidad como tal» (1999, párr. 2). La evolución de Fukuyama es admirable por su sinceridad. En un trabajo más reciente precisaba que «“El fin de la historia”, en otras palabras, presentó un tipo de argumentación marxista sobre la existencia de un proceso a largo plazo de evolución social, pero que termina en la democracia liberal en lugar del comunismo» para años

después aceptar que «el neoconservadurismo, como símbolo político y como un cuerpo de pensamiento, se ha convertido en algo que ya no puedo seguir apoyando» (2006, párrs. 18 y 34) [traducción libre].

Indiscriminados importadores de recetas ortodoxas mal copiadas y peor aprendidas sobre el fundamentalismo de mercado, nuestra muchachada liberal se encontraría por fin a campo traviesa para su azotadora siembra.

* * *

La historia está llena de paradojas. Por ejemplo, que el poscapitalismo, un sistema dialécticamente construido para superar al anterior, pueda ser desplazado por su antecesor tras un breve período de dominio con la excusa del declive de la expansión económica, que por un cuarto de siglo prosiguió a la culminación de la Segunda Guerra Mundial, cuando ya acusaba signos de agotamiento en sus contradicciones internas.

El capitalismo aparece en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII y se desarrolla a lo largo de la siguiente centuria. Guiado por las ideas liberales de Adam Smith, David Ricardo y Stuart Mill sobre las teorías del valor, la división del trabajo, la libre competencia, la libertad de elección y la mano invisible correctora de cualquier contradicción generada por el mercado, echó bases en el patrón oro para organizar un sistema que atendiera el incesante tráfico de mercancías que prosperaba alrededor del planeta. Estabilizando los tipos de cambio con una bajísima inflación, su continuo desarrollo en sucesivas etapas lo llevó hasta la superior fase imperialista, exportadora de capitales financieros hacia zonas, como Indoamérica. La Primera Guerra Mundial y la ulterior crisis financiera alentada por la irrespon-

sable emisión de dólares a partir de la creación del Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos y los acuerdos adoptados por las potencias hegemónicas en la Conferencia de Génova⁵³, marcan el fin de la edad de oro del capitalismo.

El crack de la bolsa neoyorquina de 1929 devasta la arrogancia de un sistema exhibido como inagotable por sus defensores, de tal forma que en adelante, sea cual fuera la tendencia del gobierno de turno, este deberá adoptar todas las medidas necesarias para corregir el desbocamiento de las finanzas públicas, interviniendo el mercado. En Europa, el nuevo papel del Estado sobre la economía arrojará las bases del «estado de bienestar» que deberá atender directamente los servicios que dentro del orden liberal extinguido del sistema capitalista imperante quedaban expuestos, necesarios para la defensa del sistema. Es dentro de este estado de bienestar que, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, las economías del occidente europeo retoman velozmente los niveles de crecimiento anteriores a la crisis, insólitos por su volumen, combinado con bajas tasas de inflación y el aumento en la demanda, dado por los nuevos sectores económicos y geográficos incorporados al sistema, cada vez más relevantes sobre las decisiones del mercado.

Los defensores del antiguo régimen liberal, inadvertidos de las nuevas relaciones que los portentos científicos y el adelanto tecnológico imponían sobre los medios de producción y cambio, tramaban para después de la guerra el restablecimiento de

53 El Sistema de la Reserva Federal fue creado en diciembre de 1913 por el Congreso Norteamericano para coordinar la oferta monetaria estadounidense. Posteriormente, la Convención de Génova convocada por la Sociedad de Naciones en 1922 intentó reconstruir el sistema financiero internacional tras la culminación de la Primera Guerra Mundial sobre la exclusiva convertibilidad de dólares en lingotes de oro. El precario andamiaje así levantado terminó desmoronándose con la crisis de 1929.

las condiciones que tornaran al sistema capitalista de vuelta a su edad dorada.

Durante los primeros días de abril de 1947, en el Hotel Du Parc ubicado en la villa suiza de Mont Pelerin, se reunieron un grupo de intelectuales a iniciativa del economista austriaco Friedrich August von Hayek, autor del libro *El camino de la libertad*, publicado en 1944. La mayoría de los asistentes eran economistas europeos refugiados en los Estados Unidos y Gran Bretaña por el estallido de la guerra. También hubo una importante representación norteamericana. Preocupados «por el crecimiento de una visión de la historia que niega todas las normas morales absolutas y por el crecimiento de las teorías que cuestionan la conveniencia del Estado de Derecho» sostenían «que esto se ha visto favorecido por una disminución de la creencia en la propiedad privada y el mercado competitivo». Anticomunistas intransigentes, estos enemigos declarados del *New Deal* consideraban, entre otros puntos, «redefinir las funciones del Estado para poder distinguir más claramente entre un orden totalitario y uno liberal», «definir métodos para restablecer el imperio de la ley» para no violar la libertad de otros y «la posibilidad de establecer reglas mínimas a través de medios no hostiles a la iniciativa y al funcionamiento del mercado» (The Mont Pelerin Society, 1947, párrs. 3, 6, 7 y 8) [traducción libre]. Uno de los más importantes inspiradores de este nuevo movimiento liberal fue Karl Raimund Popper, filósofo austriaco, nacionalizado luego inglés. En su voluminosa obra *La sociedad abierta y sus enemigos* (2006) arremete, un poco tarde, contra los principios de Heráclito, Platón y Aristóteles, responsabilizando tanto a Hegel como a Marx por los dos grandes conflictos bélicos del siglo XX⁵⁴.

54 Sobre estos principios se construyó lo que años después conoceríamos en Indoamérica como neoliberalismo. Ver: The Mont Pelerin Society (1947).

De esta forma se declara a Platón, Hegel y Marx como culpables por las libertades conculcadas dentro de los regímenes totalitarios europeos y la condición de servidumbre que estos establecían para sus ciudadanos. Alertada la sociedad sobre el peligro que significaría para la libertad individual cualquier labor de control por parte del Estado sobre el mercado, este debería regularse solo. Pese a que estas propuestas se diferencian del liberalismo clásico del siglo XIX que había caído en descrédito ante la opinión pública europea de entreguerras, quedarían relegadas en un continente abatido por los estragos del conflicto, en reconstrucción y crecimiento.

Sería recién sobre la recta final del siglo pasado, luego de que este ciclo expansivo habría de llegar a su fin, concluida la reconstrucción europea y colmadas las necesidades de su mercado interno, que el nuevo liberalismo hallaría las condiciones objetivas para su implementación⁵⁵.

Al igual que muchas otras escuelas económicas, la nueva escuela liberal encontró inspiración en los trabajos de Adam Smith acerca de la teoría sobre el valor del trabajo y la libertad del mercado como mecanismo para la asignación de recursos en la sociedad. Esta corriente liberal de posguerra definió una nueva teoría del valor, donde el valor económico de un bien depende de su escasez relativa, mientras que en la ausencia de coacción sobre la voluntad del individuo quedaría reconocido el concepto de la libertad negativa.

En Indoamérica, a partir de las políticas impuestas hacia finales de la década del ochenta, dio a llamarse en la región a esta nueva tendencia «neoliberalismo», contraria a la política

55 Como fecha culminante de este período de expansión económica podemos considerar el 15 de agosto de 1971, cuando el tristemente célebre Richard Nixon prohibió unilateralmente la convertibilidad del dólar en oro.

colectivista, expropiatoria de activos, de las décadas pasadas; nueva en relación a la política liberal anterior. Término un tanto desconocido en los Estados Unidos, donde el modelo económico no ha advertido mayor participación del Estado en la administración de los servicios públicos; pero que tiene alguna utilidad en Europa. Aunque el origen del vocablo se pierde en el período de entreguerras, queda claro que su primer empleo se produjo entre los propios defensores de la ideología liberal. Así, von Mises se refería a un «viejo liberalismo» y un «nuevo liberalismo» con diferentes sentidos durante la década del veinte. Dado el descrédito en que había caído el viejo liberalismo como acaba de ser anotado, habría sido incluso una estrategia de mercado enfatizar el nuevo liberalismo⁵⁶.

Sumido entonces el mundo capitalista en una prolongada recesión que combinaba por vez primera en el andar del viejo sistema bajas tasas de crecimiento con altos índices de inflación, las condiciones para la adopción de un nuevo tratamiento económico fueron más que propicias.

Fijando como meta suprema de todo gobierno la estabilidad monetaria, el equilibrio presupuestal, la contención del gasto público y la reducción de impuestos sobre los diferenciales más altos y las rentas, en reacción vehemente contra el estado de bienestar y los regímenes totalitarios de Europa, el mercado debidamente estimulado restituiría los niveles de utilidad de las empresas y volvería a las anteriores tasas de crecimiento. América Latina sería el lugar donde se pondrían a prueba estas tesis.

Cronológicamente, Chile fue el primer país donde el nuevo liberalismo implementó su política económica. ¡Chile fue el

56 Ver: Mises (1927; 1932).

primer país del mundo donde se aplicó el llamado a ser inflexible recetario neoliberal! Inspirados en Friedman antes que en von Hayek, la incondicional apertura mercantil, la abolición de controles financieros, la reducción impositiva, la privatización de los bienes y servicios públicos, y la represión del poderoso movimiento sindical, fueron los ensayos de laboratorio perfeccionados en Chile por los economistas entrenados en la escuela de Chicago para ser aplicados después en Inglaterra, los Estados Unidos y el resto de Europa Occidental.

Fue con motivo de las elecciones presidenciales chilenas de 1970 que se formó la coalición electoral «Unidad Popular» (UP), la cual reunía al Partido Socialista, el Partido Comunista y el Partido Radical, entre otras agrupaciones, políticas y sindicales. Ungida la candidatura del cirujano Salvador Allende —miembro del Partido Socialista— por la UP, proclamando el tránsito democrático por «la vía chilena al socialismo» o «la revolución con sabor a vino tinto y empanadas», este ganó la elección sin alcanzar la mayoría necesaria para ser proclamado presidente. Le correspondió al Congreso Chileno balotar a Allende entre los dos candidatos con la más alta votación. Dura, aunque sin violencia, la campaña electoral fue en buena parte financiada por fondos de la CIA, desviados a través de la International Telephone & Telegraph (ITT), para financiar la candidatura de Jorge Alessandri, apoyado por el Partido Nacional y la Democracia Radical, y de la KGB, llevados directamente hasta Chile para financiar la de Allende. Cuando la designación del candidato de la «Unidad Popular» por el Congreso se hizo inminente, Estados Unidos intentó crear un clima de inestabilidad que imposibilitara la toma del mando. La acción más audaz consistió en el intento de secuestro del comandante general del Ejército de Chile, René Schneider, quien al defenderse con su

arma de reglamento fue herido y trasladado al Hospital Militar de Santiago donde falleció dos días después del atentado, al día siguiente de que el Congreso proclamara a Salvador Allende Gossens presidente de Chile.

Empecinado el gobierno chileno «de izquierda» en expropiaciones y controles de precios, la crisis económica caló. Los enfrentamientos entre partidarios y opositores al régimen, alentados por los Estados Unidos, arreciaron. La circunstancia política que democráticamente llevó al poder a un régimen «de izquierda» en Santiago de Chile —dentro de un marco más complejo que explica el desenvolvimiento del capitalismo en Indoamérica, sumariado *ex ante*— permitió luego la implantación de una brutal dictadura militar anticomunista. Si la democracia conspiraba contra la libertad del mercado, si la voluntad de la mayoría conculcaba los derechos naturales sobre la propiedad, sobre la creación, sobre el mercado, entonces la libertad y la democracia resultan incompatibles y por tanto no habría inconsistencia intelectual, ni falta al compromiso para suspender cualquier talante democrático que se anteponga a la libertad económica.

De tal manera que, al ocurrir el golpe militar el 11 de septiembre de 1973, encabezado por Augusto Pinochet, la Armada chilena asumió la responsabilidad por el manejo de la pauperizada economía chilena, tomando como propio un voluminoso documento elaborado para la candidatura de Alessandri, conocido como «El Ladrillo».

En 1956, representantes de esta universidad norteamericana y de la Pontificia Universidad Católica de Chile habían suscrito un convenio que permitió la pasantía de alumnos de la institución chilena por la Escuela de Economía de la estadounidense, de tal forma que un importante número de graduados de «La Católica» continuaron sus estudios en Chicago. Años más

tarde un grupo de estos educandos, instruidos bajo la dirección de los profesores Milton Friedman y Arnold Harberger, sería parte del equipo que, acompañando a Alessandri, elaboraría «El Ladrillo»⁵⁷.

Al no poder encauzar la desbordada inflación ni controlar el déficit presupuestal heredado, el almirante Jorge Toribio Merino, miembro de la junta militar en representación de la Armada propuso a los autores de «El Ladrillo» ante Pinochet para que asuman la conducción económica del país y para que este acepte las reformas inspiradas en Chicago. Un mes después, Milton Friedman le dirige a Augusto Pinochet una carta reiterándole la necesidad de aplicar drásticas medidas económicas. Meses más tarde, Sergio de Castro fue nombrado en el Ministerio de Economía, Jorge Cauas en el de Hacienda, Pablo Barahona en el Banco Central y con ellos una veintena de profesionales más, todos repatriados de Chicago, colocados en diferentes puestos clave de la dirección económica de Chile. A este grupo se le conoció como los «Chicago Boys».

Expuesta a los vaivenes de la economía mundial, los efectos de la crisis económica ocurrida en 1982 con una nueva alza del precio del petróleo elevaron las tasas de interés en Chile y llevaron a la insolvencia a varias empresas, entre ellas importantes bancos intervenidos por el gobierno chileno, que intentaba solucionar la crisis. Para revertir la situación Pinochet nombró al ingeniero civil Hernan Buschi responsable del manejo económico, quien con reformas menos ortodoxas que las de sus predecesores de Chicago, como por ejemplo la liquidación de los bancos intervenidos o la continuación de las privatizaciones, logró estabilizar las finanzas públicas. Cálculos serios determinan que, durante

57 Ver: Centro de Estudios Públicos (1992). Los datos sobre la pobreza en Chile para el período 1990-2011 aparecen en los anuarios publicados por el PNUD.

el proceso de privatización de la mayoría de empresas públicas, Chile perdió más de dos mil millones de dólares debido a la poca claridad con que se llevaron a cabo las ventas. Para 1990, luego de diecisiete años de dictadura militar, la mitad de la población chilena vivía en situación de pobreza o miseria. A esto se le vino a llamar, en dos ocasiones, «El Milagro Chileno»⁵⁸.

Observando lo acontecido en Chile con gran atención, la primera ministra británica Margaret Thatcher envía una misiva a Friedrich von Hayek, fechada el 17 de febrero de 1982, donde se lee:

He sido consciente del notable éxito de la economía chilena en reducir la proporción del gasto público sustancialmente durante la década de los setenta. La progresión desde el socialismo de Allende a la economía capitalista de la libre empresa de la década de los ochenta es un ejemplo notable de una reforma económica de la que podemos aprender muchas lecciones.

Y en el siguiente párrafo afirma:

Sin embargo, estoy segura que estará de acuerdo con que, en Gran Bretaña con nuestras instituciones democráticas y la necesidad de un alto grado de consentimiento, algunas de las medidas adoptadas en Chile son absolutamente inaceptables. Nuestra reforma debe estar en línea con nuestras tradiciones y nuestra Constitución. A veces el proceso puede parecer muy lento. Pero estoy segura que alcanzaremos nuestras reformas a nuestra manera y en nuestro propio tiempo (citado en Grandin, 2007, p. 172) [traducción libre].

58 Ver: Monckeberg (2001).

El ensayo chileno demostraba la prioridad del mercado, von Hayek lo explica así:

Ciertamente nunca he sostenido que los gobiernos autoritarios en general son más propensos para asegurar la libertad individual que los democráticos, sino todo lo contrario. Esto no significa, sin embargo, que en algunas circunstancias históricas la libertad personal puede no haber estado mejor protegida bajo un régimen autoritario que uno democrático. Esto ha sido ocasionalmente cierto desde el comienzo de la democracia en la antigua Atenas, donde la libertad de los individuos estuvo, indudablemente más segura bajo los «Treinta Tiranos» que bajo la democracia que mató a Sócrates y envió decenas de sus mejores hombres al exilio mediante decretos arbitrarios [...] En los tiempos modernos hemos tenido por supuesto muchos ejemplos de gobiernos autoritarios en que la libertad personal estuvo más segura que bajo democracias [...] Recientemente no he sido capaz de encontrar una sola persona incluso en el tan denostado Chile que no esté de acuerdo con que la libertad personal es mucho mayor bajo Pinochet que de lo que había estado bajo Allende [...] Que una democracia limitada es probablemente la mejor forma posible conocida de gobierno no significa que la podamos tener en todas partes, o incluso que sea en sí misma un valor supremo [...] Después de todo, algunas democracias han sido posibles sólo por el poder militar de algunos generales. Y mis viejas dudas sobre si una democracia puede mantenerse en un país que no haya tenido diferentes instituciones que hayan enseñado la tradición del imperio de la ley ha sido sin duda sólo confirmada por la historia reciente (citado en Grandin, 2007, pp. 172-173) [traducción libre]⁵⁹.

59 Carta de Friedrich von Hayek, publicada por el *Times of London*, en respuesta al artículo escrito por William Wallace, acusando a von Hayek de favorecer gobiernos autoritarios.

No fue Indoamérica solo campo de pruebas para la experiencia piloto que después se aplicaría en la Gran Bretaña thatcheriana —modelo pionero de la Europa occidental— y los Estados Unidos de Reagan —donde no ha existido similar estado de bienestar al europeo y cuya variante involucra más bien una brutal competencia militar contra la Unión Soviética, la cual conllevó a una falta a la disciplina presupuestaria y un déficit en su balanza de pagos, cuyas consecuencias se dejan sentir aún en la economía doméstica estadounidense—, sino también campo de pruebas para el reformismo que se abalanzó sobre la Europa oriental tras la caída del Muro de Berlín. Al cabo de una década de haberse extendido el modelo por el resto de países capitalistas del occidente europeo, el retroceso de los índices inflacionarios y la recuperación de los márgenes de utilidad de las empresas no fue acompañado por el regreso de los niveles de crecimiento esperado, clara señal de la necesidad de adoptar medidas diferentes de las que dictaba el recetario neoliberal. Sin embargo, esta corriente encontró en la urgencia de encauzar a los nuevos regímenes, surgidos tras el desmoronamiento del bloque comunista, un impulso más dentro del viejo sistema capitalista.

Sería en Bolivia donde las políticas reformistas que aplicarían los países europeos liberados del yugo soviético durante la última década del siglo pasado serían puestas a prueba. Así como en los casos anteriores, la terapia de choque económico buscaba detener una inflación incesante.

Para establecer una línea de entendimiento es necesario observar cómo, habiendo duplicado su población durante la primera mitad del siglo XX y experimentado un fuerte crecimiento el sector urbano, el país mantenía una alta población rural sumida en la pobreza. En 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) encabezado por el abogado Víctor Paz

Estenssoro asumió el mando supremo tras deponer a la Junta Militar de Gobierno que se formó para desconocer su triunfo en las urnas. Rápidamente, Paz Estenssoro promovió la creación de la poderosa Central Obrera Boliviana (COB), el voto universal —mujeres, indígenas, analfabetos—, la expropiación de minas —que principalmente producían estaño—, el desbaratamiento de los latifundios repartiendo tierras entre los campesinos, para finalmente purgar el ejército creando milicias formadas por mineros y campesinos. A este período de reformas habría de conocerse como la Revolución Nacional.

Treinta y tres años después, aquel Paz Estenssoro, dando un vuelco radical a su anterior postura estatista, implementó el choque económico que debería detener la galopante inflación generada por la política de la Revolución. Cocinada para la triunfante candidatura derechista de 1985 del general Hugo Bánzer en primera vuelta, fue Paz Estenssoro quien en su calidad de presidente constitucional de la República firmó el Decreto Supremo n.º 21060, el 29 de agosto de 1985, que estableció un régimen de cambio fijado para el mercado, la liberación de las tasas de interés, un régimen libre de exportaciones e importaciones, la libre contratación y resolución de contratos de trabajo por parte de las empresas, el libre establecimiento de los precios para los bienes y servicios, la emisión de notas de crédito con cláusulas de mantenimiento de valor para cumplir con las obligaciones vencidas del Estado, además de no requerir la demostración del origen de los bienes aportados a las empresas para incrementar su capital durante los siguientes cuatro meses de dictado el decreto. El programa fue elaborado por un equipo coordinado por quien después sería mandatario boliviano, Gonzalo Sánchez de Lozada, y contó con la participación del economista estadounidense graduado en Harvard, Jeffrey

David Sachs, como «auditor externo» permanentemente consultado por el equipo de Sánchez de Lozada.⁶⁰

En aquel entonces las reformas no contemplaron la privatización de las actividades económicas en manos del Estado, sino hasta varios años después, lo cual provocó la desestabilización de los regímenes empeñados en esta política, por las protestas de la población, lo cual catapultó hasta el gobierno al actual mandatario Evo Morales, quien ha retomado la anterior política de expropiación de activos y ya lleva once años en el poder. La violenta transición de un tipo de régimen a otro es una característica típica de los países de esta región.

La experiencia boliviana corrobora aparentemente la existencia de un equivalente funcional a la dictadura militar o civil capaz de imponer la receta neoliberal dentro del cauce democrático: la inflación. Rotos los diques y convertida en hiperinflación, es la ingeniería deflacionaria muro de contención para detener la tromba que sigue a la pérdida del valor real del dinero, y acaba por estabilizar los ingresos reales. De esta forma, en Bolivia apareció un poderoso movimiento sindical o agrario, mascarón de proa de la avanzada comunista en América Latina que el nuevo liberalismo debía liquidar. Allí se estudió y perfeccionó la política después aplicada en la Europa del Este postsoviética.

Es así como, con la bancarrota del tipo de capitalismo de Estado en Europa Oriental, las «reformas» llevadas a cabo por los flamantes gobiernos liberales estaban conduciendo a sus respectivas economías al sobreendeudamiento externo y a una sostenida inflación. Entonces, premunido por su publicitado «éxito» en Bolivia, Sachs fue contratado por los gobiernos de

60 Ver: Careaga Osorio (1996).

Polonia, Eslovenia, Estonia y Rusia para contener la pérdida del valor real de cada una de sus respectivas monedas.

Empero, estas dos experiencias apenas llevaron el pendón de una rígida marcha que sacudiría México, Venezuela, Argentina, Perú y después el resto de Latinoamérica. Socavados los cimientos del Estado con el intento anticientífico de levantar aquí un modelo importado que socializaría la riqueza mediante decreto expropiando tierras y usinas, desorientados nuestros dirigentes por las singularidades del desarrollo capitalista indoamericano desde su primera fase imperialista hasta sus puntos avanzados en tránsito hacia el irresistible poscapitalismo, colapsadas las finanzas públicas, abatidas las masas de trabajadores, destruidas las clases medias, sin respuestas para afrontar la crisis; la juerga del choque económico conteniendo el gasto público, contrayendo la emisión monetaria, aplastando huelgas, imponiendo una nueva legislación laboral, mercantilizando la política, la cultura, las relaciones humanas, privatizando todo, se propagó por nuestros países dentro de procesos discrecionalmente democráticos.

Esta política cumplió sus objetivos de estabilización financiera y retornó a la primera acumulación capitalista que inició con los capitales exportados desde Europa, obstruida en su avance por la otra política de nacionalización de activos que la confrontó. Pero esta política no ha cumplido su promesa redentora. Porque fue y es tan solo una política, pero sobre todo porque fue una política diseñada en Europa y Norteamérica para estos territorios, para desmontar el estado de bienestar —donde este existía—, y para sustituir a los regímenes del capitalismo de Estado, opuestos a los del capitalismo liberal, con más años traficando bienes y servicios, levantando activos fijos, perfeccionando sus instrumentos financieros, y que ha alcanza-

do las cotas mayores del conocimiento y configurado la forma poscapitalista.

Ahora, una encubierta discusión pretende disculpar el fracaso en Indoamérica de esta política santificadora del mercado sin restricciones: la adopción aislada o incompleta de medidas que deberían solucionar nuestro desfase económico. Sin rubor alguno, la presencia de economistas e intelectuales de abierta tendencia liberal durante el siglo XXI, trabajando para desembozadas dictaduras o gobiernos con ciertos enjuagues democráticos, sacrifica en Indoamérica la calidad de la democracia por la promesa puesta en el mercado y el consecuente repliegue del Estado de la economía doméstica. Y justifica su participación pues su anterior aislacionismo político o su pureza intelectual habría permitido el avance de revoluciones que condujeron a la pobreza a nuestros pueblos. El liberalismo puro y su variante actual aparecen lejos de la leguleyada y el tiroteo bilioso que caracteriza a nuestra politiquería criolla, pero al no haber podido completar la totalidad del recetario económico liberal, no fue posible alcanzar logros duraderos.

Cierto es que no todos los principios económicos que implica el capitalismo liberal equivalen a una evaluación completa de regímenes mafiosos, tiranos o corruptos. Para esto habría que empezar por retomar el patrón oro que rigió las relaciones económicas internacionales durante los inicios del capitalismo. Pero el vaso comunicante entre estos gobiernos que sacudieron la región los últimos años del siglo XX fue el neoliberalismo promovido después de la Segunda Guerra Mundial, aplicado primero experimentalmente en Indoamérica y después abiertamente. Las excusas anteriores suenan muy parecidas a las que en su momento sostuvo el secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijaíl

Gorbachov, cuando afirmaba que el debate abierto con voto secreto que promovió durante la Perestroika constituía la esencia del leninismo que Stalin y Brezhnev corrompieron.

El descontento de amplios sectores sociales entre nosotros, que confunden el avance o evolución del sistema capitalista —a lo que debemos sumar la aparición de la nueva economía poscapitalista— con los resultados de una política económica, es señal inequívoca de un problema estructural irresoluto.

Indoamérica necesita más que una política económica para fundir sus diversas etapas y sus discontinuas estructuras sociales. Requiere de una estrategia de amplio alcance y comprensión sobre nuestros complejos problemas, hecha y pensada en la región, atenta a su espacio-tiempo histórico. Las últimas recetas traducidas e importadas ni siquiera han servido allá, donde apenas cumplieron su objetivo estabilizador sin lograr restituir las tasas de crecimiento anteriores a la crisis. Porque es verdad de Perogrullo afirmar que el déficit se financia en algún momento con el esfuerzo de todo un país, que el desequilibrio de los presupuestos públicos, que las decisiones equivocadas de nuestros gobernantes pasan factura con fecha diferida. ¡Si no podrá Indoamérica dar lecciones de sacrificio sobre tal bárbara experiencia! Pero nuestros problemas van más allá del mero equilibrio presupuestal, de desmontar un estado de bienestar inexistente o de enfrentar una amenaza totalitaria de clase, categoría inexistente en nuestra realidad que no la tal como la planteaba el marxismo europeo. Nuestros problemas son de otra profundidad y nuestros objetivos de distinta magnitud.

Repitiendo a coro la misma cantaleta globalizadora con sus eslóganes superficiales, nuestros liberales mestizos aparecen más marxistas que Marx en sus errados juicios sobre Latinoamérica cuando este escribió que «los países industrialmente más desa-

rollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir» y más leninistas que Lenin cuando parafrasean la sentencia de que «la exportación de capital ejerce una influencia sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente» (citado en Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 55). La experiencia indoamericana demuestra que el cambio cualitativo de nuestra economía no ha llegado aplicando recetas europeas. Haya de la Torre escribió, en 1970:

Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas, por su geografía, por su historia y por sus presentes condiciones económicas y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global o simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea debe estar sujeta a profundas modificaciones. He aquí el sentido, la dirección, el contenido doctrinario del APRA dentro de la línea dialéctica del marxismo interpreta la realidad indoamericana. En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica, complicada como lo es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirá la ley de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación (1984, vol. 4, p. 150).

Con anterioridad, en el prólogo a la primera edición de esta fundamental obra se puede leer:

Ya Engels escribía en su «Anti-Dühring»: «Quien quisiera subordinar a las mismas leyes la economía política de la Tierra del Fuego y la de Inglaterra actual, evidentemente no produciría sino lugares comunes de la mayor vulgaridad», porque «la

economía política es, fundamentalmente, una ciencia histórica (eine historische Wissenschaft); su materia es histórica, perpetuamente sometida al mudar de la producción y del cambio». Pues bien, entre la Tierra del Fuego e Inglaterra no sólo existen abismales diferencias en las formas de producción y cambio. Hay más: hay dos meridianos de civilización y un extenso continente que ofrece, entre esos dos puntos extremos, diversos grados de evolución, a los que corresponden leyes particulares que debe descubrir y aplicar la economía política. Y no sólo «producirá lugares comunes de la mayor vulgaridad» quien pretenda sujetar a las mismas leyes las realidades económico-sociales de la Tierra del Fuego y de Inglaterra, sino también quien intente identificar las leyes de ésta con las de cualquiera de los veinte Estados que quedan inmediatamente al norte de la Tierra del Fuego. Ése es, justamente, el punto fundamental del Aprismo en su análisis y estimativa de la realidad indoamericana. Saber que entre la Tierra del Fuego —parte de Indoamérica— e Inglaterra —parte de Europa— hay una serie de fases de la producción y del cambio que hace utópico todo intento de aplicación de las mismas leyes económicas y sociales de esas dos zonas del mundo. Reconocer que la relación de Espacio y Tiempo para apreciar esas fases o grados de evolución es imperativo. Y admitir que siendo las realidades diversas, diversos han de ser sus problemas y por ende, las soluciones. En síntesis, ubicar nuestro problema económico, social y político en su propio escenario y no pedir de encargo para resolverlo, doctrinas o recetas europeas como quien adquiere una máquina a un traje... No reincidir en la palabrería demagógica de nuestros comunistas y fascistas criollos que sólo producen hasta hoy «lugares comunes de la mayor vulgaridad» (pp. 23-24).

Con el advenimiento de la etapa poscapitalista, negación de la negación del capitalismo vetusto, mañoso, corrompido por su histeria especulativa, el desafío para alcanzar el ansiado desarrollo de Indoamérica constituye un flamante desafío de amazónicas proyecciones, pues

[...] nuestros pueblos están viviendo aun [sic] socialmente, un proceso estructural de evolución y crecimiento correspondiente al de su constante devenir y cambio económico; tanto más veloz y profundo en su transformación cuanto más adelantado y rápido sea su movimiento desarrollista. Coincidiendo, además, nuestra denominación aprista de «frente único de trabajadores manuales e intelectuales» con los estupendos avances de la gran revolución científica y tecnológica operada en nuestro siglo, y proyectada en los progresivos logros de la alta tecnificación especializada del trabajo, —automatismo, electrónica, computadores, cibernética, etc.— que acerca cada vez más al trabajador tradicionalmente llamado «del músculo» y al intelectual, experto y culto de las economías movidas por una nueva categoría de producción altamente calificada en los niveles superiores del esfuerzo, de la capacitación y la destreza (pp. 54-55).

La tarea de un gobierno auténticamente revolucionario debe equilibrar los resultados financieros inmediatos con los valores de uso descubiertos por la nación indoamericana durante su *proceso estructural de evolución y crecimiento correspondiente al de su constante devenir y cambio económico*, de tal forma que cimiente nuevas estructuras para levantar un modelo digno de desarrollo homogéneo con calidad de vida, en reemplazo de las deformes estructuras sobre las que se levanta el actual sistema sociopolítico sin forma ni contenido.

La aparición de un nuevo sector basado en la informática que ha transformado la producción, en la electrónica que ha automatizado procesos, en la información inmediata, en la biotecnología, en el comercio electrónico, donde las distancias geográficas parecen superadas mentalmente y domina el mercado universal que construye; señala nuevas cumbres nevadas por alcanzar para una economía donde los trabajadores manuales e intelectuales de la sociedad poscapitalista constituyan el nuevo activo de la producción, y releguen en importancia al capital y al trabajo, antaño recursos fundamentales en la sociedad capitalista. El traslado de la base manufacturera hacia regiones como Indoamérica⁶¹ y la continua menor necesidad de trabajadores que aporten músculo, «hagan y muevan cosas», plantean «grandes problemas a los países *en vías de desarrollo* que ya no pueden aspirar a obtener un gran número de empleos en manufactura capacitando gente de bajo salario» (Drucker, 1994, p. 82) [énfasis del autor] y un problema mayor para la región en su afán por alcanzar cotas mayores de progreso subsistiendo las condiciones de marginación y pobreza no resueltas con las recetas importadas. En este proceso estructural de evolución y crecimiento, el problema del desarrollo en la región se revela más complejo y la propuesta de un movimiento moderno y actual como el APRA más desafiante todavía.

La advertencia de Drucker, que aparece párrafos antes en su citada obra, es toque de diana:

61 La General Motors fundada en Detroit, Michigan, en 1908, cuenta con plantas subsidiarias en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México y Venezuela que ensamblan autopartes para atender al mercado latinoamericano. El grupo Volkswagen, fundado en Wolfsburgo en 1938, hace lo propio en Brasil y México.

Un país necesita una base manufacturera, dirán los norteamericanos —y la mayor parte de los europeos también—. Esto significa empleos en manufactura. Pero los japoneses sostienen, y en forma muy convincente, que la oferta de jóvenes en los países en desarrollo que no están preparados para otra cosa que trabajo manual en manufactura, es muy grande —y seguirá siendo tan grande por lo menos durante otros treinta años— que preocuparse por la «base industrial» es una necesidad [...] en los países en vías de desarrollo, las personas que no han tenido escuela son tan productivas después de un corto entrenamiento como cualquier trabajador manual en el país más altamente desarrollado (1994, pp. 79-80).

Esta transferencia de plantas productoras desde las regiones más avanzadas, explica en buena cuenta la crisis económica originada en los Estados Unidos y Europa, causada por el déficit comercial que afrontan dramáticamente los países que ahora importan la producción que antes exportaban. Desplazado el ensamblaje de maquinaria pesada y autopartes de las antiguas localidades donde construyeron el capitalismo, irradiándolo por el mundo, las «esferas de inversión de capitales» a consecuencia del desarrollo de nuevas necesidades sociales que crea el perfeccionamiento del capital originario, prescriben y generan así un contencioso que deben resolver allá sus autoridades sobre cómo absorber el empleo perdido, lo cual está forjando una nueva sociedad. En América Latina el traslado de esta manufactura como inversión extranjera directa —distinta del otro tipo de inversión extranjera directa en extracción de recursos naturales— crea la ilusión del desarrollo:

El obrero de pequeña industria y el artesano independiente, al ser captados por una nueva forma de producción con grandes capitales, reciben un salario seguro y más alto, devienen temporalmente mejorados, se incorporan con cierta ventaja a la categoría de proletario industrial. Venden su trabajo en condiciones más provechosas. Así ocurre también con el campesino pobre, con el peón y con el siervo indígena. Al proletarizarse dentro de una gran empresa manufacturera, minera o agrícola, disfrutan casi siempre de un bienestar temporal. Cambian su miserable salario de centavos o de especies, por uno más elevado, que paga el amo extranjero, siempre más poderoso y rico que el amo nacional (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 100).

La sucesiva incorporación de nuevos y diversos sectores de la población al circuito económico creado con el capital transferido, el rutilante desarrollo de modernos sectores productivos y la aparición de nuevos servicios, deja el dulce eco del canto suave de las sirenas... hasta que estos flamantes sectores de la nueva economía sienten nuevamente detenido su progreso, cuando advierten que la orientación de los centros de gestión, diseño y mercadotecnia ubicados en Norteamérica, Europa Occidental y el Sudeste asiático es ajena a los intereses del pueblo indoamericano.

Esta tendencia de la joven economía poscapitalista en Indoamérica, que asemeja la misma tendencia de la vieja economía capitalista, nos alerta para no repetir «lugares comunes de la mayor vulgaridad». El poscapitalismo tiene una dinámica diferente. Es apenas un proceso en gesta con cambiantes modos de producción, en cuyo centro se ubican los oteados por el aprismo, trabajadores manuales e intelectuales, o trabajadores de servicios y de conocimiento.

Aplicar conocimiento al conocimiento presenta inversiones diferenciales distintas a las del capitalismo tradicional, donde habrá que observar con cuidado «el cambio de valores de uso de una clase por los valores de uso de otra» (Marx, 1867, párr. 6)⁶². Proceso que llega a nosotros desde su expansión inicial, no como excedente; y señala así una diferencia fundamental del anterior proceso capitalista que llegó para imponerse. Empero repetidores incansables de teorías extranjeras mal copiadas y peor aprendidas, apelando a supuestos básicos de una ortodoxia rebasada, insisten en la fórmula salvadora del crecimiento mediante la introducción de capital a la economía y el empleo de más trabajo, variables superadas como acaba de ser demostrado por el aprismo en la moderna economía del conocimiento. Fórmula que amenaza por su entrega sin resistencias al fundamentalismo de mercado que opera desde sus centros de gestión en Norteamérica o Europa y succiona materias primas desde Asia, camino certero hacia la trampa del ingreso medio, ampliamente discutida en la literatura económica. Esta receta lleva consigo otra amenaza velada cuya tendencia empezamos a observar en Indoamérica: detenido el progreso de los sectores en crecimiento o persistiendo en un tipo crecimiento que no alcanza los mínimos estándares del desarrollo, el canto melancólico de nuestra historia gloriosa, milenaria, en construcción, dolida al toparse nuevamente con la misma piedra en el camino, torna otra vuelta de tuerca hacia el desenfreno de una nueva política de nacionalizaciones que, afanada por recuperar el control del sistema, deje de tirar los vagones con la locomotora puesta por delante. Así, entramos al poscapitalismo sin concluir etapas anteriores de nuestro desarrollo —ni siquiera la etapa

62 Cita extraída del primer capítulo «La mercancía» de la sección primera «Mercancía y dinero» de *El capital* (1867).

capitalista— en condiciones de tránsito hacia formas modernas de progreso y desarrollo. Tamaña tarea para el aprismo entonces la de conducir por la senda del desarrollo a Indoamérica sin poner en riesgo lo conseguido, en aras de alcanzar una sociedad libre, culta y justa.

Es precisamente el APRA, surgido de nuestra primera fase capitalista —la imperialista— como «negación dialéctica del marxismo en Indoamérica» y en abierta «posición de beligerancia antimperialista sin distinciones» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 74), quien denunció siempre en franca rebeldía todo tipo de entreguismo, a cualquier potencia, a cualquier mercado que no sea el interno en construcción. Reclama el aprismo para los problemas de Indoamérica soluciones realistas, originales, de la mano con el conocimiento más avanzado, capitaneados por un liderazgo que conmueva por su honestidad. Reafirmando sus principios sociales jamás negociados. Su causa por el pueblo madura, cae, germina y brota nuevamente.

En *El aprismo en su línea*, se reconocen las características del inacabado proceso capitalista en la región y se advierte la presencia de una nueva etapa en la historia económica de la humanidad, decididamente instalada entre nosotros: la etapa poscapitalista que configura un nuevo escenario sociopolítico. «Para el aprismo, la realidad económico-social de Indoamérica es el punto de partida de su acción política. Consecuentemente, descubrir esa realidad ha sido y es su primera misión revolucionaria» (Haya de la Torre, 1984, vol. 4, p. 195). Acepta el desafío mayor que significa completar etapas anteriores de nuestro desarrollo para homologarla resuelta en una sola fase moderna y, por tanto, aspira al poder para conducir científicamente al Estado y romper los círculos viciosos de nuestra economía irresoluta, recogiendo la experiencia de sus movimientos originarios y de

las fallidas experiencias de revolución y de reforma vividas en Indoamérica. Siempre atento al conocimiento más avanzado para ponerlo al servicio de las grandes mayorías, el APRA busca síntesis imaginativas propias para completar las tareas pendientes, lejos del dogma fundamentalista simplón sobre las fuerzas del mercado y de las pintorescas utopías socialistas del siglo presente. Dado que el aprismo aspira a una literatura propia acorde con las condiciones materiales e intelectuales de nuestro pueblo-continente, encuentra definiciones nuevas y plantea escenarios distintos. Y, rescatando lo vigente de sus tesis fundacionales, ratifica su carácter de Partido Revolucionario Indoamericano que organiza el Gran Frente Único de trabajadores manuales e intelectuales para defender la soberanía de nuestros países. Movimiento autónomo local exento de intervención o influencia extranjera, aviva el anhelo de nuestros pueblos para defender su libertad, venciendo a los enemigos internos y externos. Sobre bases completamente renovadas, la palabra de orden del APRA sintetiza la aspiración de nuestros pueblos en peligro: contra los abusos del capitalismo en todas sus formas de explotación, por la unidad política de Indoamérica, por la realización de la justicia social, por el pan con libertad.

Bibliografía

- Aristóteles (2005). *La política*. Recuperado de <http://www.filosofia.org/cla/ari/azc03.htm#seg>
- Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco (1995). *Diccionario de política* (dos tomos). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bordo, Michael y Eichengreen, Barry (eds.) (1993). *A Retrospective on the Bretton Woods System: Lessons for Monetary Reform*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cáceres, Andrés Avelino (1980). *Memorias. La guerra del 79 y sus campañas, con otros documentos sobre la campaña de la Breña*. Lima: Milla Batres.
- Careaga Osorio, Juan (1996). *Estabilidad y desarrollo: importantes lecciones del Programa Económico de Bolivia*. La Paz: Amigos del Libro.
- Centro de Estudios Públicos (1992). «El Ladrillo». *Bases de la política económica del gobierno militar chileno*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos.
- Comité Central Ampliado (1980). *Somos los iniciadores*. Recuperado de http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_240880.htm
- Comité Central del PCP (1991). *Sobre campaña de rectificación con «¡Elecciones no! ¡Guerra popular, sí!»*. Recuperado de http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0891.htm
- Comité Central del PCP-SL (1979). *¡Desarrollemos la creciente protesta popular!* Recuperado de http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0979.htm

- Comité Central del PCP-SL (1991). *¿Que el equilibrio estratégico remezca más el país!* Recuperado de http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_1191.htm
- Drucker, Peter (1994). *La sociedad postcapitalista*. Bogotá: Norma.
- Drucker, Peter (2002). *La gerencia en la sociedad futura*. Bogotá: Norma.
- Durand, Francisco y Campodónico, Humberto (2010). *Poder empresarial y sociedad civil en Sudamérica*. Lima: Desco.
- Durand Flórez, Luis (ed.) (1981). *Los procesos a Túpac Amaru y sus compañeros* (tres tomos). Lima: Comisión Nacional del Bicentenario de la Rebelión Emancipadora de Túpac Amaru.
- Ferguson, Thomas (1996). *Golden Rule*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fukuyama, Francis (1990). «¿El fin de la historia?». *Estudios Públicos*, (37), 5-31.
- Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Fukuyama, Francis (17 de junio de 1999). «Pensando el fin de la historia diez años después». *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/1999/06/17/opinion/929570403_850215.html
- Fukuyama, Francis (19 de febrero de 2006). «After Neoconservatism». *The New York Times Magazine*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2006/02/19/magazine/after-neoconservatism.html>
- Garber, Peter M. (1993). «The Collapse of the Bretton Woods Fixed Exchange Rate System». En Michael Bordo y Barry Eichengreen (eds.), *A Retrospective on the Bretton Woods System: Lessons for Monetary Reform* (pp. 461-494). Chicago: University of Chicago Press.
- Gavilán Sánchez, Lurgio (2012). *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto de Estudios Peruanos.

- Grandin, Greg (2007). *Empire's Workshop: Latin America, The United States and the Rise of the New Imperialism*. New York: Metropolitan Books.
- Guzmán, Abimael (24 de julio de 1988). «Entrevista al Presidente Gonzalo». *El Diario*. Recuperado de http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0688.htm
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1984). *Obras completas* (siete volúmenes). Lima: Juan Mejía Baca.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2001). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza.
- Kuwayama, Mikio y Rosales, Osvaldo (2012). *China y América Latina y el Caribe: hacia una relación económica y comercial estratégica*. Santiago de Chile: Cepal.
- Lenin, Vladímir Ilich (1917). «Consejos de un ausente». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/8oct1917.htm>
- Lenin, Vladímir Ilich (1918). «Acerca del infantilismo “izquierdista” y del espíritu pequeñoburgués». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1918/mayo/05.htm>
- Lenin, Vladímir Ilich (1922). «Cinco años de la Revolución rusa y perspectivas de la Revolución mundial». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1922/noviembre/13.htm>
- Lenin, Vladímir Ilich (1973). *Obras* (doce tomos). Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrases-cogidas12-12.pdf>
- Mao, Zedong (1959). «Acerca de los problemas económicos de la URSS de Stalin». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/1958acerca.htm>
- Mao, Zedong (1963). «De dónde vienen las ideas correctas». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/1963donde.htm>

- Mao, Zedong (1967). «Directiva referida al gran plan estratégico de la revolución cultural proletaria». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/1968direc.htm>
- Mao, Zedong (1976). *Obras escogidas* (cinco tomos). Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/libros/oe/index.htm>
- Mariátegui, José Carlos (1957). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marichal, Carlos (1992). *Historia de la deuda externa de América Latina*. Madrid: Alianza.
- Marx, Karl (1867). *El capital*. Recuperado de http://www.academia.edu/9842211/Archivo_digital_de_Fidel_Ernesto_V%C3%A1squez_El_Capital_tomo_I
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (s/f). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Progreso.
- Mises, Ludwig von (1927). *Liberalismo: la tradición clásica*. Madrid: Unión Editorial.
- Mises, Ludwig von (1932). *El socialismo. Análisis económico y sociológico*. Buenos Aires: Western Book Foundation.
- Monckeberg, María Olivia (2001). *El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*. Santiago de Chile: Ediciones B.
- Ortega y Gasset, José (2001). «La “Filosofía de la Historia” de Hegel y la Historiología». En Georg Wilhelm Friederich Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (pp. 15-32). Madrid: Alianza.
- Popper, Karl (2006). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Soros, George (1998). *La crisis del capitalismo global*. Barcelona: Plaza & Janés.
- The Mont Pelerin Society (1947). *Statement of Aims*. Recuperado de <https://www.montpelerin.org/statement-of-aims/>
- World Bank (2013). *Indicadores de desarrollo mundial*. Washington: World Bank.

Se imprimió el mes de julio de 2018
en los talleres gráficos del Centro de Producción
Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Jr. Paruro 119, Lima 1, Perú. Teléfono: 6197000, anexo 6009
E-mail: ventas.cepredim@unmsm.edu.pe
Tiraje: 1000 ejemplares

Tomando como punto de partida al imperialismo en Indoamérica, el presente libro explora la ruta por donde este transitó hasta aproximarse a su ubicación actual. Dicho análisis se realiza a partir de la línea de interpretación dialéctica de la historia que el aprismo reclama necesaria para comprender el devenir indoamericano. En tal sentido, a partir de una revisión de la historia continental y del primer período del gobierno aprista, el autor localiza las limitaciones del discurso original del partido y busca superar el dogmatismo político, con el fin de revitalizar una propuesta continental, capaz de enfrentar la hegemonía económica de regímenes extranjeros.

En *Del antiimperialismo al poscapitalismo y el APRA*, Rafael Zevallos Bueno demuestra el agotamiento del sistema capitalista, reconoce la aparición de una nueva etapa en la historia de la humanidad poscapitalista, y adecúa el pensamiento aprista a la realidad impuesta por la nueva economía, sin arriar las perennes banderas por la justicia social y la libertad.

Rafael Zevallos Bueno

Es bachiller en Química por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente es miembro del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Aprista Peruano.